

EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMÚN

ÓRGANO DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

Presidente: Dr. D. PONCIANO VIVANCO

Vocales: Dr. D. RAFAEL RUIZ DE LOS LLANOS Dr. D. JOSÉ B. ZUBIAUR

Dr. D. PASTOR LACASA, Prof. DELFÍN GIGENA

Secretario: FELIPE GUASCH LEGUIZAMÓN

DIRECTOR: F. GUASCH LEGUIZAMÓN

Año XXVI—N.º 400—Tomo XXII

BUENOS AIRES, MAYO 15 DE 1906

Serie 2ª—Nº 20

Francisco A. Berra

SUS OBRAS

La República Argentina ha perdido en el comienzo de este año á su más eminente patricio en el teniente general don Bartolomé Mitre; á su primer magistrado en el doctor don Manuel Quintana, y á su más sabio pedagogo en el doctor don Francisco A. Berra, á quien le debe un justiciero homenaje el órgano del Consejo, que fundara el más brillante y fecundo propagandista de la educación popular.

Menos conocido talvez, en su patria que en la República Oriental del Uruguay en donde dió á luz sus principales obras y llevó á cabo sus primeros trabajos en favor de la educación, es más necesario aquí que en ninguna otra parte, el presentar la personalidad moral é intelectual del doctor Berra á quien se debe que el nombre argentino figure á la cabeza de las primeras autoridades pedagógicas del mundo.

Habiéndole seguido desde los bancos de la escuela primaria, en que bajo la dirección del célebre pedagogo don Juan Manuel Bonifaz cursó la instrucción elemental, acaso nos será posible darle á conocer en los actos principales de su vida y señalarle á los jóvenes maestros y aspi-

rantes á esa carrera como una vida ejemplar cuyas obras deben estudiar con detención, si aspiran á elevarse en el ejercicio de su profesión.

Nació Berra en la ciudad de Buenos Aires, el 3 de diciembre de 1844, pasando cuando apenas contaba 7 ú 8 años á la ciudad de Montevideo é ingresando al colegio á que antes nos hemos referido y que funcionaba, según creemos, en la calle Cámaras, hoy Juan Carlos Gómez, de aquella capital.

Fué allí, el joven Berra, un alumno ejemplar, asídúo, puntual, de quien sus maestros no tuvieron que quejarse jamás y que desde niño dejaba entrever las cualidades morales que le adornarían más tarde.

Muy joven aún, casi niño, tuvo Berra que empezar á trabajar para procurarse los medios de subsistencia y subvenir á los gastos que le ocasionaban sus estudios. El modestísimo sueldo de que disfrutaba como dependiente de una casa de comercio, era tan exíguo, que cuando se vió en la necesidad de adquirir algunos textos y útiles, se halló con que los recursos no le bastaban. Por fortuna su jefe se apercibió del estado de las finanzas de su empleado ó llegó el momento de hacerle un pequeño aumento en el sueldo, el que puso término á la crisis.

Con frecuencia se presentan en nuestra vida casos análogos, cuando se trabaja honradamente y no se tienen necesidades excesivas. Los recursos parecen presentarse á la personalidad humana como el calor y el frío á las plantas.

Entregado Berra permanentemente al trabajo y al estudio, contando con muy escasas horas de reposo llegó en 1869 al término de los estudios del bachillerato, que cursó en la Universidad de Montevideo, doctorándose en la misma en el año de 1872. Practicó luego los estudios de procedimientos judiciales y el tribunal de justicia le otorgó el título de abogado, en 1874.

Sus primeras obras las publicó mientras estudiaba, y consistieron en algunos textos de escuela, que carecían, sin embargo, del mérito pedagógico de sus obras posteriores, pues hasta entonces las nuevas ideas en materia de métodos y procedimientos, eran poco conocidos en el Río de la Plata.

También Sarmiento tuvo poco éxito en sus ensayos didácticos y acaso porque abandonara ese camino, no pasó de ahí.

Una casualidad hizo que el estudiante de derecho ocupara un empleo en la Sociedad de Amigos de la Educación Popular y se pusiese en relación con José Pedro Varela, Emilio Romero, Alfredo Vázquez Acevedo, Carlos María de Pena, y en una palabra, con todos los promotores de aquella institución á la cual se deben en gran parte los adelantos de la educación en el Uruguay y fuera de ese país.

El Dr. Berra fué el alma de aquella Sociedad durante algún tiempo la que contaba, asimismo, con el concurso muy valioso y decidido de otro argentino: el señor don Emilio Romero, á que nos hemos referido.

En la Sociedad de Amigos de la Educación, el doctor Berra ocupó sucesivamente los puestos de vocal de su Comisión Directiva, vicepresidente, presidente y últimamente, al ausentarse de Montevideo fué colmado de honores y elegido presidente honorario.

Desde 1868 hasta 1873 trabajó desinteresadamente en favor de la educación popular en aquel país, no rehusándose jamás a prestar sus servicios en tal sentido y sobre todo cuando estaba seguro de poder proceder con independencia y de que los actos escolares revestirían la seriedad debida.

El maestro más humilde podía contar con el concurso del Dr. Berra, en el ejercicio de su profesión, estando seguro de que le ayudaría con sus consejos y le haría las indicaciones verbales ó escritas que el caso exigiese. Era el consultor por excelencia de ese numeroso gremio que tanto necesita á veces ser ayudado y alentado en sus nobles tareas.

Sabido es que las escuelas no siempre tienen directores competentes y que á favor de ciertas debilidades y complacencias de las autoridades, suelen perpetuarse al frente de ellas personas ineptas. El Dr. Berra, aunque de un carácter suave, bondadoso y amable, era inflexible al frente de una mesa examinadora cuando se trataba de juzgar el estado de la clase de una escuela.

Lo mismo lo era Emilio Romero y quizás más severo aún, lo que influía para que se le temiese cuando era designado para presidir los exámenes de algún establecimiento de enseñanza. Se sabe cuanto importa poseer el arte de preguntar en unos exámenes y que la pregunta lleva á veces envuelta la respuesta que ha de dar el examinando. Romero era sumamente práctico y su cuestionario estaba siempre basado en los hechos de la vida real.

Berra se inició así en la pedagogía moderna y concluyó por echar los fundamentos de la ciencia.

Cuando la Comisión Directiva de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular le confió la tarea de dictar la clase de Pedagogía á los maestros y aspirantes á ese título, no sospechaba siquiera la trascendencia que ese acto tendría, ni que esas lecciones dieran materia al Dr. Berra para un curso de pedagogía del alcance de la obra que empezó á publicar bajo el título de «Apuntes» y cuya impresión era costeadada por la sociedad. Es más, el mismo autor no había pensado en ello y así lo manifiesta al final de su libro.

Es preciso que se sepa que la publicación de los Apuntes para un curso de pedagogía señala un verdadero acontecimiento en el mundo pedagógico, talvez de mayor trascendencia que algunos de los que le han precedido y que llevan los nombres de Pestalozzi, Froebel, etc.

La discusión de esa obra tuvo en el seno de la Comisión Directiva de la Sociedad de Amigos una gran repercusión. El doctor Berra se había excedido talvez, daba mucho más de lo que se le había pedido. Generalmente se promete mucho, se anuncian grandes cosas y cuando llega el momento de cumplirlas nos encontramos con que no se han llenado siquiera las promesas en una mínima parte. El doctor Berra era todo lo contrario, podía siempre contarse con que llenaría con exceso las tareas que se imponía ó que aceptaba. La idea de llenar cumplidamente sus deberes le llevaba algunas veces á los extremos.

Su misión de profesor de pedagogía había llegado á alarmar á la Sociedad, la que habiéndole confiado tan solo las funciones de catedrático se encontraba con que había escrito ya y publicado, dejando los fondos sociales casi

exhaustos, más de trescientas nutridas páginas sin haber entrado en materia. Sus compañeros deseaban algo más práctico y al alcance de los maestros de la época y el señor profesor se engolfaba en el estudio del ser humano para arrancar de él las leyes á que estaba subordinado su desenvolvimiento físico y mental. Es decir, procedía como hasta entonces no lo había hecho ningún pedagogo, pues si bien era cierto que se enseñaba en las escuelas normales (la República Oriental del Uruguay no las tenía) la fisiología y la psicología, no es menos verdadero que esos diversos ramos de la ciencia aparecían sin dependencia alguna entre sí.

La batalla entre todos aquellos hombres jóvenes animados por el noble y desinteresado propósito de difundir la educación popular, tuvo lugar en el propio domicilio del presidente de la Comisión Directiva de la Sociedad de Amigos, don José Pedro Varela, pues este gran obrero de la educación se encontraba enfermo en cama cuando se debatía la obra de Berra y su destino final. Tomaban parte en esos debates el autor, Varela, Emilio Romero, Alfredo Vázquez Acevedo, Carlos María de Pena y otros, leyéndose libros enteros por los tres primeros en favor y en contra de la doctrina de los Apuntes. Sus impugnadores temían que la institución fundiese su capital en la publicación de un libro cuya extensión no se podía calcular y cuyas ideas parecían confusas en el primer momento y contrarias á las prácticas americanas, de las que apenas teníamos en nuestro idioma uno ó dos manuales sobre métodos y entre ellos el de lecciones sobre objetos de N. A. Calkins, que la misma asociación había publicado después de confiar su traducción á Varela y Romero.

La obra del doctor Berra salió triunfante de esa discusión, continuándola su autor hasta concluirla y terminar su publicación, siendo luego coronada del más grande éxito como se verá más adelante. Su edición se agotó hace muchos años, no habiéndose podido satisfacer algunos pedidos que se le hicieron de Europa, á la asociación.

Esa obra cuya reimpresión ha de hacer sin duda la familia del doctor Berra, es la más notable de sus pro-

ducciones. En ella se estudia ante todo la naturaleza psicofísica del ser humano y sus relaciones morales y jurídicas, induciendo de esos conocimientos las leyes relativas á la enseñanza, que en número de diez y siete había encontrado hasta entonces su autor. Haciendo luego aplicación de cada una de esas leyes, deduce las materias que deben formar parte del programa de enseñanza bajo el punto de vista de la instrucción y la educación, como todo cuanto atañe al gobierno y dirección de la escuela.

A favor de diversas publicaciones que se han llevado á cabo con el objeto de dar á conocer el estado de la educación en el Uruguay y de otros trabajos, incluso nuestras propias noticias bibliográficas, vamos á dar una idea sumaria de las obras que el eminente pedagogo dió á luz en aquel país desde 1883 hasta 1894 en que vino á establecerse en su patria, para hacer luego otro tanto con las que ha publicado en esta. Unas y otras irán acompañadas de los juicios que han merecido de algunos escritores notables.

Es por otra parte, sumamente conveniente que esos informes se encuentren reunidos en una publicación como *EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN COMUN* que está principalmente dedicado á los maestros.

I.—Manual de Métodos

1880

Este libro que publicaron en los Estados Unidos tres distinguidos educacionistas: Kiddle, Harrison y Calkins, fué vertido al castellano por el doctor Alfredo Vazquez Acevedo, don Emilio y la señorita Joaquina Acevedo y adaptado luego en algunas materias que lo exigían á las necesidades de las escuelas del Río de la Plata, por el doctor don Francisco A. Berra, quién redactó también el prefacio que lleva á su frente y cuya obra no nos cansaremos de recomendar á los maestros, persuadidos de que les será un guía excelente.

La sociedad de Amigos de la educación popular publicó esa obra en 1880, habiéndose hecho luego, varias ediciones que han contribuído no poco á impulsar los progresos de la educación en

el Río de la Plata. Esa obra siguió al Manual de Lecciones sobre Objetos, de Calkins, cuya traducción de la 8ª edición inglesa hicieron José Pedro Varela y Emilio Romero en 1892.

II.—Apuntes para un curso de pedagogía

1878—1883

El autor se ha propuesto en esta obra el dar á la pedagogía la ordenación sistemática que le faltaba para hacer de ella una ciencia. El plan ejecutado es el siguiente:

Estudiar, ante todo, la naturaleza psico-física del ser humano y sus relaciones morales y jurídicas;

Inducir de sus conocimientos experimentales y racionales las leyes relativas á la enseñanza, que se han encontrado en número de diez y siete; y en fin;

Deducir la parte práctica de la pedagogía, aplicando esas leyes una por una á la enseñanza instructiva y educativa de las materias, y á la dirección de la escuela.

—Esta obra difiere de las otras del mismo género por las calidades y las circunstancias siguientes:

a En virtud del plan indicado, la pedagogía aparece fundada en el conocimiento experimental de la persona y se desenvuelve con la más rigurosa lógica hasta llegar á las leyes generales de la enseñanza, y de ésta á los detalles de la práctica, de manera que toda la materia forma un solo sistema de ideas científicamente deducidas las unas de las otras.

b Todas las partes del libro están tratadas con estricta sujeción á los métodos que se deben emplear en el estudio de esta materia; lo que quiere decir que el autor aparece *observando y experimentando* los hechos antropológicos y sus relaciones, *induciendo* de esos hechos las leyes pedagógicas, y *deduciendo* de sus leyes las reglas que deben dirigir inmediatamente la vida escolar.

c La idea que se ha formado de la ciencia, y el rigor metódico con que ha procedido en el curso de la obra, ha conducido al autor á ensanchar el campo de la ciencia con nuevos puntos de vista y á precisar bien algunas cuestiones que hasta ahora se confundían ó que se apercibían vagamente y, por consiguiente, á tratar de una manera especial las cosas que los pedagogos miraban con indiferencia ó no distinguían. Se pueden citar como ejemplos:

I. La determinación y la exposición de las *leyes generales* de la pedagogía.

II. La distinción entre la educación *general* y las educaciones *especiales*, y las relaciones de éstas con las materias de la instrucción.

III. La mayor extensión dada á la idea de la educación general y la corrección de sus divisiones.

IV. La distinción entre la educación intelectual y la instrucción.

V. La correlación de las funciones mentales con las relaciones y los fenómenos que constituyen el objeto del conocimiento.

VI. La distribución y una nueva clasificación de los métodos y sus relaciones, no con los ramos, pero sí con los *órdenes de ideas* que entran en cada ramo.

VII. La idea de la continuidad de los ejercicios instructivos y de educación.

VIII. La delimitación de la teoría de los objetos de la enseñanza.

IX. La distribución entre las ideas de *escritura*, *logografía* y *caligrafía*, la delimitación de las doctrinas metodológicas que les corresponden.

X. La doctrina pedagógica de la enseñanza instructiva de algunas materias que no se tiene el hábito de enseñar teóricamente y de la mayor parte de las educaciones *especiales*.

XI. La idea del alumno y del maestro.

XII. La idea de la educación política y de la administración disciplinaria de la escuela, etc., etc.

El autor piensa que, así como una pedagogía consistente en un conjunto de reglas empíricas, incoherentes, ha engendrado hasta nuestros días la rutina, su idea de la ciencia pedagógica va contra la enseñanza rutinera de las escuelas normales y elementales; y será una causa de progreso, no solo por las novedades que entraña, sino también porque suministra á los profesores y á los maestros el criterio y la *educación científica*, gracias al cual podrían aplicar sus conocimientos de una manera correcta, por variadas é imprevistas que sean las circunstancias.

La crítica americana y la de la Europa ha estado de acuerdo con sus juicios sobre los «Apuntes para un curso de pedagogía», pudiendo resumirse en los hechos y las citas siguientes:

I. La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* de Monte-

video que funciona desde 1869 y que empezó á dirigir las reformas escolares en el Uruguay, aprobó la idea científica y la doctrina de los Apuntes, decidiendo que en la enseñanza de sus clases normales y de sus escuelas primarias se guiase por ese libro, que hizo publicar por su cuenta, favoreciendo á su autor con el título de *miembro honorario*.

La discusión de esa obra en el seno de la Comisión Directiva duró año y medio.

II. El doctor don Carlos María de Pena publicó en la *Nueva Revista de Buenos Aires* un largo estudio sobre los Apuntes, juzgando que *su plan era único en su género*, lo que le daba una gran novedad. «No es, decía, la única obra de pedagogía que tome en cuenta la anatomía, la fisiología y la psicología. La novedad bajo este punto de vista consiste en la intención ó el fin exclusivamente pedagógico que el Dr. Berra se ha propuesto satisfacer con esos estudios preliminares, indispensables en la obra y que otros han colocado como un frontispicio de conveniencia en sus libros de pedagogía....

«La parte relativa á la *Instrucción*, una vez terminado, el segundo libro, trata de la *Educación*, dividiendo esta materia en dos ramas importantes: la educación *general* y la educación *especial*. Esta innovación *es absolutamente radical; no se le encuentra en ningún tratado de pedagogía* de esos al menos que nos haya sido dado conocer hasta nuestros días. Se puede agregar que esa innovación *tiene todos los caracteres de un verdadero descubrimiento*, y se puede asegurar sin exageración alguna que va á llamar la atención de todos los pensadores que se dedican al estudio de las áridas cuestiones pedagógicas

Los *Apuntes* han tomado proporciones excepcionales tratándose de obras de esta clase. Pero ¿por qué? porque en casi todas las obras de pedagogía no se encuentran hasta el presente sino fragmentos de la ciencia, monografías, estudios independientes de un plan de filosofía que puede dar las bases esenciales de la enseñanza. Es preciso reunir, condensar todos esos materiales diversos, agruparlos en la medida de las necesidades actuales de la enseñanza y en conformidad con las ideas modernas sobre la ciencia, á su vasta comprensión y á su influencia no menos inmensa y no menos trascendental de cada día. La obra del doctor Berra responde á ese objeto. Presenta una idea sintética de la ciencia, pero la presenta después de laboriosos análisis.»

III. Luciano Arréat, de París, ha dicho, en un artículo crítico publicado en la *Rassegna* de Nápoles.

.....
«Ha llegado el momento de que felicite al autor por haber escrito ese curso de pedagogía, *seguramente el más notable de los que se conocen.*»

IV. El doctor Susviela Guardes ha escrito. «El doctor Goldbeck, director del *Charlotenschule* de Berlín, pedagogo notable y de una ilustración incontestable, me ha manifestado la admiración con que ha leído los *Apuntes*, la que tiene por la grande ilustración de su autor, agregando que *le servirá mucho para su establecimiento.*»

V. El señor don Pedro de Alcántara García, de Madrid, se expresa así: «Os acuso recibo de algunos de vuestros trabajos y principalmente de los interesantes y muy originales *Apuntes para un curso de pedagogía* que he leído con sumo placer y de que me sirvo frecuentemente en mis trabajos y explicaciones. Es una obra que hace en extremo honor á la laboriosidad é inteligencia del autor y que puede figurar dignamente *al lado de las mejores que haya producido la literatura pedagógica contemporánea.* Por mi parte la estimo como una de las más importantes de mi biblioteca.»

VI. Monsieur Hippean, de París, escribió al autor: «No conozco ninguna obra de ese género en donde todas las cuestiones estén tratadas con más numerosos detalles y *conocimientos más profundos.* Ella tendrá un lugar al lado de las mejores obras de los Spencer y de los Baica.»

VII. Siciliani de Boloña (Italia) escribe al autor: «No tengo palabras bastantes, mi muy respetable señor, para expresar con propiedad la admiración, que vuestra obra, verdaderamente colosal, me ha causado. La erudición y la ciencia seria y profunda de que dá una *prueba selemne*, me parece que hace vuestra obra muy superior á los tratados ordinarios de pedagogía. En Italia, en Europa, no tenemos nada semejante.»

VIII. El doctor Souza Bandeira, de Río Janeiro, ha publicado en la *Revista do Ensino* de la misma ciudad:

«El nombre del doctor F. A. Berra era poco conocido entre nosotros. La reciente exposición pedagógica le ha puesto de relieve, y de una manera tan honrosa, que no debe ser permitido á los que se ocupan de educación el ignorar las ideas del ilustre

autor que, consagrando su ciencia á la causa de la enseñanza, ha elevado su nivel dándole una orientación precisa.»

Y después de haber juzgado del estado de la pedagogía, en Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Suiza, Bélgica é Italia, y de haber concluido demostrando que ninguno de esos países ha llegado á fundar la ciencia pedagógica, apesar de todos sus esfuerzos, agrega:

«Nadie mejor que el doctor Berra puede lanzarse en tan grande empresa. Sus conocimientos enciclopédicos, su sólida preparación filosófica, su juicio de publicista y en fin, su gusto por las cosas de escuela, todo concurre á hacer de él el tipo del pedagogo. Maestro de los hechos, sabe agruparlos, generalizarlos, inducir las leyes de la enseñanza y demostrar la legitimidad por el examen de la aplicación correspondiente á cada ramo especial.

«La forma de la exposición, es enteramente nueva, etc.»

IX. Bernard Pérez, de Paris, ha dicho en la *Revue Philosophique* de Ribot:

«Mientras que los filósofos, los educadores, se preguntan aún si la ciencia de la educación es posible, el doctor Berra *acaba con la mayor sencillez de constituer esa ciencia* en sus principios generales y en el orden regular de sus aplicaciones.

«*Todo se encuentra en ese sistema admirablemente construido, con solo los resultados de la experiencia*; los principios están bien establecidos, todo se enlaza con rigor.

«Si hemos dado una idea apenas exacta del objeto y de las divisiones del libro, del método y del espíritu del autor, se reconocerá, sin duda que anunciamos uno de los trabajos más serios. *El más completo, á nuestro entender, de aquellos por los cuales la pedagogía ha podido afirmarse.* El señor Berra abre una vía por la cual debe marcharse, siguiendo sus indicaciones, si se quiere producir en pedagogía algo que valga. Se puede declarar desde ya que *gracias á él, la ciencia de la educación es un hecho.*

«El señor Berra, cuya modestia nos es conocida, puede felicitarse de habernos enviado un libro que no tiene equivalente en Europa.»

III—Trabajos pedagógicos

1880

Este volumen contiene tres opúsculos que son:

- a) Cómo se debe instruir.
- b) La enseñanza del idioma.
- c) Reforma de la ortografía española.

En el primer opúsculo el autor expone sus principales ideas sobre la enseñanza instructiva de las ciencias físico-naturales.

Investiga:

¿Cuáles son las ideas que constituyen el conocimiento del mundo material?

¿Cuál es el agente principal de la instrucción; si es el maestro ó el discípulo?

¿Con qué facultades se adquiere *cada orden de ideas*?

¿En qué orden lógico se adquieren los conocimientos?

¿En que orden cronológico se adquieren los conocimientos?

¿Cuáles son los medios que se deben emplear para la instrucción?

Reglas pedagógicas que derivan de la doctrina precedente.

Las escuelas de pedagogía.

En la segunda monografía el autor expone sus opiniones en cuanto se relaciona principalmente con la enseñanza del idioma.

Este trabajo es anterior á la concepción de los APUNTES PARA UN CURSO DE PEDAGOGÍA.

El autor corrigió y completó en este último la doctrina expuesta en el primero.

Son, sin embargo, dignos de atención: el capítulo IV, en el que hace consistir la enseñanza del lenguaje en la del *vocabulario de la gramática y de la retórica* y enseña el orden natural en que se desarrollan y deben ser enseñadas estas tres partes; y el capítulo V en el que discute el método que exige la enseñanza de cada uno de los tres grados.

En el tercer opúsculo el autor estudia las variaciones que ha sufrido la ortografía española desde el origen del idioma y cua-

les son las alteraciones que sería necesario introducir en la ortografía para satisfacer las exigencias científicas.

IV.—Proyecto de organización de la sección de estudios del Ateneo del Uruguay

1884

La enseñanza preparatoria ó secundaria carecía de organización cuando se escribió este libro.

El Ateneo del Uruguay, una institución popular creada para el desenvolvimiento de las ciencias y las letras, abrió sus cursos de estudios preparatorios; y, deseando que estos fuesen tan eficaces como posible, encargó al doctor Berra proyectase su organización.

El autor concibió la idea de convertir la sección de estudios en una universidad libre y de darle una organización tal que pudiese servir de punto de partida para la reforma completa de la enseñanza secundaria en el Río de la Plata.

Escribió, pues, el proyecto de reglamento que se encuentra desde la página 109 en adelante, en el cual están comprendidas desde las bases constitutivas hasta los últimos detalles de la administración, y expuso, en la memoria que le precede (págs. 31 á 107) las doctrinas sobre las cuales está basada la reforma.

Aunque no exista punto que no se haya tratado de mejorar, se puede decir que lo más importante de este trabajo se encuentra en los capítulos I, III, IV, V, VI y IX de la Memoria y en los títulos I, II, III y IV del reglamento, pues es en ellos que se da un fin á la enseñanza secundaria distinto del que tiene generalmente, que se armonizan para ese fin la extensión y comprensión de los estudios, que se fijan é imponen los métodos generales apropiados á las clases de ideas que entran en cada materia, que el curso se coordina lógicamente, que se da á los maestros una organización parecida á la que tienen en las universidades alemanas, que se dictan para los estudiantes reglas que concilien lo serio de los estudios con la facilidad para toda clase de personas y que se organice la disciplina sobre nuevas bases.

Varias personas han escrito sobre la trascendencia de este proyecto de reforma, entre otras el doctor Pena de Montevideo,

el doctor Dittes de Viena, el Pedagogium de la misma ciudad, Bernardo Pérez de París, Julio Pazos de Reafchatel, Siciliani de Bolonia, etc., todos en sentido análogo.

Citaremos solamente algunas opiniones:

I. La opinión del doctor Pena está expresada en el prefacio que encabeza el volumen citado.

He aquí las ideas:

«Este libro hará época en los anales de la institución que lo publica. Contiene una revolución en la enseñanza secundaria y el germen de un gran progreso moral y político...»

«El doctor Berra era la persona indicada de antemano para dar forma á un pensamiento tan loable como el de organizar la enseñanza superior. El honor de la iniciativa debía pertenecerle, pues es bien conocido su noble y meditado interés por el bien de la educación popular.

«Las reformas fundamentales que contiene la Memoria y el proyecto de reglamento están en armonía con las vastas aptitudes del pedagogo, con su competencia reconocida como organizador y con su ilustración en filosofía.

«Hay que observär, en favor del Ateneo y en honor del doctor Berra, que la reforma proyectada en la enseñanza secundaria no es una de esas numerosas cuestiones locales que no tienen otro interés y otra razón de ser, que nuestro interés actual; no hay que creer tampoco que eso sea un problema ya resuelto en otros países más poderosos é influyentes que el nuestro...»

«El doctor Berra, quien persigue como pocos ó quizás nadie en nuestro país, las ideas modernas en estas materias, quiso que el Ateneo pudiese presentar á las otras instituciones ó establecimientos de la misma clase en la República, un plan de organización que por la extensión y la comprensión de los programas por métodos é instrumentos que deben servir á su desarrollo, por el orden de los estudios, por las condiciones disciplinarias y económicas en las que se presentan, ser en realidad la expresión del ideal moderno, responda á las necesidades actuales, y confirme las conquistas científicas, consolidando de esta manera la bella herencia que dejan para lo futuro la investigación y la crítica.»

II. Bernardo Pérez ha escrito en la *Revue Philosophique* de Ribot:

.....
«He aquí que la pequeña República del Uruguay acaba de

reorganizar su enseñanza secundaria; y su plan de reforma, elaborado por el doctor Berra, si no lo juzgo con demasiada indulgencia, *vale muy bien tanto como otro...*»

Me es grato poder citar una coincidencia muy honorable para el doctor Berra, de sus ideas con las que M. Fouillée hizo valer, ha mucho tiempo, con respecto al tiempo acordado al estudio de la filosofía. Esta coincidencia es tanto más notable cuanto que las ideas expresadas en la Memoria y en el Reglamento del doctor argentino son muy anteriores al artículo publicado por M. Fouillée en la «Revue des Deux Mondes».

III. «El Paedagogium» de Viena, ha dicho:

«Quien hubiese pensado, hace diez años, que el Uruguay pudiese servir de ejemplo á un gran número de estados bien organizados de Europa por los esfuerzos que consagra al mejoramiento de sus instituciones de enseñanza pública! Tenemos pruebas de que ello es un hecho por el libro del doctor Berra que acaba de aparecer, bajo el título de: PROYECTO DE ORGANIZACIÓN DE LA SECCIÓN DE ESTUDIOS DEL ATENEO DEL URUGUAY.

«En toda esta obra de reforma se nota un movimiento fresco del espíritu y un progreso verdadero. Es fuera de duda; en donde hay un hombre como Berra, hay que esperar muy pronto una reacción en la instrucción pública...

«Reformas tan radicales son posibles únicamente en países vírgenes como las repúblicas sud-americanas. En la tierra clásica de Europa donde aún existen las tradiciones de la edad media, estas reformas, por deseables que sean, son consideradas como impracticables».

El proyecto de organización ha inspirado algunas reformas, que el gobierno ha realizado en la Universidad de Montevideo y en las bases fundamentales de la reforma general de la enseñanza secundaria efectuada en la República Argentina (1884-86).

V.—Mapa escolar del Uruguay

La particularidad de este *Mapa geográfico escolar* consiste en que las indicaciones orográficas é hidrográficas se han hecho con sombras y líneas muy marcadas y que se han suprimido los detalles supérfluos con el objeto de que los alumnos pudiesen verlo simultáneamente desde sus respectivos asientos y que se formen

intuitivamente una idea de la manera como la orografía é hidrografía están en contacto como también cada una de sus partes.

Fué adoptado por la autoridad escolar.

VI.—La salud y la escuela

1886

Este libro, como lo dice su autor, en el prefacio, no trata de un modo completo de la higiene escolar, sino únicamente de algunas cuestiones importantes, de las que generalmente se hace caso omiso, y de las que no se trata en obras de este género, por la simple razón de que estas cuestiones requieren á la vez competencia en higiene y pedagogía y que estas obras generalmente son escritas por médicos, poco instruidos en la ciencia pedagógica.

El autor discute en el primer capítulo los efectos producidos en general por la moderación, la falta ó exceso de alimentación sólida, líquida y gaseosa, por la acción física, por la acción mental y por la temperatura atmosférica.

Limitándose á la escuela, desarrolla en el capítulo II hechos que le son comunes y que se refieren á la alimentación, respiración, acción física, acción mental y temperatura, tomando en cuenta la conducta de las autoridades públicas, de las familias, de los maestros y de los alumnos en lo que concierne á la higiene y la pedagogía.

En el capítulo III demuestra los efectos mórbidos y contrarios á la enseñanza que engendran los hechos expuestos en el capítulo anterior.

El capítulo IV, que ocupa la mitad del libro, está consagrado á demostrar de una manera científica los medios higiénicos y pedagógicos que se deben emplear para evitar los males que se observan en las escuelas.

El capítulo V es un resumen de la doctrina del anterior, bajo la forma de más de sesenta preceptos, que se encomiendan tanto á los maestros como á las autoridades y á las familias.

La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* aprobó este libro é hizo imprimir por su cuenta la primera edición en Mon-

tevideo. Habiéndose agotado esta edición, se imprimieron dos más en la República Argentina y una traducción italiana en Turín.

Las críticas publicadas en América y en Europa están de acuerdo con los extractos siguientes:

I. El doctor Dávila Boza ha escrito en la «Revista de Artes y Letras», de Santiago de Chile:

«....Hemos resuelto escribir las líneas siguientes por la circunstancia de ser aplicables punto por punto en Chile las observaciones y consideraciones del señor Berra, en cuanto al país ó ciudad, cuando dice: y con tanta exactitud y tanta minuciosidad que ni se puede exceptuar lo que trata de las horas en que empiezan y concluyen las clases ó de las épocas en que empiezan y concluyen los cursos, etc.

Una vez expuestas las leyes que presiden el organismo humano, después de haber establecido los hechos que se realizan en las escuelas y que son contrarias á estas leyes, se puede desde luego deducir cuáles son las enfermedades más frecuentes en los alumnos, deducción inmediatamente confirmada por la experiencia y la estadística, y en fin, las medidas que hay que tomar para impedir las consecuencias. De manera que en toda la obra no hay una sola afirmación que no se apoye sea en ideas expuestas de antemano ó sea en la autoridad de algún médico ó higienista distinguido.

«A nuestro modo de ver es el medio más seguro cuando se escribe para todo el mundo sobre asuntos de los que todo el mundo no posee nociones preliminares suficientes».

II. El profesor Veniali escribe en el prefacio de la edición italiana:

«Después de los numerosos libros y obras escolares y volúmenes de carácter puramente pedagógico publicado por M. Berra y conocidos en Italia, Francia é Inglaterra, aparece «La salud y la escuela». El estimado Siciliani tuvo la idea de traducir al italiano este libro lleno de preceptos muy útiles para todos, para maestros, alumnos, familias y para los que velan por la instrucción pública. Un discurso como lo sabía hacer nuestro ilustre pedagogo, debía preceder esta traducción, pero la muerte lo llevó de improviso.

«El libro del doctor Berra es de aquellos que aparecen para prevenir los males que afligen á esta pobre humanidad.

«El libro del doctor Berra es un grito que tiene mucha razón en hacerse oír en todos los rincones de la tierra á donde se han establecido una ó más familias y han establecido una escuela; pensemos en la salud de nuestros niños. Esta faz del problema pedagógico está allí estudiado por el eminente pedagogo americano en todos sus puntos y con una serie de hechos, observaciones y notas científicas, que merece toda la atención de todos los que se dedican á la educación de los niños. Que todos lean este libro y verán cuán ignorantes son, y por consiguiente, crueles con los niños....

«Ahora el libro del doctor Berra será el vademecum de todos los administradores.»

VII.— Los tipos de horario escolar

1886

Habiendo el inspector de instrucción primaria escrito un opúsculo para sostener que los días escolares continuos de seis horas, condenadas en *La salud y la escuela*, son tanto ó más adaptados á los preceptos higiénicos y pedagógicos que los días escolares no continuos, el doctor Berra escribió los tipos de horario escolar con el fin de discutir ampliamente la materia.

Estudia todos los tipos de horarios en lo que se relaciona con la temperatura, la respiración, la alimentación, la actividad física, la actividad mental, el objeto de la enseñanza, el sentimiento de uniformidad, las atenciones domésticas de los maestros, la calle, la economía doméstica.

Al finalizar consagra un capítulo á las costumbres de las principales naciones y otro capítulo para hacer un resumen de las opiniones de cincuenta y cuatro médicos de Montevideo, que el autor consultó por escrito sobre este asunto.

La *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* adoptó las doctrinas del autor é hizo imprimir por su cuenta una segunda edición en Buenos Aires.

Esta obra provocó la reforma de los horarios en el Uruguay y la República Argentina.

La *Revista pedagógica italiana* de Turín dice:

«El doctor F. A. Berra, que es uno de los más eminentes pedagogos de la América meridional, nos envía un libro precioso en el que trata la cuestión horario.»

La *Revista de artes y letras* de Santiago, Chile, dice:

«El autor despliega un verdadero lujo, un verdadero despilfarrero de pruebas; las da de todas las clases posibles, pedagógicas, higiénicas, morales, económicas, domésticas, etc., y con tal abundancia de citaciones etc., que emplea 128 páginas para probar un punto sobre el cual todas las opiniones están poco más ó menos de acuerdo.

«Esta conducta del autor está plenamente justificada, si sucede en Montevideo lo que aquí, que se detienen los niños pequeños de la edad de seis ó cinco años, martirizándolos durante seis largas horas».

VIII. Nociones de higiene privada y pública

1883

Este libro ha sido escrito para el uso de las escuelas primarias.

El autor lo concibió con la intención de reformar el método que se emplea en la enseñanza de esta materia, que consiste en exponer las conclusiones de la ciencia para que los alumnos las estudien.

De manera que, partiendo del punto de que la higiene deriva racionalmente de la fisiología, ha hecho un resumen en el capítulo I de las conclusiones de esta última ciencia en cuanto al trabajo muscular, de su exceso y de su falta, suponiendo que el alumno tiene estudios anteriores sobre este punto; en seguida ha deducido lógicamente de estas nociones, varias de las más importantes reglas de higiene, para demostrarle al alumno el modo como debe proceder; después ha propuesto un gran número de problemas de higiene, sin solución, con el objeto que los alumnos los resuelvan ellos mismos, aplicando, como lo ha hecho el autor, las nociones fisiológicas que poseen. En varios otros capítulos ejecuta el mismo plan en cuanto á alimentación, respiración, trabajo mental, etc. etc.

Es intención del autor que los jóvenes se acostumbren á considerar la fisiología como la fuente de la higiene y hacer derivar

de estas nociones las reglas que tienen que aplicar en su conducta, desde el punto de vista higiénico, en cada caso que se les presente.

El estudio elemental de la fisiología tendrá de esta manera su objeto práctico, las personas se formarán una idea que les será útil en las circunstancias ordinarias y la higiene será lo que debe ser, el resultado de las deducciones racionales.

Esta obra ha sido adoptada para servir de modelo en la enseñanza de la materia, por las autoridades escolares nacionales del Uruguay y de la República Argentina.

IX. - Carteles de lectura y de logografía

Estos carteles tienen por objeto el reemplazar la enseñanza separada de lectura, por la enseñanza simultánea de la lectura y de la logografía y de reemplazar el antiguo método sintético de deletrear, por el método analítico que empieza por la palabra y sigue hasta los elementos pasando por las sílaba.

En cada cartel hay un pequeño número de palabras *generadoras* que el niño aprende á leer y escribir como si fuesen signos indivisibles de otras tantas ideas comunes, cuyos objetos se ven pintados en la figura correspondiente.

En el cartel siguiente figuran las sílabas que resultan de la descomposición de las mismas palabras cuyo conocimiento alcanza á aprender el niño, dividiendo los generadores, ó sea analizándolas en sus partes más notables. Lee y escribe las sílabas; forma con ella todas las palabras que puede, las lee y las escribe, y con estas palabras forma frases, que á su vez son leídas y escritas.

En el cartel siguiente se presentan los ejercicios analíticos de las sílabas en sus elementos. Con estos elementos que el niño lee y escribe forma nuevas sílabas, con estas sílabas nuevas palabras y con estas palabras nuevas frases; sílabas, palabras y frases que el niño lee y escribe sucesivamente.

El modo de hacer todo esto está detallado en LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA Y DE LA LOGOGRAFÍA, opúsculo que acompaña la serie de carteles murales y del que se hablará más adelante.

El maestro enseña las palabras generadoras; el alumno hace todo lo demás por su propia observación y por el razonamiento. Aprende á leer y á logografiar por si mismo desarrollando considerablemente sus facultades mentales.

I. Estos carteles fueron aprobados y adoptados por la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular*, que hizo imprimir por su cuenta la primera edición. Fueron en seguida adoptados en las escuelas del Uruguay y de la República Argentina. Se han impreso dos ediciones más en Buenos Aires.

II. Fueron objeto, en esta ciudad, de una conferencia oficial de maestros en la que funcionaron cuatro clases graduadas de niños para probar prácticamente el método y el procedimiento, y se discutió escrupulosamente la doctrina metodológica del autor.

Los maestros votaron casi unánimemente la siguiente:

El método analítico de lectura y escritura simultáneo que empieza por la palabra, símbolo de la idea, es el mejor de todos los métodos y reúne las ventajas siguientes:

(1) Sigue las leyes naturales y pedagógicas, pasando de lo conocido á lo desconocido, de la idea á su representación, del todo á las partes.

(2) Es educativo é instructivo para las facultades intelectuales, para la vista y las manos, que mantiene en constante actividad.

(3) Facilita el aprendizaje, haciéndolo esencialmente agradable é interesante.

(4) Enseña á leer en un tono natural, formando lectores inteligentes.

(5) Hace ameno el estudio de la lectura.

(6) Los carteles de lectura y logografía del doctor F. A. Berra (1887), llenan metódicamente todas estas condiciones.

(7) Los otros métodos empleados en las escuelas de la capital, carecen de los principios pedagógicos más fundamentales.

(8) El método seguido en los carteles Berra sobrepasa al método fónico en cuanto á suavidad, variedad y facilidad; lo sobrepasa desde el punto de vista de la educación mental, pues es natural, pedagógico y provoca constantemente observaciones y razonamientos.

Finalmente: el progreso escolar exige, que se reemplacen los métodos actualmente en uso por el analítico, y con preferencia, por los carteles del doctor Berra, cuyas ventajas ya se han visto.

III. Más tarde el Consejo Nacional de Educación de la República Argentina abrió un concurso de libros de didáctica, comprendiendo aquellos que tienen por objeto la enseñanza de la lectura.

El jury se pronunció dando preferencia á los carteles de lectura y logografía del doctor Berra á todos los otros métodos que fueron presentados al concurso.

IV. El método Berra ha sido recientemente adoptado en otras repúblicas americanas por la autoridad pública.

X.—Enseñanza de la lectura y de la logografía

1890

Este opúsculo acompaña los carteles de lectura y de logografía de que se trató en el número 9 y está destinado á instruir los maestros en cuanto al método y los procedimientos, según los cuales es preciso emplear dichos carteles.

Para esto el autor expone minuciosamente las reglas generales que son comunes á todos estos carteles y las particulares que corresponden á cada uno de ellos.

Como esta monografía forma parte integrante de los carteles mencionados, se le pueden aplicar los mismos juicios y hechos mencionados en el número anterior.

XI.—Doctrina de los métodos

1882

Esta disertación fué leída por el autor en el Congreso Pedagógico Internacional de Buenos Aires (1882) siendo él representante de la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* de Montevideo.

En ella se sostiene que es preciso enseñar según un método particular, nó cada ramo, pero cada clase de ideas que comprende cada ramo; de suerte que un ramo de instrucción exige la aplicación de tantos métodos como hay clases de ideas comprendidas.

En seguida separa todas las clases de ideas que forman el conjunto de las nociones humanas, busca, observando los hechos físicos, cual es el método, por medio del cual se adquiere de un modo natural cada orden de ideas, y forma de esta manera lo que se puede llamar la metodología general.

Esta doctrina fué discutida y aprobada por dicho Congreso Pedagógico Nacional, como se vé al fin de este opúsculo.

En el Congreso estaban representados los Estados Unidos, el Brasil y casi todas las Repúblicas de América del Sud y Central.

XII.—La enseñanza de la caligrafía

1890

Habiendo el autor recibido orden de la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* de examinar el método razonado de escritura inglesa del ilustrado profesor Bergmans (Buenos Aires), aprovechó la oportunidad para combatir los errores y las prácticas viciosas que se han generalizado en la enseñanza de esta materia tanto en Europa como en América, exponer sus teorías pedagógicas respecto de este ramo y juzgar del valor absoluto y relativo de varios métodos conocidos en el antiguo y el nuevo mundo.

La *Sociedad Amigos de la Educación Popular* adoptó las opiniones expresadas en este manógrafo y decidió hacerlas imprimir por su cuenta para mejorar la enseñanza de la caligrafía, bastante descuidada en las escuelas.

XIII.—Los premios y el veredicto escolar

El autor pretende que las recompensas (esto es, medallas, diplomas, libros, estampas y otras cosas que no sea simplemente aprobación ó elogio por buena conducta) son de un efecto funesto.

Combate, por consiguiente, la costumbre de recompensar diariamente en la clase y anualmente en el público, y establece el veredicto escolar que consiste una vez concluido el examen al fin del año, en la opinión de los examinadores, en cuanto á la clase en general y á los que se han lucido más, y la opinión de los maestros y los alumnos en cuanto á los tres ó cuatro que en cada clase se han distinguido por su aplicación en el estudio ó su moralidad.

El objeto es doble, pues la opinión pública de la escuela influye sobre la conducta de sus miembros, como la opinión de

las masas influye sobre los individuos, y los niños se acostumbran á opinar libremente y cargar con la responsabilidad de su opinión, como medio de formar el carácter y prepararlos á ejercer los derechos y deberes del ciudadano.

Se discuten en este opúsculo las recompensas y el veredicto, se enumeran los resultados prácticos obtenidos por este último y se grega el reglamento adoptado por la *Sociedad de Amigos de la Educación Popular* en las escuelas.

I. Las ideas del doctor Berra han sido adoptadas y puestas en práctica por la *Sociedad de Amigos*. Su ejemplo y su experiencia han inducido á la autoridad escolar del Uruguay á suprimir las recompensas anuales en las escuelas públicas, y algunas autoridades argentinas han ensayado el veredicto.

II. En Europa se han publicado opiniones favorables de los señores Marión, Arréas, Bernardo Pérez, etc.

III. La *Grande Encyclopédie* que se publica actualmente en París, haciendo la biografía del doctor Berra, se expresa de la siguiente manera:

«M. Berra, que preside esta Sociedad, después de haber contribuido á fundarla, ha hecho conocer, por medio de sus escritos las inovaciones originales, atrevidas y á menudo precoces que ha probado en sus escuelas, para hacer pasar á la práctica los principios más elevados y científicos de la educación moderna como resultan de la teoría, de la experiencia y principalmente de la necesidad de la verdadera democracia. El opúsculo titulado: *Los premios y el veredicto escolar*, es de las más curiosas bajo este punto de vista; se vé al veredicto escolar sustituyendo todo otro sistema de recompensas, y preconizado como medio de formar desde la escuela el carácter y el espíritu en los futuros electores. (Art. Berra F. A. VI, pág. 407 y siguientes).

XIV.—Bosquejo histórico de la República Oriental del Uruguay

1893

Hecha la abstracción del mérito que se puede encontrar en el grado de imparcialidad, orden, concisión y claridad con que está escrita esta obra, es bueno fijarse en esta circunstancia.

Cuando apareció el *Bosquejo Histórico* no había en el país

ningún libro que mencionase los acontecimientos uruguayos después de 1800, pues á causa de las guerras civiles y los desórdenes administrativos, los archivos públicos habían sido destruidos y no se había podido reorganirlos. No se enseñaba la historia Nacional, ni en las escuelas ni en ninguna parte, pues ni maestros ni alumnos tenían medios para aprenderla de una manera satisfactoria.

El autor consagró varios años para adquirir documentos que se hallaban desparramados en poder de numerosas personas, gastando sus ahorros.

Cuando hubo reunido un número suficiente de manuscritos originales y de documentos impresos para dar una idea, aunque muy reducida, de la historia del Uruguay, escribió y publicó el Bosquejo, del cual se han impreso tres ediciones.

XV.—Informe acerca del Congreso Pedagógico internacional de Buenos Aires

1882

El doctor Berra fué uno de los delegados de la sociedad de Amigos de la Educación Popular en el congreso pedagógico de 1882, cuyas sesiones se publicaron en esta revista. Encargado por sus colegas del Uruguay de redactar el informe que debiera presentarse á la asociación, lo hizo acompañando un trabajo que se ha publicado en un libro y consta de dos partes: la primera es una reseña histórica de la organización, composición y trabajos del congreso; la segunda una exposición y crítica de todas las doctrinas que se discutieron. Ese libro, es el único que se ha escrito y publicado acerca de aquel memorable congreso y uno de los premiados con el primer premio en las exposiciones internacionales de Río Janeiro y de Barcelona.

XVI.—Estado económico de las escuelas comunes de la Provincia de Buenos Aires

1894

Al hacerse cargo del gobierno de la Provincia de Buenos Aires, el doctor don Guillermo Udaondo se preocupó de poner al frente del gobierno de las escuelas á una persona que reuniese la competencia, ilustración y moralidad que el cargo exigía y su elección recayó en el eminente pedagogo doctor don Francisco

A. Berra, el que se resolvió á dejar á Montevideo donde tanta estimación se le profesaba para venirse á establecerse en la ciudad de La Plata. Colmado de distinciones y honores llegó el doctor Berra á su patria é inició con la mayor consagración sus trabajos educacionistas con un luminoso estudio sobre el estado económico de las escuelas comunes de la provincia en el cual expone los trabajos que ha llevado á cabo para mejorarlas, analiza los presupuestos escolares para 1895, hace ver los graves males que se seguirían si se aprobase y expone los trabajos verificados para corregirlos, indica los esfuerzos que la situación de la educación exige de las autoridades de la provincia y del pueblo y da sus instrucciones á los consejos escolares acerca de la conducta que han de observar.

Ese documento está publicado en un pequeño libro que podrá leerse con agrado en cualquier tiempo por el espíritu de moral administrativa y de enseñanza que enseña.

XVII.—Código de Instrucción Primaria y Normal

1898

Ocupándonos de esa obra hemos dicho en esta misma revista.

Los que no conozcan este código, publicado en 1898 por los talleres de imprenta del Museo de La Plata y que el gobierno del señor Udaondo elevó á la legislatura de la provincia para su aprobación, se figurarán, tal vez, que se trata de una compilación de las leyes y reglamentos que rigen la marcha de la instrucción primaria y normal en aquella parte importante de la república, análoga á las que se han publicado en otros países como Francia, España, Inglaterra y aún en el nuestro propio, para el servicio de la nación y la provincia de Entre Ríos.

Nada de eso. Las disposiciones que gobiernan la instrucción primaria en la provincia de Buenos Aires han sido ya compiladas y publicadas en otro libro que se ha repartido no hace mucho tiempo y que fué mandado ejecutar bajo la administración del mismo doctor Berra. El de que ahora nos ocupamos es una obra nueva por su fondo y por su forma.

He aquí un cuadro sinóptico de los diversos asuntos que comprende el código y que hemos formado para su más clara comprensión, obligados por las dimensiones de un índice que por sí sólo ocupa ochenta y cuatro páginas de la obra.

Cuadro Sinóptico del Código de Instrucción Primaria y Normal

LIBRO SEGUNDO.—Del régimen técnico de la enseñanza.

LIBRO PRIMERO.—Del territorio con relación á las escuelas.

<i>Título I.</i> De la enseñanza común primaria.	CAPÍTULO I.—De la enseñanza común primaria en general.	
	CAPÍTULO II. De la enseñanza primaria privada y pública.	Sección 1. ^a —Clasificación de los lugares en que es posible enseñar. Sección 2. ^a —La enseñanza común en el domicilio. Sección 3. ^a —La enseñanza primaria en las escuelas primarias. Sección 4. ^a —La enseñanza común en las escuelas públicas.
	CAPÍTULO III.—De la obligación de aprender, en cuanto se relaciona con la fase técnica de la enseñanza.	
<i>Título II.</i> De la enseñanza normal primaria	CAPÍTULO ÚNICO. De las escuelas normales privadas.	Sección 1. ^a —De la enseñanza de la escuelas normales Sección 2. ^a —De las escuelas normales bajo el respecto técnico. Sección 3. ^a —De los alumnos normalistas.
<i>Título III.</i> De los medios técnicos auxiliares de la enseñanza primaria y normal.	CAPÍTULO I.—De las clases magistrales.	
	CAPÍTULO II. De las conferencias magistrales.	Sección 1. ^a —Conferencias magistrales normales. Sección 2. ^a —Conferencias magistrales primarias.
		Sección 1. ^a —De los congresos didascológicos normales. Sección 2. ^a —De los congresos didascológicos primarios. Sección 3. ^a —De los congresos de higiene escolar.
	CAPÍTULO IV. De la enseñanza auxiliar impresa.	Sección 1. ^a —De los impresos ocasionales y periódicos Sección 2. ^a —De las bibliotecas escolares. Sección 3. ^a —De las bibliotecas magistrales de distrito. Sección 4. ^a —De la biblioteca magistral de la provincia.
		Sección 1. ^a —De los museos escolares. Sección 2. ^a —De los museos de distrito. Sección 3. ^a —Del museo provincial de enseñanza primaria.
	CAPÍTULO VI.—De la inspección técnica de las escuelas.	

Cuadro Sinóptico del Código de Instrucción Primaria y Normal.—(Continuación.)

LIBRO TERCERO.—Del régimen económico de la enseñanza.

<i>Título I.</i> Del régimen económico de las escuelas primarias y de las instituciones auxiliares.	CAPÍTULO I. Del mantenimiento de las escuelas primarias y normales públicas y de las instituciones auxiliares.	Sección 1. ^a —Del sostenimiento de las escuelas y clases primarias. Sección 2. ^a —Del sostenimiento de las escuelas normales y de instituciones auxiliares de la enseñanza. Sección 3. ^a —De los edificios y mueblaje, libros y materiales de las escuelas primarias y normales.
	CAPÍTULO II.—De la obligación de aprender, en cuanto se relaciona con la parte económica de la enseñanza.	
	CAPÍTULO III. De la inscripción y de la asistencia media de los alumnos.	Sección 1. ^a —De la inscripción en la matrícula. Sección 2. ^a —De la asistencia media.
	CAPÍTULO IV.—Gratuidad de la enseñanza.	
	CAPÍTULO V.—De las becas.	
<i>Título II.</i> De los gastos y de los bienes de la enseñanza pública primaria y normal.	CAPÍTULO I.—De los gastos de la enseñanza pública.	
	CAPÍTULO II.—De los bienes de la enseñanza pública.	
	CAPÍTULO III.—Del destino de los bienes de la enseñanza.	
<i>Título III.</i> Del presupuesto de la enseñanza.	CAPÍTULO I.—De la materia, duración y forma del presupuesto de la enseñanza.	
	CAPÍTULO II. Del modo de aplicar el presupuesto.	Sección 1. ^a —Aplicación del presupuesto de gastos. Sección 2. ^a —Aplicación del presupuesto de recursos.
	CAPÍTULO III.—De las leyes adicionales del presupuesto.	
<i>Título IV.</i> —De los gastos y recursos sujetos á presupuesto		
<i>Título V.</i> —De la contabilidad de la enseñanza pública.		

Cuadro Sinóptico del Código de Instrucción Primaria y Normal.—(Conclusión.)

LIBRO CUARTO.—Del gobierno de la enseñanza primaria y de la normal.	<i>Título I.</i> —De la distinción del gobierno técnico y de los gobiernos económicos de la enseñanza.	
	<i>Título II</i> Del gobierno técnico de la enseñanza.	CAPÍTULO I.—Del director general de escuelas
		CAPÍTULO II.—De las oficinas de la dirección general de escuelas.—1.ª De las oficinas centrales. 2.ª De las oficinas seccionales. 3.ª De las oficinas de distrito. 4.ª Disposiciones comunes.
		CAPÍTULO III.—De los empleados de los establecimientos públicos de enseñanza.—1.ª De los empleados de las escuelas normales y clases magistrales. 2.ª Del personal docente de las escuelas y clases primarias.
	<i>Título III</i> Del gobierno económico general de la enseñanza.	CAPÍTULO I.—Del consejo general de educación.
		CAPÍTULO II.—De la presidencia del consejo general de educación.
		CAPÍTULO III.—De las oficinas del consejo general de educación.
	<i>Título IV</i> Del gobierno económico de los distritos escolares	CAPÍTULO I.—De los consejos escolares.
		CAPÍTULO II.—De las oficinas de los consejos escolares.
		CAPÍTULO III.—De los administradores interinos de los distritos escolares.
	<i>Título V.</i> —De las cuestiones de competencia	

LIBRO QUINTO.—De las responsabilidades civiles, penales y disciplinarias.

LIBRO SEXTO.—De los procedimientos de los gobiernos técnicos y económicos de la enseñanza.	<i>Título único</i> De los procedimientos.	CAPÍTULO I.—Del procedimiento relativo a la existencia de las autoridades escolares.
		CAPÍTULO II.—Del procedimiento en las cuestiones de competencia.
		CAPÍTULO III.—Del procedimiento en las compras y construcciones.
		CAPÍTULO IV.—Del procedimiento en las ventas.
		CAPÍTULO V.—Del procedimiento en establecer y trasladar casas de enseñanza y sus auxiliares.
		CAPÍTULO VI.—Del procedimiento en la provisión de escuelas, bibliotecas, museos y congresos.
		CAPÍTULO VII.—Del procedimiento en el suministro de rentas por los pagos.
		CAPÍTULO VIII.—Del procedimiento en la rendición de cuentas.
		CAPÍTULO IX.—Del procedimiento en la fracción del presupuesto de la enseñanza.
		CAPÍTULO X.—Del proceder en el otorgamiento de títulos de maestros.
		CAPÍTULO XI.—Del procedimiento en la matriculación de niños.

El primer libro del código se ocupa, como se ha visto, del territorio con relación á las escuelas, y comprende sólo cuatro artículos que establecen que el territorio de Buenos Aires constituye la *provincia escolar*, repartiéndose ésta en tantas *secciones* cuantas sean necesarias para el cumplimiento de las disposiciones relativas á la inspección; que cada sección constará de uno ó varios de los *distritos* existentes y, en fin, que en un distrito entrarán tantos *circuitos* escolares como escuelas haya, recibiendo el nombre de circuitos aquellas porciones de territorio que tienen por centro una escuela y cuyo radio pueda ser cómodamente recorrido por los alumnos.

Esta parte del proyecto sugiere una observación. ¿Las escuelas admitirán indistintamente y cualesquiera que sea su edad, alumnos de uno y otro sexo? Si esto fuera así, la subdivisión en circuitos que tengan por centro una sola escuela, estaría bien; pero no lo es, pues el mismo código admite la posibilidad de una escuela para cada sexo y en este caso será necesario reconocer que un circuito con una sola escuela podría dar por resultado la exclusión de todos ó parte de los niños de uno de los sexos que tuviesen su domicilio dentro del radio que le comprende.

El segundo libro, sobre el régimen técnico de la enseñanza, contiene ciento noventa y un artículos y es, sin duda, en el que más se destacan las ideas pedagógicas del reformador de nuestra legislación escolar.

En él se define, en primer término, el fin de la enseñanza común primaria y se bosqueja el plan de estudios que ha de realizar el fin enunciado. El doctor Berra expone en la nota correspondiente que los autores no están contestes en cuanto al fin que ha de adoptarse ó de tenerse en vista al difundir la enseñanza común. En efecto son tan diversas esas definiciones como sus autores. Ya Bain nos ha hecho notar las dificultades que presenta la cuestión de saber cuál es el objeto de la educación, dándonos una serie de proposiciones muy diversas, escritas por hombres eminentes.

El artículo pertinente del código, lo define así: «La enseñanza común primaria tiene por fin, en la provincia de Buenos Aires, suministrar al pueblo las aptitudes que sean indispensables para que los individuos que lo componen hagan cuanto en virtud de las leyes positivas ó del poder de las circunstancias se vean precisa-

dos de hacer por sí mismos, para sí ó para sí y sus familias, general y ordinariamente, en la vida privada y en la pública, como medio de realizar el desenvolvimiento de la personalidad suya y de su familia, con sujeción á las leyes naturales á que están sometidos. Es inconciliable con este fin, todo propósito profesional ó industrial».

Esta definición cuyo alcance se explica detenidamente, no es menos objetable que las otras. En primer lugar, la enseñanza no se suministra, y en segundo, no es el pueblo el asunto de ella sino los niños. Tampoco la escuela primaria puede alcanzar por sí sola los diversos propósitos que se enuncian. No obstante, creemos que esta definición ha de satisfacer al doctor Berra: La enseñanza primaria tiene por objeto el desarrollo de la personalidad humana de acuerdo con las leyes naturales á que está sometida, habilitándola para realizar en la vida privada y en la vida pública, los actos á que la obligan, general y ordinariamente, las leyes positivas ó las circunstancias.

Para realizar el objeto propuesto, el código trae este plan de estudios que ya nos lo dió á conocer su distinguido autor en las «Leyes de la enseñanza».

Se ha de enseñar:

a)—A conservar y á robustecer la salud corporal y mental;

b)—A recuperar la salud en casos de enfermedad leve; á prestar los primeros auxilios en casos de accidente ó de enfermedad grave, mientras no pueda intervenir médico; á asistir enfermos;

c)—A ejecutar los trabajos domésticos, de carácter mecánico, que la generalidad de las personas necesita ejecutar por sí misma en las circunstancias ordinarias, para satisfacer sus propias necesidades ó las de su familia;

d)—A calcular;

e)—A dibujar;

f)—A caligrafiar;

g)—A llevar la contabilidad doméstica;

h)—A comunicar las ideas oralmente y por escrito, esto es, á hablar, á logografiar y á leer;

i)—A expresar los sentimientos musicalmente, ó sea á cantar, á melografiar, á entonar;

j)—A proceder en el orden privado y en el público, con urbanidad;

k)—A proceder económicamente en el orden privado y en el público;

l)—A proceder moralmente en el orden privado y en el público;

ll)—A proceder con sujeción á derecho, en el orden privado y en el público;

m)—A enseñar.

En este plan se acentúa perfectamente cuanto se relaciona con el conocimiento de sí mismo, con la familia, con la sociedad, pero no se desprende de él con suficiente claridad, la necesidad de estudiar la naturaleza. Sin duda, que ella está comprendida en algunos de esos tópicos, pero nos parece que merecía una mención especial.

Los dos artículos siguientes de este libro del código, establecen la distinción entre la enseñanza teórica y la enseñanza práctica.

Luego, se determina la división de la enseñanza común, en *primaria preparatoria, primaria inferior, primaria media y primaria superior*. Empieza con lo que se llama enseñanza froebeliana y termina con lo que se ha llamado enseñanza completa.

La enseñanza puede ser *graduada* ó no, *religiosa, laica, privada, pública, doméstica, escolar*, y con los mismos términos se designarán las escuelas en que se dé esa educación. También habrá por el código, escuelas de *varones*, de *mujeres*, mixtas, de *niños*, de *adultos*, *carcelarias*, *urbanas y rurales*.

Una de las secciones del libro trata de la educación común en el domicilio, y otra, de la enseñanza primaria en las escuelas privadas.

Termina el título primero de este libro, con la reglamentación de la enseñanza primaria pública, parte que ocupa una gran extensión.

El título segundo versa sobre la enseñanza normal primaria, la que tendrá por objeto preparar á las personas para ejercer científicamente la enseñanza común primaria.

El título tercero se contrae á los medios técnicos auxiliares de las enseñanzas primaria y normal. Estos son: las *clases magistrales*, las *conferencias magistrales normales*, las *conferencias magistrales primarias*, los *congresos didascológicos normales*, los *congresos didascológicos primarios*, los *congresos de higiene escolar*, la *enseñanza auxiliar comprensiva*, las *bibliotecas* y los *museos* de varias categorías y, por último la *inspección técnica*.

Es imposible examinar en los límites de un artículo, las múl-

tiples cuestiones que abraza esa parte del código y que el doctor Berra trata con notabilísima erudición en las notas que llevan al pie la mayor parte de sus artículos.

El libro tercero comprende cuanto tiene relación con el régimen económico de la enseñanza, y pueden verse en el cuadro que insertamos más arriba, los puntos de que trata en sus ciento cincuenta y siete artículos.

El libro cuarto es el del gobierno de la enseñanza primaria y normal. En él están perfectamente definidas las atribuciones de cada funcionario y señalados los deberes que tienen que llenar.

El libro quinto trata de las responsabilidades civiles, penales y disciplinarias á que estarán sujetos todos los funcionarios de la administración, á la par de los maestros que dirigen la enseñanza.

Por último, en el libro sexto se establecen los procedimientos de los gobiernos técnico y económico de la enseñanza, que abraza once capítulos ya enumerados y que son dignos de un meditado estudio.

Terminaremos este artículo, empezado con el propósito de entrar más de lleno al examen de las doctrinas del código y que nos vemos obligados á concluir tributando una vez más nuestro aplauso á su autor, por obra tan importante y la cual puede estar seguro que, si no mereciese la sanción de la legislatura de la provincia, no dejará por eso de ser tenida muy en cuenta en toda la república, siempre que se trate de reformar la legislación escolar.

La idea sola de un código de esa naturaleza ha de merecer al doctor Berra las felicitaciones de todos los amigos de la educación popular.

XVIII.—Leyes naturales de la enseñanza

1896

El Consejo Nacional de Educación adquirió un número de ejemplares de la obra que bajo el título de «Resúmen de las leyes naturales», publicó el doctor don Francisco A. Berra, trabajo que es el resultado de largos y meditados estudios pedagógicos, que se iniciaron con un interesante opúsculo sobre «Cómo se debe enseñar» siguió con los «Apuntes para un curso de pedagogía» y termina con el notable y original estudio de que vamos á ocuparnos y cuya lectura no nos cansaremos de recomendar á los maestros.

Este libro, que tenemos á la vista, apenas salido de los talleres

de la encuadernación, viene precedido de una introducción que ameniza en cierto modo la naturaleza de los estudios pedagógicos, para los que no todos estamos preparados.

En ella se exponen las dos escuelas pedagógicas que están en lucha desde hace cerca de cuarenta años, la que ha tenido por campeón al conde León Tolstoi fundada en el más profundo respeto por la libertad interna y externa del que aprende, y la más generalizada en todas partes, según la cual, el que aprende necesita someterse por completo á la autoridad del que enseña, siendo un derecho de la familia y de la sociedad el enseñar educando é instruyendo á sus hijos como lo juzgue más conveniente y como se practica en la actualidad en todos ó casi todos los establecimientos de enseñanza del país.

Para el conde Tolstoi y sus partidarios, la instrucción y la educación son cosas diferentes; la primera es transmisión de saber, de conocimientos; la educación es la acción que un individuo ejerce en el modo de ser de otro, para hacerlo igual á sí. La instrucción puede darse respetando la libertad individual; la educación es siempre y tiene que ser por su naturaleza una acción impuesta, es una tendencia al despotismo moral, erigida en principio. La instrucción es legítima, es justa; la educación no lo es. Nadie tiene el derecho de educar á un hombre, ni á un niño, porque nadie tiene el derecho de violentar la naturaleza de otro. Además la imposición no da resultados ó los da malos; no puede ser base de la ciencia. Por tanto, la escuela no debe educar, sólo puede instruir, respetando en absoluto la libertad del alumno.

Todos conocemos los resultados de este sistema que algunos han querido implantar entre nosotros, dejando á los alumnos seguir sus impulsos naturales.

El doctor Berra, después de exponer las dos escuelas, autoritaria la una y libre la otra, halla que ambas son en parte verdadera y en parte falsas: la falsedad en la primera está en que no reconoce ninguna libertad en los alumnos; la de la segunda en que les permite una libertad ilimitada en todo tiempo.

A ese capítulo, sigue el de la teoría y la práctica, que ofrecen tanto campo á la discusión y sobre cuyo verdadero significado pocas veces hay acuerdo entre los educacionistas.

Con estos preliminares pasa el doctor Berra á explicar en otros tantos capítulos que ocupan 240 páginas del libro, las veintinueve leyes de la enseñanza, es decir, la ley de universalidad que exige que la enseñanza comprenda á la universalidad de los seres humanos; la de la integridad, que quiere que se aprendan todas las asignaturas que sean indispensables para el desenvolvimiento de todos los poderes; la de concomitancia, que exige que toda asignatura

conste de práctica, de teoría aplicada y de una ó varias teorías puras; la de proporcionalidad que establece la armonía entre la teoría y la práctica; la de unidad del saber, que reclama la unidad de la doctrina; la de objetivación, que quiere que las cosas y los hechos se presenten á la mente de los niños tales cuales son y siempre que ello sea posible porque nada enseña más eficazmente que la cosa misma, debiendo por lo tanto preferírsele á una pintura ó una descripción, siempre más deficientes, relativamente; la ley de especificación, que impone á los maestros la obligación de examinar prolijamente todas las materias de su enseñanza con el fin de distinguir las clases de objetos que á cada una corresponden; la ley de ordenación lógica que establece como deben ordenarse los objetos y los ejercicios prácticos, de modo que se aprendan los antecedentes antes que los consecuentes; la ley de ordenación investigativa, que nos lleva á descubrir la verdad paso á paso, observando los fenómenos de todas clases; la ley de desenvolvimiento, que nos impone el deber de acomodar la enseñanza al grado de desarrollo de las fuerzas del alumno, no exigiéndole trabajos superiores á sus aptitudes ó á sus débiles organismos; la ley de continuidad, ú orden sucesivo de dependencia y desarrollo; la ley de coordinación, que exige que se enseñen indistintamente los fenómenos, hechos y cosas del mundo sensible; la ley de combinación, que facilita el estudio, relacionando unas materias con otras; la de oportunidad, que quiere que todos los estudios se hagan á su debido tiempo, no dejando, por ejemplo, para la edad juvenil lo que es más propio de la niñez; la ley de correspondencia, que apropia el alimento del espíritu á la facultad que se desea cultivar; la ley de adecuación metódica, que sugiere la idea de los métodos más apropiados al objeto que se quiere hacer conocer; la de ejercitación adquisitiva, que quiere que á la vez que se les enseña, los alumnos adquieran la habilidad práctica, mediante el empleo de sus propias facultades ó fuerzas; la ley de repetición, que hace necesario el que los alumnos repitan los actos por los cuales conocen, inventan y practican; la de acumulación que es consecuencia de la anterior; la de intermitencia, que reclama el que el trabajo de los órganos se alterne con el reposo; la ley de suficiencia, que da la medida de lo que es necesario aprender para que los estudios satisfagan su fin y duren el tiempo necesario para que el aprendizaje sea eficaz; la ley de atención, que exige la excitación frecuente del alumno; la de motivación, que impulsa y despierta el interés por el estudio; la de bienestar, que afecta á las comodidades y confort del niño en las clases; la de la autonomía que consulta la vocación, disposiciones temporarias y gustos del alumno; la de dirección, que se relaciona con las aptitudes que debe reunir el maestro; la de

acomodación de las formas, que establece la manera como se deben transmitir los conocimientos y da nacimiento a las tres formas conocidas con los nombres de provocativa, expositiva é inquisitiva; la ley de la sociabilidad que recomienda el que los niños se reúnan en grupos al ser enseñados; y, por último, la ley de simultaneidad, que quiere que los niños sean enseñados simultáneamente y no uno á uno lo que indudablemente ofrecen mayores estímulos.

Algunas de esas leyes, se han generalizado ya entre los maestros de tal modo que son pocos los que no reconocen las ventajas que resultan de alternar el reposo con el trabajo, de dar la enseñanza simultáneamente, de obtener la atención de los niños, de la objetivación de los estudios que se prestan á ello, de adaptar el trabajo al grado de desenvolvimiento del alumno, etc. A la explicación de las leyes sigue un capítulo sobre las materias por ellas regidas.

Dos de esas leyes son aplicables y rigen respecto de los alumnos: las de universalidad y oportunidad.

Siete son relativas á los programas: las de integridad, concomitancia, proporcionalidad, unidad, coordinación lógica y desenvolvimiento.

Diez y ocho son aplicables al modo de enseñar y son las de objetivación, especificación, ordenación lógica, ordenación investigativa, continuidad, coordinación, combinación, correspondencia, adecuación metódica, ejercitación adquisitiva, repetición, acumulación, suficiencia, atención, motivación, autonomía, dirección y acomodación en las formas.

Seis leyes son aplicables al horario: las de sociabilidad, desenvolvimiento, simultaneidad, suficiencia, intermitencia y continuidad.

En fin, cuatro leyes se relacionan con la disciplina, y son las de bienestar, autonomía, dirección y motivación.

De todo esto se infiere que todas las leyes no son aplicables á todo, sino que corresponde cierto número de ellas á cada aspecto de la vida escolar.

Además, hay entre las leyes algún grado de correlación, de manera que cuando se da una lección cualquiera á los niños, pueda ser necesario tener presente una ó varias leyes. Desde luego, si la lección se da á una clase, debe ser simultánea; si esa lección versa sobre animales ha de ser objetivada y se ha de emplear al darla alguna de las tres formas á que nos hemos referido. Del mismo modo, al formar el horario de una escuela se tendrá presente la ley de suficiencia, es decir, que no falte el tiempo necesario para su desarrollo, y la ley de intermitencia que prescribe la alternación del trabajo y el descanso.

El doctor Berra se hace cargo al concluir, de las objeciones que se han hecho á sus ideas pedagógicas y con respecto al excesivo número de leyes que ha establecido, manifestando la imposibilidad de modificar lo que es la obra de la naturaleza.

El resumen de las leyes de la enseñanza es un libro digno de estudio, y que deben poseer todos los maestros, pues aun cuando no se estimaran en su justo valor todas las ideas del autor, siempre se encontrarían en él un buen número de preceptos utilísimos y dignos de ser llevados á la práctica en nuestras escuelas comunes y normales.

XIX.—Teoría sobre los deberes y derechos

1896

El doctor Berra dió en 1895 una serie de conferencias á los directores de escuelas de La Plata, que la prensa anunció y que algún diario de la localidad publicó íntegras, pero que pasaron desapercibidas para la mayor parte de los habitantes de esta capital. Esas conferencias versaban sobre los deberes y derechos políticos de los ciudadanos y se reunieron en 1896 en un libro de 350 páginas, del que vamos á dar una idea tan completa como nos sea posible, por tratarse de una materia de suma importancia que no ha muchos años dió origen á la formación en el país de dos instituciones, una en la capital de la República y la otra en la provincia de Buenos Aires, las que abrieron un concurso con propósitos análogos á los que guían á los autores de obras destinadas á formar y robustecer en los ciudadanos la conciencia de sus deberes y derechos.

Empezaremos por manifestar que el doctor Berra juzga que no es posible concebir y aprender con conciencia el derecho público, sin el estudio de los fundamentos de la moral y del derecho que rigen la vida civil y que para que en las escuelas se de una enseñanza cívica utilizable en todo tiempo y bajo cualquier régimen de gobierno, es necesario enseñar la teoría filosófica de la moral y del derecho, desenvolviéndola paso á paso desde su origen racional y comparando sus conclusiones con la legislación positiva como medio de saber, comprender y juzgar esta última.

Esto dá ya una idea de lo que puede ser la obra que tenemos entre manos. Me he propuesto, dice su autor, demostrar á los maestros en unas pocas conferencias, cómo se infieren los principios capitales, cómo se deducen las doctrinas de moral y de derecho que rigen la vida privada y la vida pública, cómo se estudia con

el auxilio de estas nociones el derecho positivo y cómo se aprovechan tales conocimientos en la práctica.

El primer capítulo de la obra, encierra un cuadro sintético de la marcha que ha seguido el universo en su desenvolvimiento desde que toda la materia que constituye en nuestros días los millares de astros se encontraba en un estado gaseoso, formando un solo é inmenso cuerpo, una gran nebulosa, si se quiere, hasta que transformándose gradual y lentamente al través de millares de años, llegó á adquirir su forma y organización actual, según las teorías corrientes, formándose los planetas y apareciendo sobre el que habitamos el hombre, subordinado á las leyes naturales, como á la ley del desenvolvimiento que señala sus rumbos á todas las razas, á todos sus individuos, cualquiera que sea su sexo y la edad de la vida en que se encuentren, obligándoles al cumplimiento de su designio, con mayor ó menor grado de libertad.

En el segundo capítulo, se explican las necesidades que experimenta la especie humana, tan luego como ha hecho su aparición sobre la tierra, y el progreso de esas mismas necesidades á medida que unas generaciones suceden á las otras. Ellas son: la necesidad de la vida, la del alimento, la de la higiene, la conservación de la salud, la de la instrucción, la del trabajo, la de elegir ocupación, la de la propiedad y su uso, la de poder fijar su residencia, trasladarse de un punto á otro, gozar de su libertad mental y física, vivir tranquilo, la de asociación, cooperación, reunión, comunicación, sociabilidad, defensa, etc.

Todas estas necesidades se van manifestando en el individuo á medida que se desarrolla y que el mundo progresa.

El tercer capítulo versa sobre los deberes individuales. El ser humano como los astros está sujeto á leyes que debe cumplir. Si se infringen esas leyes se trastorna la marcha del universo y se sufren por quien las viola sus consecuencias. Hay, pues, un sistema natural de penas y recompensas, aplicables á todos los seres orgánicos, á los individuos como á los pueblos. Es la ley de la reacción que inspiró á Aimé Martín un bello capítulo de su obra sobre la educación de las madres de familia y que parece estarnos diciendo constantemente: Si haces tal cosa te sucederá tal otra.

Esas leyes nos dan en cierto modo el secreto de lo venidero. Podemos por medio de la observación de la naturaleza y la experiencia adquirida preveer en muchos casos el destino que nos aguarda.

Por eso dice, con razón, el doctor Berra, la infracción de una ley fisiológica, produce un malestar, una enfermedad. La infracción de las leyes económicas trae inconvenientes, contrarios á su propósito, disminuyen las comodidades de la vida ó nos privan de lo ne-

cesario para satisfacer nuestras necesidades. Al contrario, cuanto más correctamente se cumplen las leyes fisiológicas tanto mejor se conserva la salud; cuanto más se aciertan á cumplir las leyes económicas, tanta mayor utilidad se reporta del trabajo; cuanto más escrupulosamente se observan otras leyes, tanto más bien y ampliamente se desenvuelve la persona. Y no sólo el cumplimiento de las leyes favorece el desenvolvimiento, sinó que, junto con este resultado, se produce un placer físico mental, un bienestar cuya intensidad suele estar en razón directa con la corrección de la conducta y con la cantidad de esfuerzo empleado.

Siendo, pues, el cumplimiento de la ley del desenvolvimiento el principio de lo moral, deber es de nuestra parte el hacer todo lo necesario para desenvolver nuestra personalidad y en consecuencia debemos alimentarnos, tratarnos higiénicamente, asistirnos cuando nos sentimos enfermos, aprender, trabajar, adquirir la propiedad y usar bien de ella, vivir tranquilos, usar de nuestra libertad mental, y física, defendernos, cooperar libre ó socialmente, reunirnos, comunicarnos nuestros pensamientos y obrar en todos los casos de conformidad con las leyes naturales, etc., etc.

De el deber de hacer tal ó cual cosa nace naturalmente el derecho de hacerlo á que nadie puede poner trabas. Así, por ejemplo, del deber de alimentarse, del deber de tratarse higiénicamente, del deber de asistirse cuando se está enfermo, del deber de aprender, del deber de trabajar, del deber de ser propietario, del deber de usar la libertad mental y física, etc., etc., nacen derechos correlativos.

Los conflictos que pudieran suscitarse entre los hombres á consecuencia del ejercicio de esos derechos se arreglan mediante un pacto que no se sustrae al recto criterio de la naturaleza. Ejercer un derecho ultrapasando los límites de la libertad constituye una *licencia*. Toda licencia hiere la libertad ajena.

En el quinto capítulo se definen las relaciones del derecho con la moral. No se puede cumplir un deber sin ejercer el derecho correlativo y como el cumplimiento de los deberes es requerido por el principio de la moralidad, se saca en consecuencia que toda persona tiene el deber de ejercer su derechos y de ejercerlos según convenga á la ley de su desenvolvimiento; esto es, moralmente, de conformidad con el principio del bien y eludiendo todo conflicto con los demás individuos.

El sexto capítulo explica la teoría moral y jurídica de la sociedad.

Los seres humanos tienen la necesidad, el deber y el derecho de asociarse y pueden satisfacer esa necesidad de mil modos distintos, enseñándonos la experiencia que es preferible dedicarse á un solo modo de actividad, y de ahí las diversas profesiones y ocupa-

ciones de los hombres. El acuerdo de los hombres en cuanto tiende á constituir una asociación se llama *contrato social*, *estatuto social*, *carta social*. Constituida la sociedad, se presenta á menudo el caso de tener que tomar resoluciones de carácter permanente y con ese objeto y el de garantizar á cada uno la forma en que ha de hacer uso de ese derecho se dictan, *resoluciones*, *reglas ó reglamentos*, y se provee sobre la manera cómo ha de ser administrada la sociedad.

Esas tareas pueden ser ejercidas directamente por todos los asociados y pueden ser delegadas en otras personas: *apoderados*, *representantes*, *mandatarios*, de los otros. Estos no obran sino en nombre de sus representados y conforme á las instrucciones que recibieron, ajustando sobre todo su conducta á la carta fundamental (constitución, contrato social, etc.) En sociedades muy numerosas puede ocurrir que no todos piensen del mismo modo y de ahí la necesidad de aceptar la decisión de las mayorías.

La teoría moral y jurídica de la sociedad es aplicable á todos los individuos cualesquiera que sea su sexo ó su raza.

El capítulo octavo trata de la teoría moral y jurídica de la sociedad política y se infiere del capítulo anterior.

Las conclusiones á que en él se ha llegado engendran esta otra: los individuos tienen la necesidad y el deber de asociarse para la defensa del derecho de cada uno dentro de los límites de su libertad jurídica, á fin de que todos puedan dedicarse tranquilamente á cumplir la ley del desenvolvimiento. Esta sociedad es conocida universalmente con los nombres de *sociedad política*, *estado político*, *estado*. El contrato de la sociedad política se denomina *estatuto político*, *carta fundamental ó constitución*.

Los individuos, las sociedades civiles, las instituciones de toda naturaleza que forman parte de la sociedad política tienen naturalmente la necesidad, el deber y el derecho de ser defendidos, protegidos por el estado, en sus personas é intereses. El fin cívico de la sociedad política, es, según el doctor Berra, el de defender el derecho dentro de los límites de la libertad jurídica, pues si se ocupase de algo más perjudicaría la necesidad de los asociados, dificultaría el cumplimiento de su misión y perdería con la multiplicación de los fines.

Así lo exige también el gran principio de la división del trabajo.

Entretanto, se han incluido entre los fines del estado la explotación de ferrocarriles, el sostenimiento de bancos, el correo, el telégrafo y la misma enseñanza é instituciones municipales, cosas todas que el autor de la teoría de los deberes y derechos juzga impropias de la sociedad política, señalando las consecuencias perniciosas de esa violación de las leyes naturales.

Como la sociedad política no puede preveer al constituirse to-

das las contingencias que pueden sobrevenir, se hace indispensable la función *legislativa*.

Los estados suelen tener entre ellos sus desinteligencias ó sus convenios recíprocos para la defensa común y de ellos surge otra función: la *diplomática*.

Para prevenir los actos ilícitos, juzgar á los delincuentes ó infractores de las leyes son necesarias otras funciones, la *policial* y *judicial* ó *judicativa*.

Establecida la responsabilidad del autor de un acto ilícito, juzgado y condenado, es necesario que haya quien haga cumplir el fallo y esta nueva función es la *ejecutiva*.

Así sucesivamente van naciendo las funciones que pueden distinguirse con estos nombres: *obras públicas, hacienda, electiva, electoral, inspectiva ó fiscal*.

De esas diversas funciones, examinadas atentamente se desprende que hay una, la *constitutiva* que no está subordinada á ninguna otra, mientras que las demás lo están á la *constitutiva*, á la *legislativa* á la *judicial*.

Las asociaciones políticas, cuanto más numerosas sean, más eficaces serán sus resultados y mayor su estado de prosperidad.

El estado no podría funcionar si los asociados no contribuyesen á costear los gastos y de ahí los impuestos y contribuciones que sobre ellos pesan.

Todo socio del estado, cualesquiera que sea su sexo, y el lugar de su nacimiento, se distingue de los miembros de las sociedades civiles con el nombre de *ciudadano*.

La legislación positiva no concuerda, como se sabe, sobre este punto con la teoría científica. Ella sólo reconoce como ciudadanos á los hombres, y á los hombres nacidos en el territorio de que se trata.

Pasando á estudiar el organismo del estado político, el autor de la teoría de los deberes y derechos se pregunta quienes han de ser los constituyentes, por necesidad, por deber y por derecho y llega á la conclusión de que todos los asociados, cualesquiera que sea su sexo y el lugar donde hayan nacido, siendo igualmente elegibles.

El órgano de las funciones constitutiva y legislativa, la universalidad de las personas domiciliadas en el territorio del estado, como que ejerce las funciones superiores de la sociedad política es el soberano de ellas. Todo ciudadano es elemento del soberano, pues, que tiene la necesidad, el deber y el derecho de concurrir á las deliberaciones soberanas.

La abstención significa que el abstinente se somete á lo que deliberen los que concurren.

En un estado muy pequeño todos los ciudadanos pueden legis-

lar, pero no sucede lo mismo en un país muy populoso. La soberanía puede pues, ser ejercida *directa y representativamente*.

La asamblea de estos funcionarios es *constituyente*, si su mandato es para dictar una constitución; es *legisladora* si han recibido el encargo de dictar las leyes. En ninguno de los dos casos obra la asamblea por derecho propio, como se vé no obra á título de soberano, y sí sólo como apoderada del soberano, como representante suyo, en su nombre.

El mandato es *imperativo* en la sociedad política, como lo es en las civiles, pero no es *forzoso*, lo que significa que no puede imponerse á los que no lo quieran aceptar.

Este ha sido un punto muy debatido principalmente respecto del mandato que reciben los electores de senadores.

La parte más original de la obra del doctor Berra es la que se refiere á las personas de gobierno, para las cuales ha creado una nomenclatura propia. Actualmente sólo se conocen cuatro ó cinco formas de la soberanía y el doctor Berra ha creado, una clasificación, que comprende sesenta y seis formas distintas, derivadas de la organización política de los diversos estados. Esa clasificación tiene su origen en las siguientes voces;

Pantocracia, soberanía de todas las personas.

Eniocracia, soberanía de varias personas.

Monocracia, soberanía de una persona.

Teocracia, soberanía de Dios.

Según esa clasificación las formas de la soberanía de la República Argentina y sus provincias serían las de Eniocracias anholodastárquicas que significa soberanía de varias personas; gobierno incompletamente dividido.

Esta es la parte más escabrosa de la obra del doctor Berra, por cuanto se crea una nomenclatura que será sumamente difícil que los maestros puedan transmitir á sus alumnos; no obstante ofrecer sus ventajas pues presenta todos los elementos del organismo político rectificando los errores y deficiencias de la clasificación generalmente usada de monarquía, monarquía constitucional, república, república federal, etc.

El capítulo séptimo, trata de los centros de acción de los poderes del estado, explicando lo que constituye la centralización ó descentralización administrativa, tan aplicable al régimen de gobierno de este país.

El capítulo octavo, se ocupa de los partidos políticos, y de la representación proporcional de cada agrupación de ciudadanos.

El capítulo noveno, trata de las relaciones externas de los estados políticos, y el siguiente de las sociedades de estado político, dando en él una idea de las ligas y tratados ofensivos y defensivos

existentes entre los diversos estados de la Europa en los momentos que cruzamos.

Tal en el resúmen, el contenido del importante libro del doctor Berra, en el cual se encierran muchas ideas útiles que hay conveniencia en difundir entre la juventud que se educa, y otras que pueden ser materia de discusión, y lo han sido algunas veces entre los constitucionalistas.

Recompensas y títulos del doctor Francisco A. Berra

Entre los títulos y honores que ha merecido el doctor don Francisco A. Berra se encuentran los siguientes:

Empezaremos esa lista por los que, sin duda, estimó más: Presidente y Socio honorario de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular de Montevideo.

—Socio honorario de la Sociedad Popular Educacionista del Durazno.

—Socio correspondiente de la Asociación de Maestros de Buenos Aires.

—Socio correspondiente de la Asociación de Maestros de la Capital (República Argentina).

—Socio correspondiente de la Asociación Pedagógica Italiana (Milán).

—Socio correspondiente de la Società d'Istruzione e di Educazione (Palermo).

—Socio promotor benemérito de la Scuola Napoletana Dantesca per l'istruzione popolare (Nápoles) con medalla.

—Presidente honorario de la propaganda de la Scienza popolare Luce e Verità (Nápoles) con medalla.

—Oficial de la Academia de Florencia (condecoración).

—Primer gran premio (medalla de oro) Exposición Continental de Buenos Aires.

—Primer premio (diploma de primera clase) Exposición Pedagógica Universal de Río Janeiro.

—Primer premio (medalla de oro) en la Exposición Universal de Barcelona.

—Gran medalla de oro, de honor, en la Exposición Internacional de Nápoles.

—Segundo premio (medalla de bronce) especial en la Exposición Continental de Buenos Aires.

—Tercer premio (medalla de bronce), especial en la Exposición de Barcelona.

—Individuo correspondiente de la Real Academia de historia

de Madrid, del Instituto Geográfico Argentino y de la Sociedad Geográfica de Río Janeiro.

—Socio protector benemérito de la Societá promotora partenopea Giambattista Vico (con medalla de oro).

—Presidente honorario perpetuo de la Unione operaia Umberto I (Napoles).

—Individuo honorario de ocho instituciones de diversas ciudades de América y Europa.

Tales son los trabajos que ha realizado el pedagogo argentino y que colocan su nombre por distintos conceptos á la altura de los grandes bienhechores de la humanidad.

La lucha que sostuvo durante ocho años al frente de la dirección de escuelas de la provincia, desde 1894 hasta 1902, darían asunto para extensas consideraciones sobre el valor moral de la personalidad del doctor Berra, pero reservamos esa parte de su vida para un estudio especial sobre su administración escolar.

Debemos, sin embargo, recordar que en los momentos más difíciles de aquella lucha y cuando el Consejo, desconocía las atribuciones del Director General de Escuelas, pretendiendo imponerle un criterio contrario á la ley, el doctor don Benjamín Zorrilla, Presidente del Consejo Nacional de Educación en aquella época, dirigió sus miradas hacia la provincia de Buenos Aires y viendo en peligro sus instituciones escolares llamó al Inspector Nacional y le comisionó para que fuese en su nombre á aplaudir y alentar al distinguido educacionista, quien se sintió robustecido y grato á aquella demostración que podía atribuirse á la primera autoridad nacional en la materia.

En 1902 dejó el doctor Berra la ciudad de La Plata para venirse á establecer en la Capital Federal en donde desempeñaba el cargo de director del Registro de la Propiedad con una consagración ejemplar y que ha puesto de manifiesto sus aptitudes para otros trabajos que aquellos que se relacionaban con la enseñanza pública. Al frente de esa oficina se dedicó á estudiar la mejor manera de llenar

sus delicadas funciones y ha revelado cualidades excepcionales como administrador competente.

Al mismo tiempo dictaba el doctor Berra la cátedra de pedagogía en la Facultad de Letras.

Su muerte acaecida el 13 de Marzo de 1906 en esta Capital, ha de ser sentida en todo el mundo pedagógico.

JUAN M. DE VEDIA.

Discursos

Pronunciados en el acto del sepelio

Del doctor José B. Zubiaur

Señores:

El eco cotidiano repite aquí la palabra de justicia ó de alabanza que arranca la tumba ante la obra realizada por la inteligencia creadora ó el sentimiento artista. Pero sólo cuando baja á ella un Alem, símbolo del republicano austero, ó un Berra encarnación de la estricta rectitud, esa palabra de justicia suena en honor de lo que más dignifica al hombre: el carácter. Yo vengo á tributársela al que, por la estrecha conformidad con su acción y su propaganda moral, más que con sus doctrinas educacionales, llamé y considero mi maestro; ya que en Varela y Sarmiento busqué especialmente mis inspiraciones para el servicio de la causa á que estoy consagrado.

Cuando se escriba la historia de nuestra incipiente educación, Berra, será considerado como el más eminente pedagogo teórico de la América latina. Nadie le aventaja en ilustración, en competencia, en producción, no obstante que, fuera de las dos estrellas de primera magnitud que mencioné ya, sean numerosos los que, antes y ahora, han dedicado su vida, ó la mejor parte de ella, al servicio de la propaganda educacional ó de la enseñanza.

En esa misión, Berra se inicia muy joven al lado de aquel fervoroso apóstol á quien debe sus mejores lauros, en el campo de la educación, la República del Uruguay,

formando parte de la brillante pléyade de intelectuales, que dando un alto ejemplo de civismo, lo acompañó en su noble empresa de dotar al país de un ordenado y completo organismo escolar.

Alternando con sus tareas de abogado y de historiador, Berra se dedica con entusiasmo á ahondar el surco que José Pedro Varela cavara en el fértil suelo hermano, enseñando en la cátedra y escribiendo libros de pedagogía y textos escolares, hasta que, llamado á la patria por un gobernante progresista, el doctor Udaondo, vino á ella con el anhelo de realizar sus ideales educacionales y la misión de hacer triunfar en nuestra imperfecta y movediza democracia *el factor de la ley*, porque, desconocida ó violada ésta, minado está por su base todo el edificio social, según lo dijo al hacerse cargo de la Dirección General de Escuelas en la provincia de Buenos Aires.

Explicable es que el político no la comprendiese y aunque se sintiese molestado por su acción entorpecedora del desborde que ni respetar supo el templo en que las nuevas generaciones reciben el bautismo de la idea, la escuela primaria; pero sólo el ambiente deletéreo en que vivimos, la falta de un claro concepto de la misión del educador ó un prurito de suficiencia impropio de los que enseñan, á la par de un exagerado autoritarismo de parte suya, esplicarán porque el magisterio no vió en el doctor Berra el dignificador de la noble carrera, el más autorizado paladín de la verdad, el moralista incorruptible, el maestro sin sonrisas de complacencia y con severidades de apóstol, que nos trazó la palabra de orden para que, de la escuela primaria surgiese la verdad que aún nos mezquina toda nuestra máquina educacional comparable con la aridez y la movilidad de la arena del desierto.

Berra murió el día en que se le quitó de su medio y se le enterró en una oficina administrativa que ha servido con una honradez de que no citarán muchos ejemplos en el país. Vive de nuevo, de hoy en adelante, porque sus obras, sus amigos, sus discípulos, sus admiradores, nos encargaremos de pregonar y de realizar su ideal moral, en la seguridad de que más que á su verdadera memoria, ser-

vimos así á la verdad y á la virtud, y con ellos, en la mejor forma posible, á la humanidad y á la patria.

Señores:

El Consejo Nacional de Educación rinde, por mi intermedio, el justiciero tributo de su admiración y de su respeto al esclarecido educacionista doctor Berra.

Del doctor Antonio Porchietti

EN NOMBRE DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Señores:

Al borde de esta tumba prematuramente abierta, en medio de la triste y solemne majestad de la mansión de la muerte, vengo yo, el menos meritorio de todos los colegas de este difunto á quien lloramos, á cumplir, por encargo recibido, el penoso deber de dar, en el nombre de la Facultad de Filosofía y Letras, el último adiós al que fué en vida el ilustre educacionista doctor Francisco Berra.

Señores:

Un lamentable destino, una inflexible sentencia pesa sobre el género humano, ya desde sus comienzos, y pesará eternamente hasta la consumación de los siglos: la lucha cotidiana, incesante y sin tregua, entre el espíritu y la materia, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte. La humanidad siente en sí los impulsos enérgicos é irrefrenables de una actividad interior que arranca de lo más hondo de sus entrañas, de una fuerza creadora que brota como luz perenne, como calor fecundante del misterioso centro psíquico del alma humana, y pugna para seguir esos impulsos, para dar vuelo á esa fuerza creadora que la han de llevar al fin, después de largo y durísimo viaje, á la meta deseada, al palacio encantado de la perfección ideal, de la felicidad de todos: para todos.

Pero en tan levantada empresa, en tal altiva porfía, el hombre no puede ni desatar, ni romper las ligaduras de

la materia rebelde, no puede sustraerse á las frías é inquebrantables leyes de la naturaleza. Es este el destino de la humanidad; lanzarse á una interminable carrera sembrada de obstáculos y asechanzas; luchar, caer, alzarse, para volver á caer y quedar á veces postrada, pero no vencida, para guardar pacientemente el momento de alzarse otra vez y seguir con renovados bríos en la generosa lucha. Y en esa santa batalla la humanidad ve, de vez en cuando, surgir campeones esforzados, paladines valientes que sirven de modelo y ejemplo á la turba anónima de los gregarios y los guían, los animan, los sostienen, y los llevan á la victoria.

Pero no siempre el noble campeón, el paladín magnánimo puede saborear el dulce fruto de la victoria, puede alegrarse con la desinteresada contemplación del feliz resultado de sus trabajos, de sus afanes. A veces la ley fatal de la muerte lo alcanza á medio camino y lo arrebató á los suyos.

Tal ha sido, señores, el destino del ilustre educacionista, del doctor don Francisco Berra. Este invencible adalid de la enseñanza, este apóstol de la educación de los pueblos, cayó, arrebatado por una cruel enfermedad en el pleno vigor de sus clarísimas facultades intelectuales, en todas las fuerzas de su espíritu selecto, en la perfecta madurez de su talento privilegiado, que podía dar aún, para bien de todos, nuevos y sagrados frutos.

No hay para que reseñar ahora la vida del doctor Berra: en ambas orillas del Plata ha sonado durante años su nombre: en las dos Repúblicas hermanas se ha manifestado por mucho tiempo su actividad, dedicada especialmente á la más noble, á la más santa de las misiones: la del educador puro, constante y abnegado. Pero lo que se debe notar, señores, es que la misión de educacionista desempeñada con tanto brillo por el doctor Berra es la prueba más acabada de la nobleza y elevación de su alma, de la rígida rectitud de su carácter.

Parecía que, por sus estudios anteriores, el doctor Berra debía propender más bien á las ocupaciones del foro ó á las severas tareas del historiador; pero él había recibido de la naturaleza un don más precioso: el fuego sagrado

que anima á los apóstoles é inspira á los educadores de los pueblos. Cuando la sociedad de los *Amigos de la Instrucción Popular* de Montevideo le confió la dirección de sus clases de pedagogía, el doctor Berra se entregó con todo el entusiasmo de un corazón ardiente á sus nuevos deberes, y dedicó á la ciencia pedagógica sus más intensas meditaciones. Fruto de aquellas meditaciones fué el libro que él tituló modestamente «Apuntes para un curso de pedagogía» y que, á su aparición, fué juzgado por los más competentes jueces de Europa como la obra mejor y más completa sobre la materia.

El italiano Siciliani la llamó «obra verdaderamente colosal»; el francés Bernardo Pérez dijo que no había nada que se le pudiese comparar en la literatura pedagógica europea. Gabriel Compayré declaró que ninguna otra obra podía aventajarla, ni por la solidez de las doctrinas, ni por una intuición pedagógica más certera.

Los mismos méritos brillan en las demás obras pedagógicas del doctor Berra y su influencia fué grandísima en la República Oriental y en la República Argentina. Y no solamente en éstas, sino que irradió también en todo el continente americano.

En efecto, en el Congreso Internacional Pedagógico celebrado en Buenos Aires en 1882, al cual participaron la mayor parte de las Repúblicas de la América latina, fueron discutidos y aprobados sus métodos y sus doctrinas.

Muy conocida es la actuación del doctor Berra como director de escuelas de la provincia de Buenos Aires: á ese alto cargo, que él desempeñó con la acostumbrada doctrina y la firmeza propia de su carácter, es deudora la literatura pedagógica de otra obra de aliento, el Código de Instrucción Primaria, que mereció altos elogios y juicios muy lisonjeros.

Pero donde mejor se explicó en los últimos años la actividad incansable y se mostró más la fe ardiente en la ciencia, que animaba al doctor Berra, fué en su enseñanza en la Facultad de Filosofía y Letras, donde dictó la clase de Ciencia de la Educación. Colegas y alumnos pudieron apreciar y admirar su doctrina siempre sólida y segura, su dedicación siempre plena y constante, su rectitud siempre

firme y entera. Sus enseñanzas eran robustecidas por el ejemplo de su vida, por la integridad de su carácter, por su desprecio absoluto de todo aparato.

Él mostraba que en la educación no hay detalle inútil. Que lo que puede parecer una nimiedad al observador superficial entraña á veces importantes consecuencias: él adiestraba á los futuros doctores á observar y meditar constantemente y á razonar después sobre lo observado: les infundía la repugnancia á la hueca verbosidad que disfraza con su vistoso ropaje de palabras sonoras la desoladora pobreza de la substancia; él inculcaba en sus oyentes la sanidad del sentimiento del deber, que debe ser el norte de todo hombre digno y más especialmente de los que anhelan modelar por medio de la enseñanza el espíritu de las nuevas generaciones.

Este sentimiento del deber era en el doctor Berra tan vivo, tan profundo, tan avasallador que, sin duda, ha contribuido á cortar su vida, no permitiéndole pensar en atajar los progresos de la enfermedad que socavaba su organismo. El sabía que su cuerpo pedía un descanso, que la enfermedad despiadada seguía su marcha, pero el sentimiento del deber fué para él más fuerte, más imperioso que cualquier otra consideración; el doctor Berra quiso resistir y cayó como valiente herido de muerte por los enemigos. El doctor Berra ha caído en la lucha: ha partido prematuramente para el viaje supremo y no ha visto el triunfo final del saber sobre la ignorancia, del bien sobre el mal, triunfo á que anhelaba y para el cual gastó todas sus energías. Pero ese triunfo reparador ha de llegar algún día, y los argentinos para quienes luzca por fin aquella hermosa aurora recordarán entonces la obra eficaz y fecunda del doctor Berra y lo colocarán entre los más grandes obreros de la grandeza moral de su patria.

Mientras llegue aquél día feliz, la juventud que ha oído las enseñanzas del grande educacionista, recordará siempre agradecida á su antiguo maestro y la que ha de pasar en lo sucesivo por las aulas donde resonó aquella voz, en donde vibra aún el eco de aquella enseñanza, tributará conmovida un recuerdo de veneración para aquel noble espíritu.

Y nosotros colegas y amigos que, llenos los ojos de tristeza y el corazón de amargura, lloramos la pérdida irreparable, buscaremos un consuelo en el recuerdo de tus virtudes, oh Francisco Berra!, en la esperanza que surja algún día algún discípulo émulo de tal maestro; é inclinados sobre tu sepulcro te damos el último vale y te decimos:
¡Francisco Berra: descansa en paz!

Del señor José H. Figueira

Señores:

La Dirección General de Instrucción Primaria de la República Oriental del Uruguay, me ha comisionado para que la represente en este acto, y deposite una corona de bronce sobre la tumba del doctor Francisco A. Berra, en prueba de estimación y agradecimiento por los servicios prestados á la educación de mi país.

El doctor F. Berra pasó la mayor parte de su vida en la República del Uruguay, y allí, al calor del entusiasmo de José P. Varela, sintió fermentar su vocación de pedagogo, y cooperó generosamente en la obra de la reforma escolar.

Sarmiento, como Varela, se consagró á la parte práctica de la enseñanza; Berra completó la obra de los eminentes educadores argentino y uruguayo, contrayéndose á la teoría de la educación.

Y esto es tanto más meritorio, cuanto que los estudios pedagógicos recién en estos últimos años empiezan á orientarse de acuerdo con los métodos de observación y experimentación. De manera que aún no presentan materiales suficientes para las grandes síntesis, de las cuales Berra, hace unos treinta años, tuvo la intuición.

Como pedagogo, Berra fué un trabajador inteligente, infatigable y generoso, dispuesto á dar su valiosa cooperación á toda persona que se la pidiera, perjudicando para ello, no pocas veces, su salud y sus tareas profesionales.

Como personalidad, fué un carácter energético, dotado

de una voluntad perfecta, que ejecutaba siempre sin vacilar lo que la razón consideraba bueno y justo. Pocas personas se hallarán en estos tiempos que hayan llevado una vida tan pura y virtuosa como la suya. Esto mismo le amargó la existencia; porque hallándose la sociedad contemporánea todavía en un estado de semicivilización, en la que priman el egoísmo y la ignorancia, y todos los sentimientos é ideas inferiores que gravitan alrededor de esos focos, la vida austera del doctor Berra, ante una lucha tan desigual como desagradable, tenía que ser forzosamente vida de sufrimiento.

Dijérase que él se vengaba de sus enemigos, haciéndose más intransigente á sus influencias nocivas y presentándoles obras de educación y ejemplos de virtud.

Su muerte interrumpe la realización de varios trabajos científicos en que se hallaba empeñado, y que tal vez serían los más importantes de su vasta obra.

Señores:

Yo que fui uno de los pocos amigos del doctor Berra, y que durante más de diez años que le traté, sentí la influencia saludable de su carácter y aprecié el gran valor de su entendimiento, os declaro que tengo la mayor admiración por su personalidad.

Doctor Francisco Berra: yo te agradezco en nombre de las autoridades escolares de la República del Uruguay los servicios que prestaste á la educación popular y te traigo el último adiós que te envían los que en mi patria fueron tus amigos y admiradores. Ellos te recordarán siempre como modelo de moralidad y justicia, y como el iniciador de la ciencia de la educación en la América latina y su más generoso é inteligente propagandista.

Del señor Arturo H. Massa

Señores:

Imposibilitado de asistir á este acto, el señor Director General de Escuelas me dispensa el honor de su represen-

tación, con el encargo especial de dejar caer un puñado de palabras, pálido reflejo del más noble de los sentimientos que pueda albergar el corazón humano, como tributo sincero de cumplido y honroso homenaje á este trabajador infatigable, que pasara durante dos períodos por la alta dirección escolar de la provincia, y que cae para siempre en estas horas de verdadero duelo nacional.

En el arduo colmenar de esta existencia fué sin duda, señores, la del doctor Berra una vida ejemplar vivida como pocas. Dueño él de una voluntad inquebrantable, de un talento superior y de un carácter íntegro y sin dobleces, nos lega la enseñanza fecunda de su acción noble y generosa.

Los pueblos de ambas márgenes del Plata, lo vieron figurar en todo momento en la primera fila de los luchadores esforzados, y el estandarte de la civilización que manos distinguidas sostienen sobre el mundo, las suyas también lo levantaron.

Cuando nuestros hombres de gobierno emprendieron la ardua tarea de roturar la heredad inmensa de la patria, fueron la escuela y el colegio los elementos primeros y valiosos de que se sirvieron para correr la ignorancia, ahuyentar el desierto y labrar la riqueza nacional: y fué el doctor Berra, señores,—continuador abnegado á su manera—el que siguiendo esa obra de civilización, plantó la escuela de primeras letras en las lejanías de la Pampa, á la falda de la sierra ó á orillas del arroyo, al borde del maizal ó en medio del rastrojo que atraviesan triunfadores los rieles acerados, bajo el alero de los ranchos ó á la sombra protectora de los ombúes.

Y en esta hora suprema en que se serenán las pasiones y se borran las injusticias de los hombres, ha de ser más grato á su espíritu,—más que todas las biografías elogiosas que se pronuncien ó publiquen en su honor—el reconocimiento de su acción tributado por los muchos que en tierra americana le deben su regeneración personal y entre los que han de figurar—hombres útiles hoy á la sociedad y á su patria ó en camino de serlo—los que él llevara al aula bienhechora, sacándolos sin duda con protestas de la vida de vagabundaje en que yacían, entretenién-

dose por las mañanas, las tardes ó las noches entre las anfractuosidades de las piedras que recubren las alegres serranías, vadeando las corrientes rumorosas de los arroyos ó los ríos, correteando á galope por los campos, abandonados á la molicie y el ocio de la siesta, insensibles á los encantos y hermosuras de una luz que jamás los alumbrara!

Es interpretando ese clamor de ellos que flota en el ambiente, y en nombre y representación del señor Director General de Escuelas de la Provincia y en el mío propio, que al despedir al Dr. Berra en su viaje sin regreso, deshojo sobre el féretro que encierran sus restos la simbólica flor de los recuerdos.

Del Dr. Francisco Simón

Señores:

Un hombre que se va y una obra que comienza; un obrero del pensamiento que concluye, y sus ideas que quedan: tal es la síntesis de la actuación de este cultivador de sabias y virtuosas enseñanzas, que acaba de descender de las más altas esferas del pensamiento humano á las regiones para siempre incognoscibles del más allá....

Espíritu de alto y sostenido vuelo, escudriñó el campo de la ciencia en varias direcciones, dejando siempre en todas el sello de su mentalidad superior: la Pedagogía, la Historia, la Geografía, el Lenguaje, el Derecho y la Filosofía, en general, formaron la base de su dominio eminente; pero aun dentro de éste, su alma excepcionalmente dotada por la naturaleza con los atributos propios de los seres privilegiados para el bien, tuvo sus marcadas preferencias orientándose hacia un punto que forma la cúspide de toda su labor investigativa: el perfeccionamiento de la enseñanza primaria, secundaria y superior.

Es en este terreno de su predilección, que debo rendir homenaje á su memoria en nombre del magisterio uruguayo, al cual tengo el honor de representar en este momento doloroso y solemne.

Toda su obra se propone, según la expresión del ilustre autor, dar á la Pedagogía la organización sistemática que le falta para ser una ciencia. Para llegar á este *desideratum* estudia la naturaleza psico-física del ser humano y sus relaciones morales y jurídicas; induce de estos conocimientos experimentales y racionales las leyes relativas á la enseñanza, y, por fin, deduce la parte práctica de la Pedagogía aplicando estas leyes una por una á la enseñanza instructiva y educativa de las materias y á la dirección de la escuela.

Esta concepción científica del eminente maestro, ha tenido la virtud de iluminar el caos de una ciencia hasta entonces inorgánica, aclarando los conceptos confusos y contradictorios de la Pedagogía corriente, al menos en los países americanos donde eran y continúan siendo generalmente desconocidas las obras del nunca bien ponderado Herbart. De lo que eran máximas sueltas, sin conexión lógica, hizo un cuerpo de doctrina donde reina la unidad más perfecta, donde cada idea está clasificada según su afinidad y parentesco científico; la materia así planteada se ensancha, se eleva y se ennoblece; nuevas relaciones antes no percibidas se descubren; nuevos problemas se presentan que se plantean por sí mismos y hay ya mayores probabilidades de resolverlos con éxito.

Ya no se encontrará el maestro como antaño perdido en la inmensidad de un desierto y atraído indistintamente por voces que lo solicitaban de todos los puntos del espacio, sin que le fuera posible discernir cual de ellas marcaba á las nuevas generaciones la orientación del progreso; ya hay luz, ya hay reglas, ya es posible inferir deductivamente ciertos modos de proceder, ciertas formas de conducta.

Las ciencias en su movimiento evolutivo van pasando lentamente del estado de ciencias inductivas al de deductivas y cuando una ciencia resuelve todos los problemas que en ella se presentan, por deducción, es porque ha llegado á su más alto grado de perfeccionamiento.

La Pedagogía no ha llegado y está muy lejos el día en que ha de llegar á ser una ciencia completamente deductiva; todas las leyes conocidas de la enseñanza no bas-

tarán á darle este carácter mientras se ignoren las leyes que gobiernan el espíritu infantil.

El niño es la materia sobre la cual hay que trabajar; mientras no se sepa como reacciona su psiquis; en tanto se desconozca el proceso interno que corresponde á cada parte de la labor del maestro, éste no estará en condiciones de poder seleccionar el alimento más adecuado á su espíritu ó el que reuniendo mejores condiciones de utilidad no esté en pugna con la constitución mental del alumno, y ni la psicología pedagógica, ni la psicología general, ciencias en formación, han llegado á una altura que les permita proporcionar esos datos.

La Pedagogía, pues, está aún en ciertas condiciones en un periodo de tanteos: ¿quiere esto decir que lo está en todos? De ninguna manera. Hay un cierto número de verdades que pueden considerarse una conquista para la ciencia pedagógica y varias de ellas precisamente las ha ido á buscar el maestro cuya pérdida hoy lamentamos, al dominio de distintas ciencias afines con la Pedagogía; otras han sido aclaradas, precisadas y definidas por su potencia analítico-sintética y todas fueron por él unificadas, ordenadas y clasificadas.

Sin duda queda mucho que hacer en esta materia, pero el solo hecho de hacer avanzar en su conjunto una ciencia de filiación sociológica y por consiguiente de lenta y difícil evolución, es un mérito del cual pocos hombres en el mundo pueden vanagloriarse.

La Pedagogía, con el doctor Berra, ha dado un paso hacia adelante: se ha hecho deductiva en todo lo que no es un misterio para la ciencia en general, pero en aquellos compartimentos cuya entrada se señala con un punto interrogante se encuentra abiertamente en los comienzos de su gestación inductiva.

Entre los méritos propios de su doctrina son dignos de especial mención los siguientes:

Nadie ha deslindado mejor que él el rol que respectivamente deben desempeñar maestros y alumnos, contemplando la autoridad de los primeros y la autonomía de los segundos.

Puso de manifiesto que debido á la contradicción en-

tre el régimen democrático imperante en los estados americanos y la disciplina autocrática de sus escuelas, éstas no preparan debidamente al futuro ciudadano para la vida política y social.

Señaló, como nadie lo ha hecho hasta ahora, los errores en que los maestros incurren frecuentemente en la práctica, dando á conocer las causas de tales yerros y los medios de subsanarlos.

Sus escritos están llenos de lecciones-modelos, que, sin necesidad de tomarlos al pie de la letra, han contribuido á formar muchos buenos maestros.

Distinguió con rara penetración entre la educación intelectual y la instrucción y entre la educación general y la especial.

Halló las diferencias entre la escritura, la logografía y la caligrafía, haciendo á cada una de estas ramas objeto de una doctrina metodológica especial.

Sus obras así como su actuación pública y social y su vida íntima del hogar son un ejemplo vivo del más riguroso método.

En 1879 el Ateneo del Uruguay, al abrir sus cursos de enseñanza secundaria, encomendó al doctor Berra la tarea de confeccionar el proyecto de su organización, y éste, en cumplimiento de aquel cometido, se expidió en una memoria y reglamento anexo que forman, en su género, uno de los trabajos más notables y quizá el más notable de cuantos se han escrito en América y Europa, dada la época y las circunstancias en que fué elaborado.

El principio que fundamentalmente domina toda la reforma que se propone realizar está contenido en el artículo 1.º, el que no puedo menos de transcribir. Dice así:

«La Sección de Estudios del Ateneo del Uruguay se propone ampliar la enseñanza primaria con el fin especial de preparar á la juventud para los estudios profesionales, y en general de aumentar la aptitud intelectual y moral de las personas».

Este principio innovador que, según creo, lleva en sí una fuerza incalculable de expansión, está magistralmente desarrollado en los comentarios y en los artículos siguientes del proyecto, cuya doctrina ha servido de base á las reformas argentinas de 1884-1886.

En el Uruguay las distintas reformas universitarias que se han ido ensayando han seguido más ó menos de cerca aquellas ideas; y hoy, que el movimiento reformista ha sido tomado seriamente á su cargo por espíritus desinteresados entusiastas y que á veces son realmente superiores, un buen número de sus reformas giran sobre la base de principios idénticos, ya en su letra, ya en su espíritu, á los expuestos por el doctor Berra veintisiete años atrás.

Esto no podía menos de suceder, pues como lo profetizó el doctor Pena, uruguayo, en 1880, ese proyecto contiene una revolución en la enseñanza secundaria y el germen de un gran progreso moral y político.

Han transcurrido muchos años ya desde que la personalidad del doctor Francisco Antonio Berra dejó de tener un valor puramente local para cotizarse, por decirlo así, en todos los mercados científicos del mundo. Muchos y notables juicios se han emitido sobre el mérito intrínseco de sus trabajos por los pedagogistas de más fama de la vieja Europa y por muchos de América.

Lucien Arréat, de París, dice, refiriéndose á los «Apuntes Pedagógicos»: «Es tiempo de que yo felicite al autor por haber escrito una tal obra de Pedagogía, ciertamente la más notable que existe.»

Alcántara García, después de manifestar que se sirve frecuentemente de los «Apuntes de Berra» para sus trabajos y explicaciones, agrega que puede figurar dignamente dicha obra al lado de las mejores que ha producido la literatura pedagógica contemporánea.

El pedagogo Bernard Pérez, de París, se expresa así: «Mientras filósofos y educadores están aún preguntándose si la ciencia de la educación está en las cosas posibles, el doctor Berra acaba de constituir esta ciencia en sus principios generales y en el orden regular de sus aplicaciones.»

Hippeau, de París dice: «No conozco obra alguna de este género en que las cuestiones sean tratadas con mayor número de detalles y con un saber más profundo... Ella tendrá un lugar al lado de las mejores obras de Spencer y de Bain.»

Siciliani, pedagoga de Italia, se exterioriza en esta forma: «No tengo palabras con que expresar dignamente la admiración que despierta en mí este libro verdaderamente colosal. La erudición y la ciencia seria y profunda de las cuales da una prueba solemne, me parecen hacer á esta obra muy superior á los tratados ordinarios de pedagogía. En Italia, en Europa, no tenemos nada semejante».....

Nada hay quieto en el mundo, todo cambia y perece en el turbión de lo infinito; sólo el amor, lazo de unión entre los seres, hace inmortal en el altar de la conciencia, á las cosas que mueren.

Tú, maestro querido, que has hecho del amor y del progreso religión de la vida; que has hecho á la virtud y á la verdad fin real de tu existencia, si sobre lo precario y lo inestable hay algo de inmutable y permanente en cuyo seno ya reposas, recibe desde ese augusto lecho la expresión de la gratitud y el reconocimiento de las generaciones que empiezan con paso vacilante las primeras jornadas de la vida y por cuyo florecimiento has consumido en las altas especulaciones del pensamiento las energías de tu espíritu genial y puesto en intenso movimiento las fibras de tu honrado corazón; recibe la enternecida despedida de los que fueron tus discípulos y colaboradores en la obra más pura, más ennoblecedora y meritoria de cuantas pueden formar el ideal de una gran existencia; recibe, en fin, el justo homenaje que hoy rinde el magisterio uruguayo en uno de los días más luctuosos de su historia.

Del doctor Morello

Señores:

El personal del Registro de la Propiedad, del que hasta ayer fuera digno jefe este ilustre muerto, háme encomendado la tarea de darle la postrera despedida, exteriorizando el profundo sentimiento que le ha causado la pérdida de una vida tan fructífera y tan útil.

El doctor Francisco A. Berra, fué un varón superior,

de inteligencia poderosa y flexible, que le permitió sobresalir en las luchas del pensamiento, cualquiera que fuese la actividad á que se dedicara.

Dueño de un caudal grande de energías morales, que formaban, en la multiplicidad de sus bondades, el rasgo saliente de su personalidad, natural era que hallara siempre el éxito, como coronación de sus esfuerzos, ya abordara las tareas del publicista, del jurisconsulto, del maestro ó del administrador.

Trabajador infatigable, no se dió un momento de tregua y su vida toda fué de constante labor, por necesidad algunas veces, por deber siempre, desde que saliera de la adolescencia hasta sus últimos días, en que ya herido por la enfermedad que lo venció y debiendo renunciar por imposibilidad física á dictar sus clases en la Facultad de Filosofía, llamaba á sus alumnos alrededor de su lecho, para seguirles dando sus sabias lecciones, á fin de que no se sintiera, decía, la preparación de sus exámenes próximos.

No repetiré el elogio que del pensador y del filósofo, del historiador y del maestro, sobre todo del maestro, han hecho los elocuentes representantes de nuestros cuerpos docentes, y los del país amigo al que consagrara los mejores años de su vida y de su apostolado y cuyo progreso educacional tanto le debe.

A nosotros, los que fuimos sus subalternos y sus compañeros en los últimos años, nos ha tocado aquilatar una virtud más de su espíritu tan rico; hemos podido ver de cerca al administrador irreprochable, al jefe inflexible y recto, que encargado de organizar una repartición complicada, que recién se nacionalizaba, tuvo que sostener dura lucha contra la rutina, la prevención y la falta de leyes apropiadas, hasta que logró vencer dejando constituido el Registro de la Propiedad en forma tal, que su organización no será uno de sus menores méritos.

Pero lo que más hay que hacer resaltar, en esta vida armoniosa, en este conjunto equilibrado, es el perfecto dominio de su voluntad, sobre cualquier móvil que no fuese levantado, lo que le permitió en todo momento, ajustar la conducta á la ley y al deber, haciendo que por sobre todas sus demás virtudes resplandezca siempre la entereza de su carácter.

Nunca conoció el egoísmo, y por eso fué bueno y justo; jamás lo dominó la pasión ó el interés y por eso fué fuerte.

Varón fuerte y justo, que has trabajado más para los otros que para tí, adquiriendo así el derecho de que tu vida sirva de modelo:

D. E. P.

Del señor Domizio Lestretto

Signori:

Dopo che abbiamo ascoltato gli splendidi ed eruditi discorsi degli egregi oratori che mi hanno preceduto, é quasi una temerità la mia far sentire la modesta voce di un modestissimo commerciante, dinanzi a queste care spoglie; però quale ammiratore entusiasta, quale amico da oltre 40 anni e come italiano, sento il dovere di spargere anch'io un fiore su questa fredda tomba, e dedicare un modesto ricordo al compianto ed illustre avvocato Francesco A. Berra.

E lo faccio con sentimento di vera soddisfazione imperocché durante questo lungo lasso di tempo, ho potuto evidentemente testimoniare le di lui belle qualità di mente e di cuore, ho potuto inoltre apprezzare il di lui potente ingegno, rettitudine e filantropia, come avvocato difensore della Commissione Edilizia dell'Ospedale Italiano di Montevideo, di cui facevo parte.

Di fronte a codesti rilevanti meriti, il martire di Monza, Umberto I, lo fregiava colla meritata onorificenza di Cavaliere della Corona d'Italia, titolo di cui egli non faceva pompa e perciò da molti ignoravasi ch'egli fosse insignito di quella decorazione.

Signori, prima di staccarmi dall'illustre educazionista estinto, consentitemi che accenni brevemente quanto dicevami di lui tre anni or sono, il celebre professore criminalista Cesare Lombroso, in occasione ch'io gli consegnava varie opere del compianto avvocato Berra a lui dedicate: «Conosco già le di lui opere, egli dicevami, imperocché me le fece conoscere il mio amico l'illustre profeseore Siciliani»,

e delle quali fece pure menzione, testé il chiaro professore Porchietti nel di lui elocuentissimo discorso; mi soggiunse: «Queste opere sono monumenti di sapienza e di dottrina educativa che onorano l'umanità», e concludeva l'elogio con queste parole: «Felici quelle nazioni, felici quei popoli che vantano figli così eletti, i quali rivolgono tutte le loro cure, i loro pensieri allo sviluppo dell'istruzione.

Ora, dinanzi ai meritati elogi tributati ad una delle più splendide glorie dell'istruzione di questo continente sud-americano non solo, ma di tutta l'Europa, io mi inchino riverente ed interpretando i sentimenti dei benefattori di quel santuario dedicato al culto della carità cittadina, l'Ospedale Italiano in Montevideo, che é onore e vanto della nostra collettività residente in quella mia seconda diletta patria uruguayana, a nome di essa io do l'ultimo vale all'illustre estinto, quale attestato di profonda stima, riconoscenza e verace amicizia.

Discursos

Pronunciados en el acto de colocar una placa sobre la tumba

Del señor Reyes M. Salinas

EN NOMBRE DE LA ASOCIACIÓN «EL MAGISTERIO»

Señores:

La Asociación «El Magisterio» de esta Capital, de que formo parte, ha resuelto que el más humilde de sus miembros hable en su nombre al ser colocada esta placa de bronce sobre la tumba del más grande de los maestros que, después de Sarmiento, haya producido nuestra tierra: el doctor Francisco A. Berra.

Pocas veces un modesto ciudadano ha recibido una misión tan honrosa como la que yo traigo en este momento.

Se cumple una vez más la vieja ley humana. La posteridad, más ó menos remota, vuelve sus ojos brillantes por la luz de la justicia hacia los grandes y nobles servidores de la patria. Ya no espera el paso de los siglos para pronunciar su fallo; los adelantos de la civilización han suprimido las distancias y acortado los tiempos.

Unos, como Mitre, han tenido la infinita y celeste dicha de oír el inmenso retumbar de los aplausos y de los hurras colosales; de ver la portentosa grandiosidad de su apoteosis y de gustar con el deleite de los dioses la suprema felicidad de los inmortales.

Otros, no menos grandes en su causa, bajan como Berra, á la mansión de los misterios con el alma llena de

amarguras, sin haber escuchado más que gritos destemplados, protestas airadas, insultos y blasfemias; pero cuyos labios, moduladores de las voces que expresaran las ideas de su cerebro fecundo, puerta constantemente abierta para dar paso al torrente de las más puras nociones de la ciencia, de la verdad, de la justicia, de la virtud republicana, de la honestidad pública y privada; esos labios, señores, se han cerrado para siempre sin expresar una queja, ni un dolor de esa alma grande que jamás buscó los efímeros halagos del presente, porque en la austeridad de sus doctrinas se encerraba la más absoluta confianza en la justicia de sus conciudadanos.

No alteraremos nosotros el lema de su vida, ni turbaremos su espíritu selecto con lágrimas inútiles, protestas ni rencores póstumos. El fué un cultor de la ley; acaba de cumplirse la más inexorable; inclinémonos con el respeto de Berra ante su paso.

¡Cuántas ideas, sentimientos, deseos, esperanzas, se agolpan á la mente de los que tenemos la sagrada misión de educar á la juventud, en presencia de la tumba de este maestro de maestros!

¡Cómo se ve, con claridades de sol, á través de su vida ejemplar, hoy acabada pero no olvidada, el estado morbo-so de la sociabilidad argentina en esta época histórica de descomposición moral y cívica!

Y bien, señores: no es hora de hacer la biografía del doctor Berra. No la necesitamos, ni él ni nosotros; ahí quedan sus doctrinas identificadas con su vida. Es la hora de las profundas verdades y de las sinceras confidencias.

Así como el creyente se prosterna ante el altar de sus dioses para implorar el perdón y la gracia, así también nosotros debemos invocar al espíritu de Berra para que desde las regiones de la inmortalidad en que hoy reposa haga descender sobre nuestras cabezas un rayo siquiera del espíritu divino que ilumine la senda por donde vamos. Que nos diga con el misterio sublime de la inspiración y esa enérgica franqueza que fué el credo de su vida, si es que seguimos el verdadero camino que nos conduzca al cerro de las victorias donde él llegó con el poder de las ideas, anticipándose á las cosas y á los hombres de su si-

glo. Que nos diga si en un pueblo joven como el nuestro, sin tradiciones completas, formado de elementos étnicos diversos, en que se mezclan y confunden hombres de todas las razas, de todos los idiomas, costumbres y religiones, los problemas sobre educación pueden dejar de figurar en primer término en la carpeta de los asuntos de gobierno. Que nos diga, por fin, si hay algo más fundamental sobre lo cual sea posible levantar inmovible el edificio de la nacionalidad argentina.

En el magisterio, como en todas las agrupaciones de seres humanos que marchan en prosecución de determinados fines, se necesitan hechos extraordinarios para conmover y alarmar á la viviente caravana. Ese hecho extraordinario se ha producido con la desaparición de este sembrador de ideas y conductor de maestros.

Porque el doctor Berra, más que por las doctrinas pedagógicas que proclamara, más que por sus sistemas de educación, todavía no suficientemente comprendidos, es grande, gigante, por la escuela ejemplar que nos deja: honestidad acrisolada; espíritu sereno y ecuánime; carácter integérrimo; y, como si esto no fuera bastante, quiso legarnos, con el profundo amor del maestro y la fe del apóstol, una lección práctica inolvidable cuando lanzó al rostro de los que no saben ó no quieren comprender que la nave de la educación no se guía gritando ó gesticulando desde la costa, sino que es necesario arrojarse en medio de las olas, luchar con los elementos y conseguir á fuerza de brazos y de inteligencia apoderarse del timón que ha de conducirla sin odios ni rencores al puerto de la paz que es el umbral del progreso y de la civilización.

Esa es la escuela de Berra que puede sintetizarse en estas pocas palabras: «maestros: vosotros sois docentes en quienes el Estado reconoce competencia para la misión que os confía. Ahí tenéis un pedazo de campo virgen. Id con vuestras ideas, principios, doctrinas, y, con la ley por saco de provisiones, sembrad á discreción. Pero no olvidéis que yo estaré á beber con vosotros en la fiesta de las cosechas».

Señores: Las obras y la imagen de este ilustre educador, de alma vaciada en molde antiguo, deben ocupar

un lugar preferente en todas las escuelas normales de la República donde se forman los maestros y bautizarse con su nombre inmortal una de las escuelas argentinas, porque Berra fué uno de esos espíritus clarovidentes que comprendió desde el primer momento que la escuela es el génesis de la patria y que los grandes de la tierra no pueden aspirar á gloria más imperecedera que la de transmitir su nombre á la posteridad balbuceado de generación en generación por los labios perfumados de los niños.

De la señora Celestina Fúnes de Frutos

EN NOMBRE DEL «CENTRO ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA Y LETRAS»

Señoras, Señores:

El «Centro Estudiantes de Filosofía y Letras» me ha encargado, como alumna del último curso de Ciencia de Educación dictado en aquella Facultad por el Dr. Francisco A. Berra, traer hasta el pie de esta tumba su testimonio de adhesión al homenaje que la asociación «El Magisterio» rinde hoy á la memoria de aquel sabio é infatigable colaborador de la evolución educacional dentro y fuera de nuestra patria.

Una sujestión nacida de la comunidad de ideales, intereses y sentimientos, me ha impuesto el desempeño de esta comisión, muy honrosa sin duda, pero en pugna con mis aptitudes, tendencias y costumbres. Dulcificase, empero, el sacrificio ante la perspectiva de que el me procure la ocasión de ofrecer á la memoria del muy venerado maestro, al amparo del homenaje colectivo, la humilde ofrenda de mis sentimientos personales.

No es mi intento (ni á la índole de esta manifestación sería pertinente) hacer el panegírico de la personalidad que aquí nos reúne, ni trazar, siquiera á grandes rasgos, su biografía, nutrido repertorio de vigorosas enseñanzas y eficaces ejemplos: la voz autorizada de sus discípulos, colegas y colaboradores, historió hace poco, junto al sepulcro recién abierto, la actuación fecunda, prolongada y perseverante de este obrero de la educación popular, á quien,

desde muy temprano, tocó en suerte desmontar bosques vírgenes en ambas márgenes del Plata, abrirse paso á través de la exuberante é inútil maleza, ahondar surcos en tierras fértiles, pero que, no domadas por el cultivo, esterilizan en un principio los esfuerzos, dando abrojos y espigas huecas en cambio de la semilla y riego que reciben.

Séame permitido empero, en cuatro líneas, bosquejar la figura austera del maestro tal como lo ví tantas veces, ya desde mi asiento de discípula, en la cátedra que ilustró con sus enseñanzas, ya de paso hácia el aula donde gustaba más de esperar que de ser esperado, ya en el sencillo y venerable santuario de su vida privada.

Al recordarlo en su plena actividad docente no podría, ni siquiera por metáfora decir lo que de muchos profesores ha podido decirse sin mengua de la realidad de los hechos: que *el recinto del aula vibra todavía con la repercusión de su palabra...* No, señores: el empleo de un tal lugar común por lisonjero que parezca implicaría un completo desconocimiento de la idiosincracia profesional del Dr. Berra, demostraría no haber revistado entre sus discípulos. El Dr. Berra no gustaba de oír su propia palabra reproducida por los ecos de la sala en que profesaba. Su voz de inflexiones discretas y oportunas, de suyo poco vigorosa y debilitada además por los años, la enfermedad y la fatiga, no volaba muy lejos: frecuentemente, debíamos acercarnos á recojerla. No me consta si sabía ó no hacer discursos (si bien todo es factible para un talento disciplinado como el suyo); pero en la clase no los gastaba. Su enseñanza oral no era el torrente férvido y rumoroso que ya, encauzado y dirigido por las ciencias hidráulicas se convierte en luz, motor y vida de una región entera; ya, desbordado, rompe sus diques y la cubre de ruinas. Era más bien el río de corriente profunda y uniforme que, de Enero á Enero, fertiliza y refresca, sin estrépitos ni caídas, los terrenos por donde pasa. Al oírlo en la cátedra exponer en frase sóbria y casi familiar á fuerza de ser sencilla, los principios filosóficos de su ciencia, involuntariamente se recordaba aquello de la epístola á Fabio:

Cuán callada que pasa la montaña
El aura respirando mausamente!...

No reclamaba tampoco de sus alumnos la exposición brillante y ampulosa que se reduce á producir en las manos el cosquilleo, que preludia el aplauso, y pasa sin llegar al cerebro. Pedíale solamente lo que una famosa revista francesa lleva como lema en su carátula: «*Peu de mots beaucoup d'idées*».

Tal vez con frecuencia, sobre todo á principios del curso mortificó nuestra vanidad de estudiantes la ineficacia de una larga elaboración oratoria no aprovechada; pero nos recompensaba largamente del efímero fracaso la saludable higiene mental, la gimnástica del pensamiento que resultaba de aquel método de acordar á la idea el cetro soberano sobre su servidora, la palabra.

Teniendo la puntualidad por norma, lo vimos en la cátedra, aún en circunstancias de duelo privado que hubieran justificado su inasistencia. Llegaba sin retardo ni apresuramiento, y cruzaba directamente los corredores, digno, sin arrogancia, sin detenerse. No se lo impedían exagerados prejuicios de etiqueta, ni ese concepto extraño de la dignidad profesional que suele ahondar abismos entre maestros y alumnos. Es que la ejemplar laboriosidad de su vida, trayéndole una subdivisión extrema de su tiempo, le impedía toda clase de digresiones. Una vez en la cátedra, el Dr. Berra no profesaba de pontifical ante sus oyentes, convirtiendo aquella en algo como un Sinaí de misterioso acceso para los profanos: solo repudiaba las incorrecciones y las vaguedades.

Pero la figura del maestro, en sus relaciones con la clase no aparece con todos sus contornos sino en su casa, abierta á toda hora á los discípulos que acudían invitados y hasta apremiados por él á pedir sus consejos y á consultar sus libros. Los que allí íbamos hallábamos enseguida la enseñanza viva en su ejemplo de trabajador incansable. Pero el interés de sus trabajos no le impedía ser con sus visitantes un modelo de sencilla cultura, un maestro paciente y un bibliotecario sin ambages: anciano y ya muy enfermo trepaba sobre un banco para tomar el libro que necesitaba su alumno; buscábale el capítulo y hasta la página pertinente! Si tenía que salir, preparaba y dejaba al alcance del estudiante el material solicitado. Examinaba

escrupulosamente los trabajos prácticos de la clase, y (véase en esto una prueba de su respeto á la personalidad ajena): escribía sus observaciones en hojas que adjuntaba al manuscrito, poniendo una llamada apenas perceptible en los pasajes objetados.

Esta figura del maestro, tan pálidamente bosquejada, ¿se destacó á plena luz y en todas sus fases á los ojos de los que lo hallamos en el camino de la vida, marchando en pos de él á su sentido opuesto? Quede para otros y para otro momento *l'ardua sentenza*. En cuanto á mí, diré sencillamente que á veces suelo encontrar confuso lo que no he escudriñado bastante, obscuro lo que mi vista imperfecta no me descubre...

La muerte, soberana y justiciera reveladora, nos ha dado las dimensiones reales de la personalidad del doctor Berra en los distintos discursos que, en ocasión de su sepelio, la presentaron en su verdadero relieve. Supimos entonces, todos, lo que para muchos era desconocido: que la reputación del educacionista filósofo había franqueado, desde hace mucho tiempo, las fronteras argentinas y americanas; que sus obras de pedagogía, de legislación escolar y de filosofía figuraban con honra entre sus congéneres de elaboración europea; que los ilustres teorizadores del viejo mundo, los Buisson, los Compayré, los Marion y otros igualmente célebres le enviaban sus libros con honrosas dedicatorias pidiéndole los suyos.

Esto y algo más no lo sabíamos todos en la patria del ilustre estinto; y el hecho, aunque sensible, no es ni excepcional ni extraordinario: hace veinte siglos, lo dijo el maestro de las enseñanzas divinas: *nadie es profeta en su propia tierra*.

Que se me tolere, sin embargo, en estos momentos, la audacia de una profecía: la palabra del profesor doctor Berra, que nunca tuvo para sus discípulos la deslumbradora y efímera claridad del relámpago, será siempre, en el espíritu de los mismos, calor vivificante que engendre semilleros de ideas.

Discurso del Dr. Francisco A. Berra

Pronunciado en el Congreso Pedagógico Argentino de 1900, celebrado en la Biblioteca y Museo Escolar de Buenos Aires

(Versión taquigráfica)

Señor presidente: Señoras y señores congresistas: He presentado el tema que voy á tratar, en nombre del *Ateneo* de Buenos Aires, después que su ilustrada junta directiva lo hubo aprobado; por manera que tengo el honor de representar esta institución, seguro de que soy fiel á su modo de pensar.

Lo presenté antes de la fecha que primeramente se señaló para que se inaugurara el congreso que constituímos, y para entonces escribí también la disertación con que me había propuesto demostrar los siete artículos de que consta el tema, teniendo presente que el reglamento acordaba sesenta minutos para leerla. Pero en uno de los últimos días he tenido noticia de que ese término se ha reducido á la mitad, y este hecho determinó la necesidad de que yo redujese también á la mitad la extensión del escrito. Sin embargo, excesivamente ocupado por funciones que obligatoriamente ejerzo, no he dispuesto del tiempo que hubiera tenido que emplear en hacer el resumen. De ahí que esté yo ahora precisado á improvisar un discurso, por mucho que deplore el no tener dotes orato-

rias, y el verme forzado á dejar poco satisfechos al Ateneo y á la distinguida asamblea que tiene la bondad de escucharme.

*
* *

Como es sabido, opina la mayoría de los especialistas que en la enseñanza común de nuestro país, tomada en conjunto, hay algo ó mucho que reformar. Nadie esta satisfecho con lo que existe; todos desean y buscan cosa mejor. Mas, si bien hay conformidad en esa parte negativa de las opiniones, y en el anhelo de mejorar, no la hay en cuanto á las correcciones ó reformas que el estado actual requiere. Los pareceres difieren mucho entre sí, y esta diferencia obliga á los didascólogos á meditar muy seriamente el asunto.

Por mi parte, le he consagrado largas y repetidas consideraciones. Fruto de ellas es la síntesis que voy á expresar. Pero, á fin de que no se de á mi pensamiento más extensión que la que me propongo, haré notar desde luego, llamando particularmente á este punto la atención de mi ilustrado auditorio, que en el gobierno de las escuelas públicas hay dos partes que se distinguen por su diversa naturaleza: una es la meramente *administrativa* ó *económica*, y la otra es la meramente *técnica*. Aquélla se relaciona con el tesoro escolar; ésta con la ciencia de la enseñanza y con la higiene de las escuelas. Y, como nuestro congreso, según su nombre expresa, es solamente *pedagógico*, he pensado que debemos abstenernos por completo de tratar cuestiones administrativas y contraernos á la parte técnica. Es así que todo cuanto expresa el tema á que me refiero, se relaciona con el *gobierno técnico* de la enseñanza común, y de ninguna manera con el *gobierno administrativo* de la misma.

La cuestión más trascendental que podamos discutir es, sin duda, la del fin que deba tener la enseñanza común; porque, según como sea resuelta, así será el rumbo que se imponga al futuro desenvolvimiento de

la existencia moral, económica y política de la nación á que pertenecemos. Esta es la materia del artículo I. Como el fin que propongo difiere de los que hasta ahora se han dado á la enseñanza común, y no es razonable considerarlo antes de estar persuadidos de que los anteriores son erróneos, examinaré éstos brevemente y luego pasaré á aquél.

Saben ustedes, señores congresistas, que, en tiempos algo remotos de los nuestros, la enseñanza toda se encaminó á *instruir*. Las escuelas que las catedrales y los conventos de la edad media sostuvieron para formar su clero secular y regular, instruyeron; las primeras universidades cristianas de esa época y los colegios que pronto tuvieron anexos, instruyeron también; y cuando, durante el Renacimiento, inició Lutero la reforma del cristianismo romano, y la avidez de prosélitos indujo á establecer escuelas populares, éstas enseñaron á leer y á escribir, juzgando que tal grado de instrucción bastaría para que los alumnos adquiriesen la capacidad de leer la biblia ó el catecismo, esto es, de formar su caudal religioso. No se tardó en pensar que la lectura serviría, asimismo, como instrumento para adquirir conocimientos profanos, para que los sabedores de la asignatura extendiesen en sus casas su instrucción. Pero la experiencia reveló con el tiempo que la enseñanza de la lectura y de la escritura no daban los resultados que se habían esperado, y las escuelas elementales comenzaron á enriquecer sus programas con otras materias de instrucción, como la gramática y la aritmética; y continuaron después agregando poco á poco otras, de modo que han llegado en nuestros días, á dar esa instrucción variadísimá á que suele llamarse «enciclopédica». A medida que los programas han venido recibiendo más asignaturas, cada una se ha hecho más copiosa y la enseñanza se ha extendido á mayor número de personas. La instrucción ha alcanzado un alto grado de desarrollo, favorecido por el perfeccionamiento de los métodos y de los demás medios

empleados. Con todo, las clases cultas han observado no desde principios del presente siglo, sino desde antes, que la instrucción sola, si bien produce beneficios, distan mucho, éstos, de ser tan importantes como los propagadores de la instrucción han esperado que fueran: no aumenta como se desea la moralidad de las costumbres, ni se ve que, según ha aumentado la instrucción, cada individuo haya reportado de ella una ventaja que aumentase proporcionalmente su bienestar. Es generalísima la certeza de que mucho de lo enseñado se pierde por que no tiene aplicación, y acaso se deba á ella la opinión, harto extendida entre personas cultas, de que la perversión de las costumbres y los desórdenes que continuamente se reproducen en lo privado y en lo público, tienen por actores tanto las clases instruídas como las ignorantes, si no más.

Los didascólogos no han podido admitir que la instrucción carezca de virtualidad para el bien; pero han tenido que reconocer que gran parte de esa virtualidad no se manifiesta en actos de la vida ordinaria, que no tiene eficacia en la realidad de la conducta humana. Es decir, que la instrucción, por sí sola, es impotente para influir cómo y cuánto debiera en la conducta privada y pública de las clases instruídas del pueblo.

Algo le faltaba, pues, para que fuese fecunda. ¿Qué era ese algo? La pregunta fué origen de muchas y largas meditaciones. Las letras, las artes y las ciencias clásicas imperaban en el occidente con autoridad suprema desde la época del Renacimiento. Todos los hombres de saber buscaban la ciencia en las obras de los romanos y griegos antiguos y en su historia, como los estudiosos bien dirigidos de nuestros días la buscan en la naturaleza. A esa fuente literaria acudieron los educadores; en la historia de las antiguas escuelas y academias investigaron, y al fin descubrieron que en ellas se instruía, sí, pero también *se educaba*; que habían educado los romanos, que educaban los atenienses, que más que todo había educado Esparta, y que á

esa educación debieron principalmente aquellos pueblos sus grandes cualidades y sus glorias. ¡La educación! éste era, seguramente, el complemento que á la instrucción faltaba en la edad moderna; y los educadores teóricos y prácticos surgieron de todas partes. Y sucedió entonces, como por lo regular acontece en el orden de las cosas humanas, que á la acción excesiva substituyó una reacción no menos excesiva, por fuerza de la cual debería ser la enseñanza común eminentemente educativa, nada más que educativa. Se seguiría instruyendo; pero con el solo fin de educar la mente, para cuyo efecto se habían de elegir las materias más educativas. Y con tanto rigor se ha querido aplicar la doctrina, que cuando, hace algunos años, consiguió Salomón difundir y acreditar la idea de que las escuelas habían de agregar á la enseñanza de la gimnástica educativa el trabajo manual, puso por condición que también este trabajo había de ser meramente educativo. ¿Cómo había de ser la educación? En este punto se estableció el más perfecto acuerdo: las escuelas comunes no habían de particularizarse en ningún sentido; su acción había de ser *general*. Tendería á desarrollar las fuerzas físicas y las fuerzas mentales, todas armónicamente, limitando el desarrollo á un aumento de poder. Tendería asimismo, á crear hábitos concordantes con el concepto del bien. Pero el aumento de poder y los hábitos habían de tener la mayor generalidad posible, para que pudieran utilizarlos después los individuos al incorporarse al mundo con su libertad de acción, sea cual fuese la carrera ó modo de vida que adoptasen.

En este período de la evolución estamos todavía, pero hace mucho que los observadores inteligentes se muestran poco satisfechos con los efectos de esta nueva dirección de la enseñanza común. No piensan que el esfuerzo educativo haya sido completamente frustráneo; lo que piensan es que la humanidad le debe pocos adelantos, que el pueblo está lejos, muy lejos

aún, de recibir en las escuelas una preparación adecuada para realizar el bienestar y el orden en conformidad con las leyes morales, cumpliendo los principios de la economía civil y política, y respetando los derechos. De ahí que hayan perdido buena parte de la confianza que tuvieron en la enseñanza educativa y que se encuentren otra vez necesitados de reconsiderar el eterno problema del fin de la enseñanza común.

Parece que no hubiera estado fuera de lo razonable la pregunta de porqué la educación no ha hecho en los pueblos modernos los prodigios que en los pueblos antiguos, ni la tarea de averiguar si la educación antigua ha sido bien estudiada, si todos sus principios han sido aplicados por la nueva, ya que bien pudiera suceder que la diferencia de éxito se deba á diferencias esenciales de los conceptos de la educación que han aplicado los antiguos y los modernos. Pero los estudios clásicos vienen desmereciendo, y los sociológicos ganando el terreno que aquéllos pierden. Quizás por esto algunos pensadores han fijado su atención en el hecho de que el pueblo satisface en el presente siglo muchas más necesidades y mucho mejor y más completamente que en siglos anteriores, no por la enseñanza común que cada individuo recibe, sino por el gran desenvolvimiento de las ciencias físicas y económicas, y por el progreso que, á favor de estos conocimientos, se ha operado en las industrias y en el comercio. Y luego se han dicho:—«Pues siendo esto así, claro está que lo que las escuelas comunes deben enseñar es *industria*; aumentando el número de los industriales se aumentará y abaratará la producción; y el país satisfará muchas necesidades que ahora no satisface ó satisface mal. Sin duda alguna, ésta es la solución del problema: mantener la actual enseñanza instructiva, conservar también la educativa, y agregarles la industrial.»

Este paso doctrinal es de iniciativa demasiado reciente para que tenga numerosos adeptos prácticos, ni

aún teóricos. No tiene, pues, una experiencia propia que la prestigie ni que le sea desfavorable. Pero ha tenido ya la suerte que ha cabido á la mayoría de las ideas nuevas: ha tenido contradictores de diversas especies.

Unos se han apresurado á oponer, sin razonar, que el propósito de enseñar industrias en las escuelas comunes es demasiado innovador; que, si hubiese sido conveniente, no habría esperado la humanidad hasta ahora para ponerlo en obra. Los tales pertenecen, seguramente, á la clase de los rutineros, para quienes, como se sabe, es malo todo lo que es nuevo.

Pero otros, menos apegados á lo pasado y más reflexivos, y persuadidos, por otra parte, de que la razón puede prever las consecuencias de una empresa, antes que la experiencia venga á demostrarlas, basándose en ideas generales inferidas de anteriores observaciones, han raciocinado así:—«Desde luego, el aprendizaje de las industrias requiere fuerzas físicas y mentales suficientes, y no las tienen los niños que asisten á las escuelas primarias desde que han cumplido el quinto ó el sexto año de edad hasta los trece ó catorce. Por tanto, ó habrá que violentar su naturaleza obligándola á desarrollar fuerzas excesivas, lo cual sería querer lo imposible en la gran mayoría de los casos y contrario al fin educativo de la enseñanza, ó habría que limitar la acción de los alumnos á lo prudentemente posible, y entonces se lograría enseñar tales ó cuales elementos de algunas industrias, pero no muchas de ellas hasta el punto de poder ejercerlas después, siquiera sea mediocrementemente como profesión. La enseñanza industrial sería frustránea, porque los niños dejarían la escuela precisamente en la edad en que podrían empezar á recibirla con éxito favorable.»

A tal objeción agregan esta otra:—«La enseñanza común es una enseñanza dada á la *generalidad* de los niños; se le llama *común* porque la reciben indistintamente los niños de toda clase y condición. Sí, pues,

las industrias han de ser parte de la enseñanza común; ha de dárseles en todas las escuelas comunes. Luego, sería indispensable que todas las escuelas estuviesen arregladas de modo que pudieran instruir en cuanto instruyen, educar en cuanto educan, y además enseñar industrias. Para que esto fuese realizable sería menester que á todos los edificios de las escuelas actuales se agregase un departamento destinado al aprendizaje industrial, ó bien que se construyeran otras tantas casas nuevas con capacidad suficiente para actuar en todas las enseñanzas indicadas. Sería también indispensable que á los muebles, instrumentos y demás útiles con que ahora se proveen las escuelas, se agregaran los muebles, instrumentos y útiles y materias primas que requiera la sección industrial. Y además habría que dotar á todas y cada una de las escuelas con el número de profesores industriales que bastase para dar la nueva enseñanza. Calcúlese cuanto importaría este aumento de gasto, y súmese con la cantidad de renta que ahora se invierte en instruir y educar solamente, y la suma será un número tan extraordinariamente considerable, que causará profunda impresión aún en los ánimos mejor dispuestos. Fijemos ahora la atención en nuestras escuelas primarias, en esas que tenemos fuera de la capital de la república y de algunas pocas ciudades de provincia: es generalmente pobre, á menudo mísera.

La gran mayoría de esas escuelas está instalada en edificios de escasa capacidad é inadecuados para el servicio que prestan. Su mueblaje es tan insuficiente que en muchas partes se ven tres y también cuatro niños sentados en mesa-bancos destinados á dos: otros, sentados en los umbrales de las puertas, y no pocos de pie. Su material de enseñanza carece de muchos objetos, y suele ser de mediana ó inferior calidad. No hay en ellas tantos maestros como el número de alumnos necesita; abundan los más ó menos ineptos, y rara es la provincia en que los sueldos no sean mez-

quinos y tardamente pagados: á menudo oigo decir que se deben, acá ó allá, los de dos ó tres meses, cuando no los de cinco ó seis». (Por mi parte puedo aseverar que cuando vine á la provincia de Buenos Aires, en Julio de 1894, se debía á maestros y caseros, hasta once meses de sueldos y alquileres). «Ahora bien (se deduce), si tanta es la pobreza de esas escuelas, á pesar de que su número alcanza apenas para la mitad de la infancia necesitada de instrucción, si estos hechos revelan tanta escasez de recursos, ¿cómo podemos pensar, razonablemente, en tener fincas más vastas, en proveerlas con muebles, útiles, herramientas y materias primas valiosas que hoy no reciben, y en aumentar su personal docente con gran número de especialistas á quienes habría que remunerar bien; es decir, cómo podemos hacernos la ilusión de que podríamos multiplicar tanto y tanto los gastos de la enseñanza, cuando con gran dificultad se soportan los relativamente moderados que ahora se hacen?... Si bajo el peso abrumador de estas consideraciones se restringiese el pensamiento hasta el punto de insinuar que se podría, mediante un esfuerzo, agregar la enseñanza industrial á la instructiva y educativa de unas pocas escuelas, podría responderse: que esta agregación se haría á expensas de las escuelas de lectura y escritura; que con ella se desnaturalizaría el principio de la universalidad, pues la enseñanza de las industrias dejaría de ser *común* para convertirse en particular, destinada á unos pocos alumnos; y que, por lo mismo, se frustraría del todo el propósito de beneficiar á la masa del pueblo dándole aptitudes profesionales que no le han dado hasta ahora las escuelas primarias. La enseñanza industrial es, pues absolutamente impracticable como *enseñanza común*».

Existe otra clase de opositores, que examina el problema por otra de sus fases.—Supongamos—arguyen—que sea posible vencer todas las dificultades que impiden la realización próxima de la reforma; que

hay en caja dinero suficiente para dar á todas las escuelas la capacidad necesaria para proveerlas de cuanto pueda convenir á su enseñanza instructiva y educativa y á la industrial, y para enviarles los maestros que han de dar la nueva enseñanza. Nada les falta, todo lo tienen en abundancia, y los niños, desarrollando un poder inesperado, superan en el aprendizaje las previsiones más optimistas. ¿Cuántas industrias enseña cada escuela: una, varias? ¿Cuáles? Estas cuestiones, á pesar de su dificultad, están resueltas satisfactoriamente. Todo marcha del mejor modo.—Está bien, pero ¿qué sobrevendrá? En cada provincia ó territorio, en cada región, si se prefiere, las escuelas enseñan las industrias más propias de las circunstancias locales. A los pocos años saldrá de ellas un crecido número de industriales, y ese número se aumentará después, todos los años, con los que terminen los cursos. Pronto serán tantos (argumento es, éste, hecho ya por uno de nuestros compañeros), tantos serán, que su número excederá en mucho del requerido por las necesidades que esos industriales procurarán satisfacer.

¿Cuál será la suerte de los que hallen ocupación? ¿Cuál será la de los que no consiguen trabajar? No es menester que apuremos la imaginación para tener idea clara del porvenir de tales obreros de la riqueza: se le puede prever con sólo ver un poco de lo presente.

No tenemos en toda la república más que tres facultades de derecho, tres de ingeniería, dos de medicina humana y una de veterinaria y agronomía. Nada más. Son bien pocas.

Sin embargo, pregúntese á los abogados que han salido de esas tres únicas escuelas de derecho, si todos han podido ejercer su profesión, y si quiénes la ejercen han conseguido estar satisfechos con ella; si todos, abogando honradamente, ó de cualquier modo, lucran lo suficiente para vivir con moderada comodidad. Es notorio que no. Muchos son los que llevan una exis-

tencia rayana con la pobreza; muchos son los que sufren contrariedades que mejor es adivinar que decir; y ¡cuántos se han visto forzados á abandonar la abogacía por no morirse de hambre ó de vergüenza!

Los médicos... No se hable de los médicos de aldea, ni aún de los que batallan en las ciudades de provincia por tener alguna clientela. Detengámonos en esta opulenta ciudad de Buenos Aires; prescindamos de unos pocos especialistas de renombre, y averigüemos lo que vale á los demás su profesión. La mayoría está quejosa; á cada paso se da con uno que protesta su resolución de permitir á sus hijos que sean todo menos médicos, por que ser médico significa para muchos la miseria; y no pocos han pedido un refugio á oficinas de la administración, á empresas industriales, á la política, á la prensa, á cualquiera cosa extraña á su diploma.

Poco más ó menos, á vicisitudes semejantes están sujetos los ingenieros, los veterinarios y los agrónomos. Mirad por acá y por allá: á pocos oiréis decir que su profesión los tiene abrumados por el exceso de trabajo, pero, en cambio, veréis á buen número de ellos que trabajan en todo, menos en aquello para que adquirieron una capacidad científica.

Estas experiencias prueban con fuerza irresistible que, no siendo más que tres, dos ó una las facultades mencionadas en toda la república, dan más abogados, médicos, ingenieros, veterinarios y agrónomos, que los que el país quiere ó puede ocupar, y que tal superabundancia es causa de que muchos reporten escaso beneficio de su profesión, y de que otros muchos tengan que abandonarla por falta de trabajo, lamentando que queden malgastados muchos años de estudios, y sacrificadas halagüeñas esperanzas.

Bien, pues: lo mismo que sucede á estos gremios sucedería á los que saliesen de las escuelas comunes, si éstas fuesen industriales. Tendríamos trabajadores de cada gremio, á la vuelta de pocos años, por miles y

miles; llegaría á haber un productor por cada consumidor, y se determinaría la imposibilidad de ejercer útilmente las industrias aprendidas en las escuelas».

Digo yo, ahora: admítase, si se quiere, que haya alguna exageración en tal ó cual de las conclusiones á que arriban los opositores, por la tendencia que es natural, aún en los que están en lo cierto, de abultar algo las bondades de su tesis ó las desventajas de la contraria, como recurso destinado á impresionar hondamente. Pero no dudo de que, descontada la parte de exageración que pueda haber, queda más que lo suficiente para convencernos de que la enseñanza industrial, convertida en enseñanza común, no nos traería buenos resultados, aparte de que ni practicable sería. Por tanto, habiendo demostrado la experiencia y la razón, que el fin de la enseñanza común no consiste en instruir sólo, ni en instruir y educar sólo, ni en esto y formar capacidades industriales, surge la necesidad de investigar nuevamente, encaminando las observaciones y los razonamientos á descubrir el verdadero fin de aquella enseñanza.

Años hace que este problema viene siendo objeto de mis meditaciones; he hecho esta investigación con las escasas fuerzas de que dispongo, y estoy en la oportunidad de resumir ante el ilustrado congreso la doctrina á que esos trabajos me han conducido.

(Si durante esta breve exposición vence la media hora de que puedo disponer para hablar, el señor presidente tendrá la bondad de avisármelo haciendo sonar el timbre).

Varias voces—¡No, no, no!

DR. BERRA—Toda enseñanza, sea cual fuere, tiende á facilitar el cumplimiento de un principio moral, que rige las acciones humanas. Este principio, que no afecta solamente á la humanidad, pero sí al universo entero, es la gran ley del desenvolvimiento. Se desenvuelve el mundo inorgánico; se desenvuelve el mundo

orgánico; y, dentro de éste, se desenvuelven la humanidad y los individuos que la componen.

El desenvolvimiento de la personalidad humana implica la conservación de la vida, de la vida íntegra; á la conservación de la vida es necesaria la satisfacción de numerosas necesidades físicas y psíquicas de naturaleza individual y colectiva; y esas necesidades no se satisfacen de otro modo que *por el trabajo*; esto es, por el trabajo de los aparatos de nutrición, de los aparatos de relación, del aparato nervioso, del aparato de locomoción; por el trabajo interno del organismo y por el trabajo externo. Suprimid el trabajo y suprimiréis la existencia. Haced un trabajo insuficiente y sufriréis. Emplead la plenitud de vuestras energías físicas y mentales en conformidad con vuestro deber y con las ciencias, y fortaleceréis vuestra salud y satisfaréis, en la medida máxima posible, vuestra aspiración de bienestar. El trabajo es objeto, á la vez, de un deber universal y de una necesidad universal de nuestra especie.

Creo que en este punto hemos de estar todos de acuerdo. He sentado como punto de partida una verdad que está al alcance de todo el mundo, porque es evidente; un punto de partida al cual han de adherir sin esfuerzo los sostenedores de la enseñanza industrial común, porque, entiéndase por industria lo que se entienda, es trabajo. Puesto que toda la humanidad tiene que trabajar, y que no es posible hacer ningún trabajo voluntario sin aprenderlo, forzoso es que todo ser humano aprenda á trabajar; y, por tanto, la enseñanza del trabajo á la universalidad de las personas es evidentemente necesaria. Ya ven ustedes que hasta aquí tengo una convicción común con los adeptos de la enseñanza industrial: ellos y yo pensamos que debe enseñarse á trabajar, y bien puede agregarse que estamos conformes en lo que tiene de esencial la iniciativa de que se enseñen industrias en las escuelas comunes, ya que lo esencial de las industrias es el trabajo.

Iré un poco más adelante. Debe enseñarse á trabajar, sí; pero surge una duda: ¿qué clase de trabajo debe enseñarse? ¿A qué propósito debe subordinarse esa enseñanza? Hagamos una breve investigación sociológica.

Observemos fenómenos que constantemente se verifican en nuestro país, fuera de él, en todo el mundo. En todas partes se ven numerosos gremios de trabajadores. Uno de ellos se ocupa en un género de trabajo; otro en otro género; y todos se distinguen entre sí por la clase de producción á que cada uno se dedica. Algunos gremios, como los artistas y hombres de ciencia, emplean principalmente sus fuerzas mentales; cultivan las *artes liberales*. Otros emplean principalmente su fuerza muscular, cultivan las *artes mecánicas*. Observemos bien: el trabajo de un gremio no es trabajo de los otros, no es trabajo que la generalidad de las personas profesa; no todos los hombres son carpinteros, no todos son albañiles, ni médicos, ni arquitectos, ni literatos, ni maestros; el trabajo de cada gremio ocupa solamente cierto número de personas; por manera que la humanidad casi entera está dividida en fracciones más ó menos considerables, cada una de las cuales ejerce una profesión diferente de las que ejercen todas las demás.

Esta repartición de las varias especies de trabajos entre numerosas fracciones de pueblo, es hecho que se realiza en todos los países civilizados y semicivilizados; y tanto más, cuanto más adelantada esté la civilización, como es una de las aplicaciones ú observancias espontáneas de la gran ley económica de la división del trabajo. Se nota asimismo, que las personas pertenecientes á cada gremio no producen con la mira de satisfacer necesidades propias, pero si con la de satisfacer necesidades *ajenas*; el sastre podrá hacerse sus propios trajes, pero si ejerce el oficio es con el propósito único de vestir á otros mediante una remuneración; el albañil, si tiene capital, se hará ó no se hará

una casa para sí, pero, lo tenga ó no lo tenga, su intención es trabajar *para otros*, en cambio de un precio determinado; el comerciante, á su vez, se ocupa en distribuir los productos de otros gremios entre otros comerciantes ó entre los consumidores de dentro ó de fuera del país, es decir, en venderles mercancías. Por manera que, mientras cada gremio se distingue de los otros por la clase de trabajo que profesa, todos tienen el carácter común de que trabajan con el propósito de enajenar el producto, para que vaya á satisfacer necesidades de extraños. Puede decirse que en los pueblos civilizados no hay persona que no consuma productos que no procedan de varios gremios. Las mismas personas que pertenecen á un gremio consumen productos de otros, pagándolos con el precio que obtienen de vender los suyos propios.

¿Quiere esto decir que *todas* satisfacen sus necesidades mediante servicios de terceros pertenecientes á algún gremio? Sigamos observando los pueblos, tales como están constituídos, y no tardaremos en descubrir que á la vez que sus individuos ó sus familias satisfacen unas necesidades consumiendo productos de diversos gremios, satisfacen otras consumiendo el producto *de su propio trabajo*.

En las grandes ciudades abundan los productos de muchas clases de gremios de dentro y de fuera del país, así como las personas de numerosos gremios que ofrecen sus servicios personales á cuantos quieran utilizarlos. Todos consumen de estos productos y utilizan esos servicios, pero sólo en cierta medida. Aunque hay muchos médicos y muchas farmacias, las familias se tratan por sí mismas las pequeñas dolencias, preparan por sí mismas algunos medicamentos, y por sí mismas atienden á su higiene. Muchas modistas hay y muchas costureras, de los más diversos rangos, y todas son ocupadas; pero, por poco que penetréis en casas de familias pobres y de familias ricas, veréis que ellas mismas se hacen para sí muchas cosas relacionadas con

los oficios de modistas y costureras. ¿A quién no fastidian los cocineros y las cocineras con sus demandas de trabajo? ¿Qué casa no tendrá en la vecindad una ó más confiterías? Sin embargo, muchas familias hacen por sí mismas las tareas de cocina y repostería, sea ordinariamente, sea en ocasiones accidentales. Continuando este examen, llegaríamos á cerciorarnos de que en las ciudades populosas, aunque es en donde más puede utilizarse el servicio de los gremios, no hay clase social cuyas familias no hagan por sí y para sí trabajos liberales y mecánicos, más ó menos numerosos. Y es digno de notarse que los servicios gremiales son tanto más reemplazados por los que las familias se prestan á sí propias, cuanto más modestas ó pobre es la clase á que ellas pertenecen.

Los productos de los gremios, y los gremios mismos, son más escasos en clase y número, á medida que disminuye la importancia de los núcleos de población, y llegan al mínimum, en las secciones rurales cuyos habitantes están diseminados. Los gremios satisfacen ahí de menos en menos necesidades, y las familias trabajan para sí de más en más, cuando la ignorancia no las obliga á vivir privadas del beneficio de su propio trabajo.

Salgamos de la vida privada y pasemos á la pública. Vemos acá que no se elige para desempeñar la presidencia de la nación ó el ejecutivo de una provincia, á cualquiera persona del pueblo, ni á cualquiera de la clase culta, sino á hombres á quienes se considera suficientemente preparados para desempeñar bien tan elevada función. No se trae al ministerio de hacienda á cualquiera persona ilustrada; se llama ó se debe llamar á hombres dotados de ciencia y de experiencia propias del ramo. Militares y marinos de alta graduación ocupan los ministerios de guerra y de marina, y las jefaturas de los estados mayores respectivos. Es decir, que las grandes funciones de gobierno son desempeñadas, no por todo el mundo, no por cual-

quiera ciudadano, pero sí por personas que se han preparado para ejercer alguno de esos cargos, por verdaderos especialistas, que forman gremios de la vida pública. En esferas inferiores del gobierno encontramos otras clases de trabajadores, cada una de las cuales, dotada de aptitudes adecuadas, tiene á su cargo una especie dada de servicios, y por lo mismo son otros tantos gremios.

Aparte de esas parcialidades del pueblo, entre las cuales está dividida la labor administrativa del estado y de las provincias, como las labores civiles están divididas entre las otras parcialidades á que me he referido antes, está la masa de los ciudadanos, miembros de la gran familia de la república, que se ocupa toda ella en elegir, funcionarios especialistas y en prestar el servicio de las armas, cuando es necesario. Resulta, pues, que en la vida pública, como en la privada, hay trabajos á que se dedican solamente algunas parcialidades del pueblo, y trabajos á que se consagra indistintamente todo el pueblo.

Demos ahora un nombre á cada una de esas dos clases de trabajo, á fin de designarlas distintas y claramente en la conversación. Tiene, la palabra *industria*, como ustedes saben, varias acepciones. Por una de ellas, que es la más generalizada y la más usual entre toda clase de personas, se designa el trabajo que se hace para satisfacer necesidades de gentes extrañas de dentro y de fuera del país, el trabajo que se hace con intención de vender el producto, que se hace para el comercio interior ó exterior. Es así que se llama *grande industria* al trabajo hecho con tal fin por mayor, empleando fuertes capitales, muchos hombres y muchas máquinas; y *pequeña industria*, al trabajo hecho en pequeñas cantidades, por uno ó pocos hombres, con capitales de escasa importancia. Esa palabra *industria* es, pues, la apropiada para designar el trabajo *de los gremios*; y menos generalmente, para concordar con el uso, el trabajo gremial cuyo producto

es material ó está incorporado á la materia, circunstancia por la cual puede pasar de unos comerciantes, á otros ó del productor al consumidor, por intermedio de uno ó más comerciantes. El trabajo que hacen indistintamente todas las personas del pueblo para su propio consumo ó para el de su familia, ó para el de su municipio, provincia ó estado, ese trabajo que no es gremial, que es general, no puede ser designado con el mismo nombre que el de los gremios, no es industrial, no es industria. ¿Qué nombre le pondremos? La cantidad inmensamente mayor de ese trabajo es hecha por los individuos aislados ó por las familias en su casa, para consumir ellos mismos el producto en su propia casa. Es un trabajo *doméstico*. Los trabajos generales públicos (electorales, militares), no se hacen en el domicilio privado de cada cual; más si se tiene presente que su cantidad es relativamente muy pequeña, y que el municipio, la provincia y el estado á que uno pertenece, de que es parte, mejor dicho, son algo así como su familia, y está en ellos como en otra su casa, bien puede darse á la totalidad del trabajo general el nombre de *doméstico*, para distinguirlo del industrial. No discutiré el grado de propiedad de esta denominación; lo más importante es que nos entendamos, y para ello basta que convengamos en llamar *domésticos* á los trabajos que todo el pueblo tiene que hacer, á los trabajos comunes, á los que no son de gremio.

Esto sentado, se presenta la oportunidad de tratar estas cuestiones: ¿á quienes se deberán enseñar razonablemente los trabajos de gremio, las industrias? ¿A quienes se deberán enseñar los trabajos generales, los domésticos? La respuesta es tan natural, tan fácil, tan obvia, que se presenta por sí sola, si así puede decirse.

Puesto que solamente se ocupa en cada trabajo de gremio, en cada industria, una fracción más ó menos pequeña del pueblo, y puesto que esta repartición del gran número de industrias en gran número de gre-

mios, es un hecho natural, que se verifica por eso mismo en todo el mundo civilizado, se deduce que en todas las naciones son muy pocas, relativamente al número de la población, las personas á quienes interesa ejercer cada ramo de industria, y, por lo mismo, á quienes interesa aprenderlo. La enseñanza industrial está, pues, restringida por la naturaleza, á fracciones poco numerosas del pueblo; y esa misma naturaleza es la que determina cuántos y quienes son los que hayan de aprender cada industria: *cuantos*, por la demanda que haya de industriales de cada ramo; *quienes*, por la vocación que cada persona tiene para una industria determinada, por las aptitudes con que se reconoce para ejercerla con lucimiento, y por la idea que tiene formada de que su ejercicio le reportará ventajas morales ó materiales que le satisfarán. Es decir que lo natural, lo razonable es enseñar cada industria á las personas que espontáneamente se decidan á aprenderla, en *escuelas industriales ó profesionales*, cuyo número y situación estén relacionados con el número y procedencia de los que quieran ser alumnos.

Los trabajos comunes ó domésticos son, al contrario, trabajos que todas las personas tienen necesidad de hacer, en mayor ó menor cantidad; y, como no los pueden hacer bien si no los aprenden, el aprendizaje de los trabajos domésticos es necesario á todas las clases de personas. Esta necesidad es general, es *común*; por lo mismo debe satisfacérsela por la acción de las *escuelas comunes*, de escuelas á que asista toda la infancia y la juventud del pueblo.

Resumiendo esta doctrina fundamental; hay una enseñanza de trabajo gremial, industrial, que debe darse solamente á los pocos interesados que tiene en establecimientos industriales ó profesionales; y hay otra enseñanza, la de trabajos domésticos, la de trabajos comunes, que debe darse á todo el mundo en las escuelas comunes. (*Grandes aplausos*).

—La mesa me avisa que ya ha transcurrido el

tiempo de que he podido disponer. Doy, pues, fin á mi exposición con la cual he fundado el pensamiento principal del artículo I del tema. La ilustración del congreso bastará para comprender qué razones me han movido á proponer las ideas secundarias de ese artículo y los seis restantes.

SR. CARRASCO—Pido la palabra.

Hago moción para que la presidencia autorice al doctor Berra para continuar su exposición. (*Apoyados numerosos.*)

DR. BERRA—Señores: todo reglamento debe cumplirse. Yo seré el más contrariado porque no haya podido terminar oportunamente; pero, no obstante, pienso que debemos.....

SR. TUFRÓ—Debe continuar.

DR. SISTO—Pido la palabra. Una consideración reglamentaria, acertada para la generalidad de los casos, no puede en presencia de una exposición de fundamental importancia para los fines que persigue este congreso, ni debe alcanzar á privarnos del intenso y justificado interés con que escuchamos al doctor Berra. Que continúe, pues. (*Aplausos.*)

SR. PRESIDENTE—El doctor Berra tiene la palabra.

DR. BERRA—Puesto que la presidencia lo dispone, continuaré, dejando salvada mi opinión. El primer artículo del tema que explico se conforma con la doctrina que he expuesto, y contiene algunas expresiones de secundaria importancia, sobre las cuales llamaré rápidamente la atención de los señores congresistas. El tema empieza así: «Para que la nación argentina progrese civil y políticamente, es indispensable que se de al pueblo una enseñanza (pública ó privada) subordinada á estas condiciones fundamentales: I. No se ha de contraer á solo instruir»... porque ya hemos visto que la instrucción, por sí sola no produce los efectos que de la enseñanza común deben obtenerse; «ni á solo educar»... porque la educación tal como

se ha dado hasta ahora, es también ineficaz por sí sólo; «ni á dar capacidad correspondiente á profesión determinada»,... porque, como se ha visto, la enseñanza profesional, y por tanto la industrial, es, por su naturaleza, gremial, no común; «ni á preparar especialmente para emprender estudios profesionales,»... porque esta preparación tiene que ser distinta de la enseñanza común y que participar de la naturaleza de la enseñanza industrial ó profesional; «sino que ha de crear, en cuanto sea compatible con las fuerzas físicas y mentales de los alumnos»,... limitación impuesta por la pedagogía, y por la higiene á la vez, las cuales en este caso, como en todos, lejos de estar en pugna como ha aseverado uno de nuestros distinguidos colegas, concuerdan perfectamente, como que son ciencias de la naturaleza, de una naturaleza que no presenta oposiciones ni incongruencias. En todas las ciencias existe, cuando son verdaderas, la misma unidad sistemática que en la naturaleza, de la cual son trasuntos ó imágenes ideales. De ahí que la pedagogía y la higiene verdadera sean dos ciencias armónicas; y que cuando algún precepto de la primera no se conforma con otro de la segunda, se deba á que uno de los dos es falso. (*Aplausos.*)

Continúo glosando el artículo I. Dice en seguida que la enseñanza ha de crear... «la capacidad teórica y práctica suficiente»... porque, siendo el fin principal, único diré, de las escuelas comunes *enseñar á trabajar*, según el sentido latísimo en que uso esta palabra, á trabajar mecánicamente, á trabajar mentalmente, con sujeción á la economía, á la moral y al derecho, la enseñanza tiene que ser eminentemente práctica, de ejecución, de actuación; mas, como ningún acto humano carece de razón de ser, como todo se hace de tal ó cual modo, por esta razón ó aquella, y esta razón es siempre teoría, ciencia, se sigue que á cada acción práctica le corresponde un motivo teórico, y que es necesario enseñar estas teorías á fin de que los hombres trabajen racionalmente, no como máquinas.

Pondré un ejemplo. Si un maestro quiere enseñar un trabajo material, dispondrá todo lo necesario para su ejecución, situará convenientemente á sus alumnos, les exhibirá la herramienta que haya de usarse, les mostrará cómo se la debe tomar, y enseguida la empleará en su presencia. Hasta este punto, solamente el maestro ha obrado; los alumnos se han contraído á observarle, y observando han adquirido *conocimientos* que no tenían. Adquirir conocimientos es instruirse es aprender teoría, ciencia, en este caso, teoría ó ciencia aplicada.

Pero esta enseñanza no es completa: los alumnos saben teóricamente como se hace el trabajo, pero no saben hacerlo por sí mismos; para saberlo es indispensable que apliquen el conocimiento adquirido, que hagan el trabajo según esos conocimientos, y proceden á ejecutarlo en presencia de su maestro. Es decir que primeramente han obtenido nociones, teoría, y después han hecho práctica ajustada á esta teoría, en todo esto ha habido práctica y teoría de aplicación.

No es aún todo lo necesario para trabajar racionalmente. ¿Por qué se toma la herramienta de tal modo y no de tal otro? ¿Por qué se la maneja así y no de otra manera? ¿Por qué se usa tal materia prima en vez de otra? La respuesta de estas preguntas y de otras que pueden hacerse, requiere conocimientos que todavía no tienen los alumnos; requiere conocimientos de la naturaleza humana y de la naturaleza externa; esto es, ciencia pura. Cuando la tengan los alumnos, recién entonces será completo su aprendizaje, porque recién entonces sabrán *cómo* se ha de hacer el trabajo, *porqué* se ha de hacer así, y *hacerlo*.

¿Se ha de inferir de lo expuesto, que se ha de seguir enseñando la cantidad de teoría que actualmente se enseña en las escuelas comunes? No. Si se preguntase por qué se enseña cada una de las materias que figuran en los programas, nadie acertaría á expresar una razón suficiente; á lo sumo se respondería que por

ser útil. La determinación de la clase y número de asignaturas ha sido, hasta ahora, arbitraria. Más lo ha sido la fijación de cuánto se ha de enseñar de cada una, si se exceptúan la lectura y la escritura, á punto que los más entendidos se notan embarazados para encontrar la causa porque no se enseña de tal ó cual un poco más ó un poco menos. No sucedería esto, si se obrara con criterio científico. La ciencia es más precisa. La observación de las necesidades del pueblo de cada región del país da base segura para conocer que trabajos es menester enseñar y cuanto de cada uno. El grado de vigor de los alumnos, el tiempo que se destine al aprendizaje, son datos que sirven para precisar la idea de lo que se debe enseñar y del cuánto de cada clase de trabajo. Hecha esta determinación, se infiere con exactitud rigurosa que nociones de teoría aplicada requiere cada trabajo para ser hecho, para que sepa: cómo se ha de hacer: con igual exactitud se establece, una vez que se ha fijado la teoría de aplicación, la clase y cantidad de teoría pura que es indispensable para conocer el porqué. Pues bien; la enseñanza común no debe comprender más ciencia ó teoría, que la indispensable para que los alumnos sepan *como* han de proceder en la práctica, y *por que* han de proceder así. Todo trabajo que enseñen las escuelas comunes, que la generalidad de los alumnos no haya de ejercer en la vida ordinaria, y todo conocimiento teórico que no corresponda necesariamente á los trabajos que sea menester enseñar, serán supérfluos; el tiempo, el dinero y el esfuerzo personal que se empleen en enseñarlos serán malgastados. Esta es la razón porque el artículo I dice que se ha de crear «la capacidad teórica y práctica *suficiente* para que cada persona *haga* lo que en circunstancias ordinarias generales tenga que hacer por sí misma, ya sea para sí y su familia, ya para las instituciones públicas á que pertenezca, tanto en el orden de las ocupaciones mecánicas y liberales, como en el de los hechos económicos, morales y jurídicos».

Un compañero nuestro ha manifestado, hace un rato, su creencia de que se enseña demasiado en las escuelas, y de que este exceso es la causa de que el pueblo no tenga buena voluntad para con esos establecimientos. Yo no pienso exactamente así. Lo que, según mi juicio, no mira bien el pueblo; es que mientras á sus niños se enseña mucha teoría que no podrán utilizar, no se les enseñen prácticas cuya necesidad sienten diariamente; lo que el pueblo desapruueba es que la enseñanza común esté fuera de su cauce natural. Enséñese á la infancia lo que ella tenga que hacer en su casa un poco más tarde, lo que todo el mundo tiene que hacer para sí, y el pueblo mirará con simpatía á la escuela, y será el más interesado en que sus hijos la frecuenten, aunque el total del aprendizaje sea tan copioso como es hoy. No se pronuncian las familias contra la cantidad de la enseñanza; se pronuncian contra la clase de cosas que se enseñan. Enséñese á hacer lo que todos necesitan hacer para su uso en el orden material y en el moral, con la teoría *adecuada* que sea indispensable para hacer inteligente ó razonada la práctica, y las familias no se quejarán de la cantidad de esa enseñanza destinada á acrecer inmediatamente su bienestar económico, el orden y la tranquilidad.

He terminado la explicación del artículo I, que es, por mucho, el más trascendental de los siete que comprende el tema. En atención á las consideraciones que debo á mi benévolo auditorio, pasaré rápidamente por los demás artículos, y desde luego por el II.

El aprendizaje completo, teórico y práctico, de las materias comunes no puede hacerse en menos tiempo que diez ó doce años: requiere que los niños lo empiecen á los seis ó siete de edad, y lo continúen hasta los diez y siete ó diez y ocho. Es el lapso calculado para la enseñanza que se da en las escuelas primarias y en los colegios nacionales. Lo convenien-

te al progreso de nuestra nación sería que todos los niños hicieran el aprendizaje completo, y con esta conveniencia concuerda el deber moral de las familias.

Empero, en la República Argentina, como en los demás estados, la inmensa mayoría de los padres está imposibilitada para cumplir ese deber, porque, perteneciendo á la clase pobre, ni puede prolongar mucho la serie de gastos que impone la asistencia escolar, aunque la enseñanza sea gratuita, ni estar privada de la cooperación que los hijos mayores de trece ó catorce años pueden prestarle en los trabajos domésticos y en los industriales. La juventud que puede asistir á la escuela hasta completar el aprendizaje es, pues, la perteneciente á las familias acomodadas y ricas.

Cuando es imposible cumplir totalmente un deber, se salva la responsabilidad cumpliéndolo en la parte posible.

Por esta razón, el hecho de que la totalidad de los niños puede asistir á la escuela hasta que hayan cumplido la edad de trece, catorce ó quince años, y solamente una minoría hasta la de diez y siete ó diez y ocho, se ha dividido la enseñanza común en dos secciones progresivas: una primaria, para toda la infancia, otra secundaria, para los pudientes púberes; aquélla generalmente obligatoria, ésta siempre voluntaria.

El artículo II admite esta división, agregando: la indicación de que la enseñanza secundaria ha de ser *común*, como la primaria, porque no se entienda que puede ser industrial ó profesional, ni preparatoria para el aprendizaje de alguna industria ó profesión; y la prescripción de que la enseñanza secundaria sea «continuación y desenvolvimiento de la anterior», porque la pedagogía requiere que así sea, y porque esas palabras contengan la desaprobación de la práctica establecida de admitir en los colegios nacionales, que lo son de enseñanza secundaria, á niños que no han cursado toda la primaria.

El artículo III define la capacidad que han de tener los maestros. Aunque en los hechos no sea fielmente observada siempre, es corriente la doctrina de que la enseñanza primaria debe ser dada, como expresa el artículo «por personas que, además de tener cabal conocimiento de la materia ó materias que hayan de enseñar, posean en grado suficiente las cualidades físicas, mentales y morales, *así como la capacidad técnica teórico-práctica propias del maestro*».

Pero esta doctrina, cuya verdad nadie pone en duda mientras se refiera á la enseñanza primaria, es menospreciada y aún discutida, cuando se la relaciona con la enseñanza secundaria, por funcionarios de instrucción pública y por personas ilustradas cuyos juicios son más ó menos prestigiosos. No por eso esta opinión es acertada. Cuando la ciencia de la enseñanza no existía, presumíase universalmente que bastaba conocer una materia para que se estuviese en aptitud de enseñarla. Desde que la ciencia de la enseñanza existe, á medida que ha venido extendiéndose su conocimiento ha disminuído el número de los que creen á este respecto como en los siglos pasados se creía. Y está sucediendo esto, porque son los poseedores de la pedagogía quienes la reputan indispensable para ejercer cualquier clase de enseñanza en cualquier grado, y los que la ignoran quienes siguen participando de la creencia rutinaria á que me he referido. Se ha dicho mil veces que saber una materia, y saber enseñarla, son dos cosas muy diferentes. El que sabe lo primero es una persona instruída ó sabia, pero no un maestro. Para ser un maestro se necesita saber enseñar; y no se sabe enseñar si no se poseen la ciencia de la enseñanza y su práctica.

Esta doctrina no tiene excepciones: tan rigurosamente aplicable es á la enseñanza común secundaria como á la primaria, y á las profesionales como á la común.

Es lo que establece el artículo III, para contra-

restar el mal uso de nombrar para los colegios nacionales, y aún para las escuelas normales, profesores que carecen de toda preparación técnica.

Viene ahora el artículo IV, que responde á la pregunta de—en dónde se han de preparar los maestros.

No puede desconocerse que las personas inteligentes pueden aprender la pedagogía meramente teórica á solas, en su domicilio: si no todos, la mayoría de los más eminentes pedagogistas ha adquirido esa ciencia sin ir á escuelas normales, y aún en dónde ó cuándo no las había.

Si la capacidad técnica de los maestros consistiese solamente en ese saber, bien podría admitirse que algunas personas no necesitarían asistir á escuelas normales para llegar á ser maestros capaces. Pero, como declara el artículo anterior, además de poseer la ciencia de la enseñanza teóricamente los maestros necesitan saber practicarla, y hábitos, sentimientos, carácter peculiares adecuados á su profesión. Si no poseen esa idoneidad práctica y estas cualidades, no serán buenos maestros. Supuesto que se me conceda que tengo algunas ideas en materia pedagógica, podemos estar seguros de que, si no me hubiera ejercitado en enseñar, cualquiera señorita de diez y ocho años, de tantas como son las que enseñan en las escuelas, daría lecciones menos incorrectas que las que yo pudiera dar.

Menester es tener presente que no todos, ni aún la mayoría de los jóvenes que aspiran á ser maestros de escuelas comunes primarias ó secundarias, son talentos esclarecidos. La experiencia convence de que son muy pocos los que pueden aprender por su sólo esfuerzo la ciencia de la enseñanza, como se la debe aprender. Los demás necesitan el auxilio de un profesor, de *un buen profesor*. Pero, si le son suficientes las lecciones de un buen maestro para aprender la

teoría pedagógica, no puede admitirse que mediante tales lecciones adquieran *la habilidad práctica* de enseñar, ni conformen sus hábitos, sus sentimientos, su carácter, á las necesidades peculiares del magisterio. La habilidad práctica puede alcanzarse solamente ejercitándose largo tiempo en enseñar en una escuela, bajo la dirección asídua de maestros competentes. Los hábitos, sentimientos, carácter peculiares del magisterio, sólo pueden formarse también por medio de largos y continuados ejercicios, cuidadosamente dirigidos por personas idóneas.

Y todos esos ejercicios encaminados á enseñar la práctica de la enseñanza, y á crear hábitos, sentimientos y carácter, deben ser sintematizados de tal manera que concuerden entre sí y con la teoría pedagógica que se enseñe. Pues bien: no se necesita inteligencia superior para comprender que este aprendizaje técnico tan complejo, tan correlacionado y en que tanto deben entrar largos ejercicios de diversas especies, no puede hacerse á solas, ni mediante las lecciones de maestros particulares, sino que requiere la acción bien ordenada de escuelas normales; no de escuelas normales en que se dé enseñanza común, que no debe ser éste su fin, sino de escuelas rigurosamente técnicas ó profesionales, en que haya departamento de teoría y departamento de práctica, en donde los alumnos permanezcan numerosas horas diarias bajo la constante vigilancia de maestros bien escogidos, y á cuyo trabajo de maestros y alumnos dé unidad y nervio un director perito y sabio. (*Aplausos*).

El artículo V resuelve un punto de suma importancia, estrechamente relacionado con el asunto del artículo IV.

Lo usual, entre nosotros, es que la enseñanza de las escuelas normales ande por un lado y que la enseñanza de las escuelas comunes ande por otro; quiero decir que aquéllas preparan maestros sin relacionar esa

preparación con la enseñanza que se da en las escuelas primarias ó secundarias comunes. La lógica aconseja, empero, otra cosa. Puesto que las escuelas normales existen con el fin de suministrar maestros á las escuelas mencionadas, claro está que estos maestros deben ser aptos para enseñar las materias contenidas en los programas de los establecimientos comunes. Supongamos que esos programas se conformen dentro de algún tiempo con la doctrina que he formulado en el artículo I; esto es, que en las escuelas comunes se enseñe *á trabajar*, á hacer trabajos domésticos, y que las escuelas normales sigan preparando para enseñar ciencias abstractas, como ahora: ¿qué resultará forzosamente? Que en las escuelas comunes no se enseñarán teorías que los normalistas han aprendido á enseñar, y que, al contrario, los maestros no han aprendido á enseñar muchos trabajos que se enseñan en las escuelas comunes. Luego, los tales maestros no son adecuados á tales escuelas; y mientras por un lado no hallarán colocación los primeros, sufrirán necesidades las últimas.

Dedúcese fácilmente de aquí que, como dice el artículo V, «las teorías y prácticas que se enseñen en dichas escuelas normales ó de magisterio común, deben *concordar* con las que se enseñen en las escuelas comunes primarias y secundarias, á fin de que haya perfecta unidad sistemática en el total de esas enseñanzas». Entender de otro modo las cosas es mantener la actual desorganización, que inutiliza en mucha parte el trabajo de las escuelas normales, y que condena á las comunes á la imposibilidad de realizar los programas que proyecten.

Un pensamiento de naturaleza económica es el que expresa el artículo VI.

La enseñanza técnica del magisterio común debe extenderse: las escuelas normales deben ser numerosas. No quiero decir con estas palabras que ha de estable-

cerse una de estas escuelas en cada cuadra. Tampoco debe irse al extremo opuesto de creer que las necesidades de toda la nación pueden satisfacerse con dos ó tres. Debe tenerse presente que, por la naturaleza de su enseñanza, una escuela normal no puede tener todos los alumnos que se quiera: la necesidad de practicar constantemente, imposibilita que muchos practiquen en un mismo curso. Por otra parte, siendo cada provincia dueña de dar á su infancia y á su juventud la enseñanza común que más adaptadas á sus circunstancias peculiares crea, y debiendo corresponderse esta enseñanza con la normal destinada á darle maestros, se deduce que cada provincia debe tener en su territorio una ó más escuelas normales para el servicio de las comunes. «Una ó más»... ¿cuántas precisamente? Tantas como sean indispensables para que los establecimientos primarios (y los secundarios, si los hay,) estén *suficientemente* provistos de *buenos* maestros. Claro está que, si á una provincia le hacen falta muchos maestros, ha de necesitar más escuelas normales que otra provincia en que la demanda de personal docente sea menos considerable. No es posible, en una disertación de esta índole, determinar el número relativo de otro modo que por una regla general. Las determinaciones particulares, apropiadas en cada época á las varias provincias, serán motivadas por la estadística del lugar y del momento correspondiente.

Llego al artículo VII del tema, que es el último, y el que más requiere que yo me mida en mis palabras.

Hasta ahora he procurado hablar de doctrinas y de hechos, en términos completamente impersonales. En lo que me falta decir no me referiré tampoco á personas ni á funcionarios particularmente determinados; hablaré de instituciones. No de una institución dada, sino de instituciones semejantes en general. No me parece que, tratando así el punto, haya quien sienta

lastimada su susceptibilidad, por muy exquisita que sea. Con todo, como las instituciones son servidas por hombres, y acontece á menudo que, siendo aquéllas inofensivas por sí, producen efectos poco satisfactorios, á causa de las imperfecciones inherentes á la naturaleza humana, las cuales tendré que mencionar alguna vez, aunque generalizando los conceptos, quiero declarar desde ahora que no podemos negar la buena intención con que se cometan los errores, y que la buena intención debe merecer siempre nuestro respeto. Yo se lo tributo sin reservas.

Entro en materia.

Muchos son los estados cuyo poder ejecutivo ejerce la dirección suprema de toda ó una parte de la enseñanza, ó interviene más ó menos eficazmente en ella y no es la República Argentina una excepción de la regla. Los poderes ejecutivos hacen este servicio, como se sabe, por uno de sus ministerios, que se designa con un nombre de unos países, con nombre distinto en otros. Sucede á veces que ese ministerio (al cual llamaré *de instrucción pública*, por la especialidad de su cargo), es desempeñado, como debe serlo, por persona especial y suficientemente preparada; y parece natural que en tales casos marchen las cosas del modo más satisfactorio deseable. Sin embargo, la experiencia ha demostrado que la acción de tan competentes ministros del poder ejecutivo es perjudicial á la difusión y al mejoramiento de la enseñanza pública. ¿Cómo puede ser así? ¿Pues no se les nombra idóneos para que hagan uso de su idoneidad? Hasta cierto punto: no siempre esos ministros pueden aplicar sus conocimientos según su conciencia de sabios. A su lado están otros ministros, encargados de otras carteras; y sobre todos, el alto funcionario que representa el poder ejecutivo, llámese presidente ó por otro nombre. Cada ministro cuida de que el de instrucción pública no afecte con sus proyectos los intereses que le están confiados; y en cuanto los cree afectados influye con su opinión, y tal vez con su

voto, por que sean desechados ó modificados los proyectos. El ministro que interviene en los negocios de carácter político y el de hacienda, suelen ser los enemigos más tenaces de los actos encaminados á hacer progresar ó á moralizar los establecimientos de enseñanza; y, cuando no es tal ó cual ministro quien obsta á que se lleve á la práctica una buena iniciativa, es el jefe del ejecutivo; quien, puesto en el caso de tener que coordinar las pretensiones de todos los ministerios cuando no se acuerdan entre sí, y cuidadoso de que los demás intereses cuya administración le está confiada, sobre todos los políticos, no sean rozados sensiblemente por los de la enseñanza, suele resolver á menudo las disconformidades de sus colaboradores con desventaja de las escuelas, porque el descontento de éstas es el que menos tiene que temer. Por donde se ve que el ministro de instrucción pública no tiene la libertad que le es necesaria para servir los asuntos de su ramo, según su ciencia le prescribe, que su acción de funcionario competente suele ser restringida y desordenada por la de otros que carecen de su preparación y que obran movidos por intereses antagónicos con los de la enseñanza.

Agréguese que no siempre los ministros proceden con entera espontaneidad, que más de una vez se acercan á ellos representantes ó personajes influyentes de partidos políticos capaces de desarrollar en las elecciones ó en la legislatura, ó en el pueblo, una fuerza que imprudente fuera despreciar; esto es, que se acercan para exigir, para proponer transacciones ó acomodamientos; que esas exigencias y propuestas se comunican de ministerio á ministerio, se cruzan, se contraponen; y no sorprenderá ver establecido un sistema que se manifiesta por expresiones como ésta: «Señor ministro: ¿quiere que le conceda tal cosa? Pues acuérdecme V. E. tal otra en su ramo.» (*Grandes aplausos*).

La frecuencia de estas concesiones mutuas, determinadas por motivos políticos, es lo que más hondos trastornos lleva al gobierno de la enseñanza; tanto más

hondos, cuanto que se la tiene en vista para llamar al ministerio, no tanto á hombres versados en materias escolares, como á personajes que aporten al gobierno un «capital político» de importancia. (*Aplausos*).

No describo los efectos que la política produce desde las altas esferas del gobierno de tal ó cual país. Nuestra América latina alimenta teatros harto numerosos en que escenas semejantes se desenvuelven, y seguro estoy de que no habría que averiguar mucho para encontrarlos también en la vieja y disciplinada Europa. El vicio que señalo es poco menos que universal; se manifiesta, más ó menos acentuado, en donde quiera que el poder llamado político tiene el gobierno de toda ó de una parte de la enseñanza. Pero no por eso es menos funesto, ni arranca protestas menos vehementes.

Si descendemos á las administraciones escolares locales, se nos aparecerá más funesta la influencia de la política. Sé que no se está del todo satisfecho, en esta ciudad de Buenos Aires, de la manera como se desempeñan algunos de sus consejos de distrito; pero, por mucho que sea el descontento, no fluye de esa conducta, idea, ni aproximada, de la suerte que corren las escuelas comunes en muchos distritos de las provincias en que los consejeros surgen de elección llamada popular. Son los caudillos políticos los que hacen estas elecciones con un puñado de secuaces; secuaces son los elegidos, y se les elige bajo la condición, expresa ó implícita, de que han de ser obedientes al caudillo en el ejercicio de sus funciones. En verdad, esos consejos no son otra cosa que agentes sumisos del caudillo á quien deben su elección. Durante el acto electoral se disputan los caudillos el triunfo, echando mano de todas las formas imaginables del fraude. Muy á menudo resultan elegidos dos consejos en vez de uno, y hay que esperar á que se decida judicialmente la contienda. El caudillo que resulta triunfador, es omnipotente en el régimen escolar. ¡Ay de los maestros que

no pertenezcan á su bando, ó que tengan en el contrario parientes próximos! ¡Ay de los maestros que no sean complacientes con una recomendación ó un capricho suyo, de los consejeros, ó de los amigos de aquél ó de éstos! La prepotencia arbitraria lo avasalla todo. (*Grandes aplausos*).

Pueden inferirse fácilmente los efectos de este estado de cosas. El señor Caracoche, consejero escolar de un distrito, se lamentaba, hace un rato, de las vicisitudes por que tienen que pasar las escuelas que suele tener al alcance de su vista. El puede hablar de las de su distrito. Yo, que estoy en relación con los consejos y con los maestros de toda la provincia de Buenos Aires, podría referir á otros distritos quejas no menos doloridas. Pero no quiero particularizarme con ninguno; quiero hablar en general de la mayoría de ellos, ó de cosas que ocurren con inverosímil frecuencia. Pues bien: la aparición de consejos dobles, que ya ha entrado en las costumbres políticas, ó la anulación de las elecciones por viciosas, ha solido tener á numerosas escuelas sin autoridad durante meses ó años, y por lo mismo sin administración, sin provisiones, sin sueldos, sin poder actuar, casi completamente abandonadas. Si bien hay consejos ilustrados y otros de mediana instrucción, los más tienen escasísima cultura intelectual. Los caudillos saben á quienes hacen elegir. Los males que causa la pasión política son acrecidos con los que se originan en la falta de ideas y de hábitos civiles. Así se explica que en muchos casos carezcan los maestros de libertad para cumplir sus deberes y que los actos de probidad ó de buen sentido cuesten destituciones ó traslaciones inaceptables, y la necesidad de emigrar para ganarse en otros distritos el sustento. Los maestros más ineptos son á menudo preferidos respecto de los más aptos. El capricho, el favoritismo, son reglas de gobierno. Es increíble la inestabilidad del magisterio; ningún maestro está seguro de que permanecerá seis meses en su empleo y

esta inseguridad lleva el desaliento á su ánimo. Cuando han llegado á conocer el estado general de su escuela ó de su clase, y el adelanto, las aptitudes y el carácter de cada alumno, y están habilitados para emplear y utilizar plenamente sus esfuerzos, entonces es precisamente, á menudo, cuando se les obliga á abandonar sus puestos. Vienen los reemplazantes: nadie de la escuela los conoce, ni ellos conocen á nadie, ni de nada están enterados. Tienen que comenzar y llevar adelante la tarea de sus antecesores, para abandonarla como ellos.... no se sabe cuando. Niños y maestros tienen que perder buena parte de su trabajo y que sacrificar afectos recíprocos, que son el móvil más simpático y de los más poderosos de la acción escolar. Se suceden los cambios de ideas, de métodos, de procedimientos, de criterio disciplinario. Y todos estos trastornos retardan el aprendizaje de los niños, perjudican inmensamente su educación, privan de estímulo á los maestros, mantienen estacionarios el magisterio é impiden que las escuelas prosperen cuando debieran.

Así es, en general, la obra de los consejos escolares á que he aludido, y la de los poderes ejecutivos. Lo es ahora, lo ha sido siempre y lo será, mientras los intereses políticos influyan en las decisiones de unos y otros. De ahí la tendencia que en muchas partes se manifiesta de alejar la enseñanza pública, de emanciparla por completo de todo poder político; de ahí la necesidad que tenemos, también nosotros, de entregarla á inteligencias capaces, que no se ocupen en más que servir con lealtad los intereses escolares, solamente los intereses escolares, con independendia de todo otro, con absoluta independendia de todo otro poder que no sea el legislativo. (*¡Muy bien! Aplausos*).

*
* *

Gran cosa es esa independendia, pero no basta para que la enseñanza pública se perfeccione y se difunda. Es menester organizarla. Bajo este respecto las

prácticas son poco satisfactorias. Recorred varios estados y advertiréis que las escuelas primarias tienen á su frente una dirección, las secundarias otra, y, á veces, las normales otra, que no es ninguna de las dos sindicadas. Entre nosotros ocurre lo mismo: las escuelas comunes primarias son gobernadas por consejos y directores provinciales ó nacional, y los colegios secundarios y las escuelas normales por el poder ejecutivo de la nación. Estas autoridades son independientes una de otras, cada una gobierna según sus ideas ó su criterio. Y sucede á menudo que cuando dependen de una misma las escuelas normales y las secundarias ó las primarias, se las gobierna separadamente, como si no hubiese entre ellas relación ninguna, ó como si en vez de ser dirigidas por un gobierno lo fueran por dos. La consecuencia que inevitablemente fluye es que la conducta de los establecimientos secundarios no guarda correspondencia con los de los primarios, ni la de ambos con la de las escuelas normales. Pero he establecido en el artículo V, y al comentarlo he demostrado que las teorías y prácticas que se enseñan en esas tres clases de escuelas deben concordar á fin de que haya perfecta unidad sistemática en el total de esas enseñanzas. Luego, la pluralidad de gobiernos independientes es inadecuada para que exista esa correlación ó unidad sistemática. La unidad de programas, de doctrinas y de prácticas requiere forzosamente *que la dirección sea una*; esto es, que la misma autoridad que dirige la enseñanza de las escuelas comunes primarias dirija también la enseñanza de las escuelas comunes secundarias y la enseñanza de las escuelas normales que han de suministrar maestros á unas y otras, porque nada más que en una sola autoridad es posible que haya unidad de pensamiento, de dirección y de acción, por ser una su inteligencia y una su voluntad.

Esa única autoridad técnica puede estar en manos de una corporación ó de un solo individuo. El artículo VII excluye la primera y opta por el segundo. Alguien de nuestros colegas me ha preguntado amistosamente si esta parte del tema no ha sido sugerida por el estado de mis relaciones con el consejo general de educación de la provincia en que actúo como director de escuelas. La curiosidad tiene razón de ser aparente; pero declaro con toda sinceridad que el respeto que debo á mis colaboradores, cualesquiera que sean nuestros desacuerdos, y lo impropio de mezclar contrariedades accidentales de mi vida en un asunto de carácter exclusivamente científico, me impiden tomar en cuenta los hechos á que ha aludido la pregunta. He formulado la tesis basándola sólo en conclusiones de la ciencia, y estoy sosteniendo convicciones que he traído, ya arraigadas, de Montevideo, en donde las formé lejos de puestos oficiales.

Estudiando la manera de ser general de los consejos, me he convencido de que son ineficaces para realizar progresos de alguna consideración.

Me ocuparé con preferencia en examinar la conducta de los que recomiendan por tener en su seno personas especialmente preparadas para tratar asuntos escolares técnicos, y animadas por los mejores deseos. No puede evitarse que cada una de ellas tenga su modo de pensar, su modo de sentir, su modo de juzgar las circunstancias, su idea de lo que más conviene, su carácter particulares.

Bajo estos respectos, cada consejero es una personalidad diferente de las otras. Lo natural es, pues, que dentro de una misma junta haya oposición en cuanto á los fines que se han de proseguir, á los medios que se han de emplear, al orden y la oportunidad en que cada cosa se ha de hacer, al grado de energía que se ha de poner en juego, á la flexibilidad ó firmeza con que se ha de tratar cada caso, etc., etc.

Resuelve las oposiciones el voto de la mayoría;

pero esta mayoría es movable, porque es accidental, ó porque cambian de disposición algunas de las personas que la formaron, ó porque en las renovaciones periódicas vienen á la corporación individuos que piensan, sienten y quieren de manera diversa. La movilidad de las mayorías causa la inestabilidad de sus acuerdos; hoy se revoca lo que ayer se decidió; nada hay permanente, nada hay seguro; tan pronto se adelanta como se retrocede; todo anda como un barco que ha perdido el gobierno.

Bien se comprende que un cuerpo dotado de tal naturaleza es impropio para ejercer la dirección técnica de la enseñanza. Esta dirección requiere unidad y firmeza de propósitos, y se ha visto que los consejos más idóneos son incapaces de tal firmeza y de tal unidad. La realización de los propósitos necesitan justa coordinación de los medios; y, como las reformas de transcendencia suponen una elaboración que suele durar años, han menester larga persistencia en los fines, en la dirección y en la acción, y se ha visto también que los consejos, por su volubilidad constitucional, están imposibilitados para mantener su pensamiento y su acción con tan duradera perseverancia.

Si esta incapacidad congénita es notada en los consejos compuestos con personas competentes y animadas por las mejores aspiraciones, ¿cuánta no será la de los cuerpos ineptos, sobre todo si su carácter está en tan bajo nivel como su inteligencia? Y, por desgracia, si se tiene presente la composición de los consejos habidos desde hace veinte ó treinta años en nuestro país y en países cuya organización escolar se asemeja á la que las constituciones y las leyes nos han dado, advertiremos que la mayoría, la gran mayoría ha estado más cerca del segundo de los tipos á que me he referido, que del primero.

Esta observación es exata, no sólo en cuanto se refiere á los estados sudamericanos, cuya civilización no es tan adelantada que permita constituir muchos con-

sejos suficientemente idóneos; sino también respecto de los Estados Unidos del Norte, á pesar de ser su democracia mucho más adelantada que la de nuestras naciones latinas.

Hubo tiempo en que aquellos estados estuvieron prendados de los consejos: en todas partes las escuelas estaban gobernadas por comisiones centrales y locales. Más, vino luego la experiencia á revelar inconvenientes y tras ella las leyes á substituir consejos por superintendentes ó comisionados, cuyo número crece y concluirá por abarcar la totalidad de las administraciones.

Este cambio no puede ser más racional. Desde luego, en donde sea difícil, como en nuestras provincias, hallar seis, nueve ó más hombres capaces por su saber, su inteligencia y su carácter para formar un *consejo*, puede ser fácil dar con uno que reuna todas las condiciones indispensables; ó, por lo menos, será mucho menos difícil.

Por otra parte, en un solo hombre no hay más que un sistema de ideas, una inteligencia, una voluntad; no hay más que una convicción, un propósito, un fin, una energía. En su unidad personal está encarnada la unidad de la ciencia y de ella surge naturalmente la unidad del gobierno técnico, que es unidad de gobierno científico. El individuo es siempre idéntico á sí mismo, y esa identidad es razón de ser de perseverancia, de firmeza en la prosecución de los trabajos de largo aliento.

*
* *

Tales son, señores congresistas, los motivos por que en el artículo VII del tema propongo que «el gobierno técnico de las escuelas comunes primarias, de las escuelas comunes secundarias y de las escuelas normales, sostenidas por la nación ó por las provincias, debe ser desempeñado en aquélla y en cada una de éstas *por una sola persona* dotada de capacidad especial,

con entera independencia de toda otra autoridad que no sea la del poder legislativo correspondiente.»

He abusado mucho de la bondad con que el ilustrado congreso me ha escuchado; debo concluir ya esta exposición de motivos. Mi última palabra le es dirigida para expresarle que los principios constitutivos que he expuesto y comentado, no son de esas reglas pedagógicas que inmediatamente pueden aplicar los maestros usando en la escuela la libertad que les dejan las leyes, los programas y los reglamentos.

Son *principios fundamentales* los que propongo. Unos, sólo pueden ser consagrados por las leyes; otros, por los directores de la enseñanza pública. Pero todos son remedios que se proponen para curar científicamente males profundos que impiden el desarrollo normal de nuestras escuelas. Pido, pues, señores, que les prestéis vuestra adhesión, para que expresen una convicción y un anhelo del congreso pedagógico argentino. (*Grandes aplausos.*)
